



En un rincón de
INVERNESS

Aitor Ferrer

En un rincón de
INVERNESS

Aitor Ferrer

En un rincón de Inverness

Aitor Ferrer

Todos los derechos reservados.

1ª Edición: Enero, 2021

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



Mi relación con mi padre nunca había sido buena, se pasaba la vida bebiendo y oliendo a alcohol, apenas se duchaba, se gastaba su pensión en ello y yo trabajaba para subsistir, ni siquiera pude seguir estudiando por no tener su apoyo, que me reprochaba constantemente que viviera en su casa.

Todo aquello me había ido marcando a lo largo de los años, y es que el haberme criado sin madre supuso un varapalo muy grande para mí y para la casa, desde que ella murió cuando yo tenía diecisiete años, fue lo que llevó al descontrol y es que yo me dejaba la vida en que aquello fuera un hogar normal pero mi padre no ponía de su parte.

A mis veinticinco años me veía de camino a un trabajo lejos de mi casa, pero siendo mi única vía de escape y es que me habían dado la posibilidad de irme interna a Escocia, concretamente a Inverness, una ciudad de las Tierras Altas.

El trabajo me lo ofrecieron en la escuela de inglés a la que asistía con el poco dinero que me sobraba de limpiar alguna que otra escalera. Allí se dedicaban a conseguir intercambios para perfeccionar el idioma, pero en este caso les hablaron de Alastair, un señor de cuarenta y dos años que vivía solo en sus tierras y no quería contratar a nadie de su país, la razón no la sabía, pero acepté de cabeza, tendría un salario y nada de gastos, el alojamiento y la comida entraba dentro de las cláusulas.

¿Qué más se podía pedir? Por mi parte, no mucho, la verdad, puesto que con aquel trabajo no solo iba a tener un buen sueldo que me permitiera ahorrar un poco y poder alquilarme algo cuando volviera a mi país, sino que además practicaría con el inglés en un entorno donde podría desenvolverme en las cosas cotidianas, como la compra, por ejemplo.

Mi padre prometió llevarme al aeropuerto, pero estaba tan borracho que ni se despidió de mí, me fui con lágrimas en los ojos y el corazón en mil pedazos, pero ya no podía soportar más aquella situación, yo había hecho todo lo habido y por haber porque saliera de ese pozo, pero todo era una negativa y reproches en los que quería hacerme ver que yo no era nadie para dirigir su vida.

Conseguí un vuelo al aeropuerto de Inverness donde aterricé y un taxi me llevó a la dirección que le mostré. Iba con los nervios a flor de piel y es que no sabía a quién me iba a encontrar, eran muy pocos datos y temía que me tocara un jefe que, como mi padre, me tratara con la punta del pie.

Estaba muerta de frío, era principios de diciembre y las temperaturas en aquel lugar eran terribles, yo estaba acostumbrada al sur de España y por mucho frío que llegara a hacer no era como este que te calaba en lo más hondo.

Llamé al timbre y se abrió la cancela de la calle, pronto pude ver una preciosa casa de piedra, unos jardines de lo más cuidados y llenos de árboles, me gustó esa primera sensación.

Iba entrando cuando salió el señor de la casa, para nada aparentaba tener cuarenta y dos años, estaba muy bien conservado, como diría mi amiga Miriam, es más, parecía un actor de Hollywood. Era guapísimo, su pelo rubio, largo y recogido en una coleta, unos preciosos ojos verdes, y la mandíbula perfectamente marcada.

—Hola, debes de ser Brenda —sonrió dándome la mano.

—Hola, sí, y usted es el señor Alastair —le devolví la sonrisa.

—El mismo —cogió mi equipaje.

—No, yo puedo...

Nada, me hizo un gesto para que caminara y le seguí hasta la que sería mi habitación.

—Espero que estés cómoda en ella, cualquier cosa que necesites no dudes en decírmelo, te espero en la cocina para comer en una hora —me hizo un guiño y cerró la puerta.

En shock, estaba en shock, entre la buena sensación que me había dado Alastair y esa habitación que me parecía la más bonita del mundo, estaba que no daba crédito.

La cama era una pasada, con un nórdico blanco sobre aquel colchón que era alto, tenía una cómoda, dos mesitas de noche y un amplio armario, además de un espejo a lo largo en una de las paredes, todos los muebles en blanco, pero como de madera desgastada, todo precioso, se veía que era nuevo, además de un baño solo para mí, que también lucía de lo más bonito.

Aquella estancia me parecía un palacio comparada con la vieja habitación que tenía en casa de mi padre.

Coloqué en el baño todos mis productos, luego en el armario y cajones mi ropa y puse unos joyeros que tenía sobre la cómoda, me encantaba esa habitación.

Miré por la ventana y vi a Alastair en la puerta de fuera recogiendo algo que le habían llevado de compra, era monísimo y de lo más simpático, me recordaba a Brad Pitt en la película “Leyendas de Pasión”, pero con el pelo más corto.

Había sentido todo un flechazo, así de claro, sabía que se iba a convertir en mi amor platónico, esos que llegan a tu vida y guardas en secreto y es que yo para los hombres era muy rara, pero él, me había sacado esa sonrisilla que hacía mucho no me salía por sí sola.

Soñar era gratis y la realidad es que yo iba a ser su chacha, dicho vulgarmente, pero al menos la vista la tendría alegre y estaría entretenida fantaseando con ese hombre que me había puesto las mejillas como dos tomates bien rojos.

Fui hacia la cocina donde estaba terminando de servir una sopa, sobre la mesa había unas croquetas con muy buena pinta.

—Ya estoy aquí —dije con una sonrisa.

—Perfecto, la comida ya está lista —me señaló la silla para que me sentara.

—Señor...

—Por favor, llámame Alastair.

—Vale, pero...

—...Pero nada, simplemente Alastair —se sentó sonriente.

—Lo intentaré —sonreí.

—¿Y qué tal el viaje?

—Bien, un poco nerviosa.

—¿Y eso?

—Bueno, vengo a ciegas, solo sabía que tenía que trabajar para usted en la casa como interna y poco más, pero necesitaba el empleo y aquí estoy.

—¿Un poco más relajada?

—La verdad es que lo esperaba menos simpático —volví a reír nerviosa.

—¿Tan mala fama tenemos los escoceses?

—No —se me escapó una risa fuerte—, pero claro, veo películas y cuando hay internas en casas todo es muy serio. No sé cómo explicarlo.

—Bueno, pero esto no es una película —arqueó la ceja señalando mi plato para que comiese.

—Imagino —volteé los ojos—. Y, ¿qué es lo que debo hacer exactamente aparte de limpiar y cocinar? ¿A qué horas quiere que esté la comida lista?

—¿En qué parte del contrato ponía que quería que fueras mi sirvienta?

—No le entiendo...

—Por supuesto necesito que me ayudes con la casa, con la comida, pero que sea algo de dos, no solo tú y no estás para servirme, estás para acompañarme.

—Espera, yo no soy...

—No —se rio—. No vayas por donde no es, déjame explicarte.

—Vale —apreté los dientes.

—Necesito hacerte una propuesta.

—Mientras no sea indecente... —Aunque observándolo detenidamente hasta sería capaz de aceptar, pensé mientras reía.

—No, tranquila. El caso es que tengo una lucha familiar...

—No entiendo...

—Por eso fui muy meticuloso en elegir a alguien de otro país, se encargaron de buscar a través de la academia de intercambio a la persona correcta y me dijeron que lo eras, no te obligaré a nada, pero te quiero comentar y que seas tú quien decidas.

—Me estás asuntando —apreté los dientes.

—Tranquila. Sabes que tienes un año de contrato.

—Sí, pero vamos, si veo algo raro salgo por patas —dije riendo.

—Cuando quieras —sonrió—. Necesito que finjas durante este año ser mi prometida.

—¿Ante quién?

—Ante todos los ojos del pueblo y de mi familia que vive en Fort William.

—¿Y eso para qué?

—Eso te lo explico más adelante, pero tengo que presentar una prometida en sociedad en Fort, en la casa de mis padres, y hacer creer a todos que encontré al amor de mi vida.

—¿Y voy a cobrar durante un año por aparentar ser tu novia?

—Así es —arqueó la ceja y puso cara de terror.

—Y el resto del tiempo que no esté delante de los demás, ¿qué tendré que hacer?

—Nada, como ya te dije me ayudarás con la casa y tendrás todo el tiempo del mundo para hacer lo que quieras, leer, ver la tele en tu cuarto, en el salón, pasear por los jardines, hacer deporte o salir a pasear conmigo.

—¿Y se van a creer que con la diferencia de edad que hay, somos pareja?

—¿Me estás llamando viejo? —se echó a reír.

—¡No! —negué riendo—, pero, no sé, es que es todo tan raro... Bueno, si tengo que fingir ser tu novia para conservar el trabajo, no dudes que te amo con toda mi alma —saqué mi humor andaluz.

—Entonces, perfecto.

—Y a todo esto... ¿A qué se dedica mi novio?

—Tengo dos edificios de apartamentos aquí en Inverness, todos arrendados y vivo de sus rentas.

—Vamos, que tienes la vida más que solucionada y encima tienes que alquilar a una novia —me eché a reír.

—Así es, no podía hacerlo con alguien de aquí, por eso recurrí a una empresa de confianza que lo gestionó con tu academia.

—Y me tocó a mí...

—Eso parece —sonrió señalando el plato de croquetas para que las probara.

Y eso hice, llevarme una de esas croquetas a la boca que...

—¡Dios, qué buena! —dije, justo después de soltar un gemidito. Madre mía, ¡qué vergüenza!

Miré a Alastair y vi que sonreía, vamos, que mi expresividad en ese momento le había parecido a él de lo más graciosa, simpática o divertida, yo estaba notando mis mejillas arder por la vergüenza, y eso que en Escocia hacía un frío de mil demonios.

—Me alegra saber que te gustan.

—¿Las has hecho tú? —pregunté cogiendo otra.

—Sí. ¿No me ves con dotes culinarias?

—Creí que habría alguna cocinera en la casa.

—Ya ves que no, vivo solo y no necesito a nadie.

—Error. Me necesitas a mí —dije frunciendo los labios al tiempo que levantaba las cejas.

—Cierto. Entonces, dime, ¿aceptas ser mi prometida?

Me quedé mirando a ese hombre que tenía el rostro descompuesto, sin duda yo era su salvación en esos momentos y esperaba que le diera una respuesta.

Pues nada, ya que estaba aquí...

—Claro que sí, amor mío. ¿Quién te va a querer más que tu Brenda? Pues nadie, ya te lo digo yo.

Alastair soltó una carcajada haciéndome sonreír a mí, al menos nos íbamos a llevar bien, el jefe era simpático y no creía que fuera a verlo con malas caras a menudo, así que otro punto a su favor.

Y con lo mono que era... ¡Ains, por Dios! Me tenía que centrar, porque yo estaba en esa casa para trabajar.

Después de comer recogí la mesa y empecé a fregar los platos, Alastair no tardó en ponerse a mi lado para hacerlo conmigo.

—Que la empleada aquí soy yo, jefe —dije con media sonrisa y poniendo los brazos en jarra.

—Te he dicho que la casa será cosa de los dos, así que, a callar.

—¡Uy, uy! Que ha sacado la vena de jefe mandón... —Fruncí el ceño y él soltó una carcajada.

—Anda, vamos a terminar y nos tomamos un café en el salón.

—Hecho, que sin café no puedo vivir. Una cosa... ¿Lo preparas tú, o lo hago yo, amor mío? —solté con carita de enamorada y pestañeo incluido.

—Ya lo hago yo, *mo ghaol* —contestó, sin dejar de sonreír, llamándome mi amor en gaélico.

Bueno, las risas no me iban a faltar con este jefe. Desde luego, me iba a divertir más con él, que soportando a la protestona de la señora Gertrudis cuando limpiaba en su portal.

Alastair preparó el café y apareció en el salón con una bandeja en la que había puesto las tazas y unas pastas.

Se sentó, me ofreció una y el silencio se hizo entre nosotros, lo único que se escuchaba era la película que estaban echando en la televisión.

Capítulo 2



Tras la comida fuimos al salón donde tenía la chimenea encendida, había hecho unos cafés y pasamos a tomarlos allí.

—Y, ¿qué te llevó a dejarlo todo y aceptar venir hasta aquí?

—Mi padre, desde que murió mi madre se le fue la vida, se refugió en el alcohol y me ha puesto las cosas muy difíciles. Trato de salir adelante como puedo, pero no me llega para alquilar una vivienda por muchas escaleras que limpie, pero mi vida en esa casa es un constante dolor de cabeza.

—Lo siento.

—Tranquilo, ya tengo casa, sueldo y novio —bromeé causándole una risa, pero no una sonrisa cualquiera, era la más bonita del mundo.

—Tienes un sentido del humor que me gusta, me recuerdas a la mujer de mi amigo William, a Kate, ella tiene un sentido del humor brutal, son como mi familia, este fin de semana vendrán a pasarlo con nosotros.

—¿Y tendré que fingir ser tu novia?

—No, ellos saben toda la verdad.

—Menos mal... —aguanté la risa.

—El conflicto lo tengo con mis padres, dicen que hasta que no presente una novia en sociedad, no voy a adquirir ciertas cosas que ya quiero tener en mi poder y controlar yo.

—Eso suena a conveniencia total.

—Lo vas pillando.

—Sí, sí, pero bueno, que aquí me tienes, no tengo nada que perder, solo debo ahorrar un año para cuando me des la patada en el culo volver con algunos ahorros para poder alquilar una casa y buscar un trabajo.

—Nadie dijo que te fuera a echar dentro de un año, lo mismo te puedes quedar trabajando para mí y hacer tu vida en Escocia.

—Bueno, si consigues tu cometido, hasta me puedes ofrecer ser tu secretaria —me eché a reír y es que no sabía que me pasaba, pero había tenido un feeling con él impresionante, parecía que lo conocía de toda la vida.

—Todo es negociable en esta vida.

—Eso siempre me lo decía mi amiga Mara, que todo era negociable en esta vida.

—¿Y no lo crees?

—Bueno, aquí estoy, dispuesta a fingir ser tu novia por no perder mi trabajo —me encogí de hombros y me tapé con la manta que me había dado.

Se estaba de lujo en aquel sofá frente a la chimenea y aquello parecía unas vacaciones fuera de lo que se iba originando en mi casa.

Con Alastair, no sentía la tensión que tenía en España y es que tener a mi padre todo el

día bebiendo y tirado en el sofá no era fácil de llevar.

Se veía que era un hombre con muy buen humor y mucha educación, estaba claro que eso de presentarme en sociedad como que me daba un poco de grima, pero bueno, si había que meterse en el papel, haría el papel de mi vida sin duda.

Estuvimos toda la tarde en el salón charlando sobre Escocia y yo le hablaba de España, la verdad es que me fascinaba escuchar la historia de ese país, sobre todo, la de las Tierras Altas en la que se sucedieron muchas luchas y rivalidades entre clanes.

Alastair era un hombre de tradición, pero no tenía ese carácter rudo y serio por el que se conocía a los highlander, todo lo contrario, parecía andaluz y es que se ca le ocurría cada cosa que me tenía que echar a reír.

Me reí a más no poder mientras me contaba anécdotas de su vida y es que había sido, y era, un hombre de personalidad, con carácter, cabezón, pero dentro del buen humor que se notaba que llevaba por bandera.

—Pero yo te digo una cosa, me vas a tener que dar un adelanto para la presentación, me tendré que comprar unos buenos taconazos y algo de ropa para aparentar estar a la altura —me reí.

—No te preocupes por eso, nos iremos de compras y todo correrá a mi cargo.

—Uy eso me recuerda a una peli.

—Más o menos así —se rio.

—¿Y cuándo será la presentación?

—En un mes, hay tiempo, quiero que haya más confianza y complicidad entre nosotros.

—¿Más? —me eché a reír y es que a pesar de las pocas horas que llevaba en esa casa ya me sentía como parte de ella.

—Mucho más, seguro que hacemos un buen equipo.

—Una cosa, me tienes que decir las horas a las que sueles desayunar, comer, cenar, limpiar, para saber en qué horarios moverme y adaptarme a tu vida.

—Por las mañanas suelo tomarme un primer café a las siete, así hasta las nueve que ya me he tomado dos cafés y un té, entonces es cuando desayuno. Así que sobre las nueve está bien.

—¿Y si me levanto a las siete?

—Pues te tomas un café o desayunamos directamente, como quieras.

—No, yo soy también de tomar varios cafés antes de desayunar.

—Entonces estupendo.

—Y luego a limpiar...

—Un poco, tampoco es que se ensucie mucho la casa, yo suelo pasar la mopa tres veces en semana y dos limpio el suelo, el polvo dos veces en semana también, los baños los limpio un día sí y otro no.

—Eso es pan comido, entre los dos lo hacemos en nada.

—Luego tengo por rutina todos los días a las doce hacer deporte por el jardín, si te apuntas...

—Yo soy muy floja para eso, todos los años me propongo hacer deporte, pero me canso solo con ponerme las deportivas —se echó a reír.

—Pues a partir de mañana seré tu entrenador personal.

—¡Ya me estás estresando! —nos echamos a reír.

—No mujer, verás lo bien que te sienta hacer deporte, además, dormirás hasta mejor y se te pondrá el culo duro.

—¿Y quién dice que no lo tenga duro? —me reí.

—Bueno, pues se te pondrá más.

—¿Cuánto tiempo de deporte haces?

—Una hora y media más o menos cada día.

—Espera que me estoy mareando —me tiré hacia atrás como si me hubiera desplomado.

—Poco a poco, conseguirás llegar a ello.

—Conmigo más de diez minutos no cuentas y lo pasaré muy mal, yo prefiero vestirme de animadora y apoyarte.

Alastair soltó tal carcajada, que menos mal que en ese momento no tenía café en la boca, porque seguro que lo habría escupido todo.

Me miró mientras yo le observaba arqueando una ceja y con cara de pocos amigos y levantó las manos en señal de rendición.

—Lo siento, lo siento —seguía riendo, pero, poco a poco se iba calmando—. Es que te he imaginado de animadora y...

—A ver si me lo voy a poner de verdad.

—No, por favor. Ya te compraremos un atuendo adecuado para el ejercicio.

—Pero a ver. ¿Tú que necesitas, una novia educada, mona y formal o una novia culturista?, porque al paso que voy me veo haciendo hasta pesas y con unos brazos de leñador que no me van a lucir los vestidos.

—Que no, mujer, no te preocupes. Un poco de *running* matutino, algunos estiramientos y cosas de esas fáciles.

—Correr, o sea, has dicho correr. Si es que eso yo... no lo veo, ¿eh? Mira, a mí me dejas aquí en casa, y mientras tú haces ejercicio, yo te preparo la comida. ¿Has probado la tortilla de patatas? Me sale riquísima. Y el cordero asado... ya ni te cuento.

—Anda, no seas floja, como tú dices, que verás cómo hasta acabas cogiéndole el gusto a correr y quieres hacerlo todos los días.

¿Por qué, mi mente, en ese momento, me llevó a otro tipo de ejercicios? Me lo parecía a mí, o ese hombre me estaba haciendo ojitos. No, imposible, serían tonterías mías, pero vamos, que me miraba con carita de interés.

—Bueno, bueno, dejemos lo de las corridas para otro momento... —Mierda, ¿había dicho eso? Por el amor de Dios, que me tragara la tierra.

—Sí, será lo mejor —carraspeó y trató de disimular una sonrisa, pero vamos que me miraba las mejillas, esas que yo sabía que tenía rojas y ardiendo. Bien sabía él que mi intención no había sido decir semejante palabra, y que me moría de la vergüenza.

—¿Quieres cenar tortilla esta noche, o huevos con salchichas?

Alastair me miró y ya sí que no pudo evitar la carcajada. Claro, que yo en ese instante relacioné lo que había dicho y...

Me quería morir. Con ese hombre es que al final iba a terminar todo en el doble sentido de la palabra.

Tenía que pensar y preguntar algo más normal, por Dios. ¿Qué me pasaba con ese hombre que me ponía tan nerviosa?

Joder, si dejara de mirarme así...

—Tortilla, así pruebo una de tus especialidades.

—Tengo muchas, jefe, ya lo iré descubriendo.

—No lo dudo, y espero que sea pronto.

Y yo que se refiriera a las culinarias, porque me estaba poniendo nerviosa con esa manera suya de mirarme, y ese descaro que tenía.

Si es que era normal, los diecisiete años de diferencia que nos separaban le habían dado a ese hombre más experiencia que todas las cosas.

Que yo no era una mojigata, ni mucho menos, pero me daba un poquillo de vergüenza a mí cuando me entraba un hombre.

—A ver, así que tenemos un mes para conoceros más —por ahí iba a ir bien la cosa.

—Sí, profundamente de ser necesario.

—No, profundamente no que le veo venir.

—Ah, ¿sí? —preguntó arqueando la ceja.

—Me está poniendo nerviosa, señor.

—Si no dejas de llamarme jefe, o señor, mal vamos. Acostúmbrate a llamarme Alastair desde ya, o el día que te vean mis padres van a pensar que sí eres mi secretaria.

—¿Y no te gustaría que lo fuera? Mira, que eso de ordenar carpetas, archivar papeles, revisar e-mails, el correo y llevarte la agenda semanal, se me daría de maravilla.

—No lo dudo, pero no quiero que seas mi secretaria, sino mi prometida.

Se acercó a mí, me rozó la mejilla con la mano y me puse tan nerviosa que acabé levantándome del sofá.

—Brenda, si ni siquiera te vas a sentir cómoda con ese simple gesto, el día que te presente en Fort estamos perdidos.

—Lo siento... —contesté, avergonzada, inclinando la cabeza.

—No pasa nada, acabarás acostumbrándote —se acercó y me dio un leve apretón en el hombro.

Le vi recoger la bandeja que había llevado con el café y volver a la cocina, y yo me regañé mentalmente porque me iba a pagar por fingir ser su prometida, durante un año nada menos, aunque eso sería solo de puertas de la casa para fuera.

¿Sería capaz de fingir de ese modo? Jolines, que había estado estudiando inglés, no interpretación, vamos que no me veía como las actrices españolas que acaban triunfando en Hollywood.

Esto no iba a salir bien, lo veía venir. Me pondría nerviosa el día de mi presentación y mis futuros suegros se darían cuenta enseguida.

Luego estaba lo de mi edad, que igual para sus padres era un problema porque yo apenas era una niña en comparación con su hijo.

Además... ¿Y si pensaban que estaba con él por su dinero?

—Madre mía, ¿en qué me he metido? —murmuré.

—¿Decías algo, Brenda? —preguntó Alastair, entrando en ese momento en el salón.

—No, no, nada, solo... ¿Voy preparando la cena?

—Claro, vamos a hacerla juntos. ¿Tortilla, entonces?

—Sí, y una ensalada que para acompañar va muy bien.

—Pues vamos.

Fuimos a la cocina y ahí pasamos el tiempo, entre cuchillos y hortalizas.

Yo, nerviosa perdida cada vez que me cruzaba con la mirada de Alastair, y es que entre esos ojos y la sonrisa que le salía de vez en cuando... estaba que no sabía si pelaba patatas o cortaba tomates.

Así pasó, que me hice un leve corte en el dedo y menuda manera de salir sangre.

—Ven, ponlo bajo el agua.

Cuando Alastair me cogió la mano, sentí una especie de corriente que me hizo estremecer. Madre mía, menudo mes me esperaba para que lo nuestro pareciera real a ojos de todo el mundo, y no una soberana farsa como realmente era.

—Listo —dijo después de ponerme una tirita.

Terminamos de preparar todo y tras poner la mesa, Alastair abrió una botella de vino y sirvió dos copas mientras me sentaba.

—Brindemos —propuso levantando la suya—. Por mi prometida, el gran amor de mi vida.

Me reí, porque no podía hacer otra cosa por los nervios que tenía, y él arqueó la ceja.

—Lo siento —me llevé la mano al pecho y respiré hondo—. Por mi prometido, el hombre que me dejó sin aliento la primera vez le vi.

Mentira del todo no era, pero a él no se lo iba a confesar jamás de los jamases.

Cenamos charlando, riendo y con esas miradas de complicidad que, sin duda, estábamos practicando ambos para cuando estuviéramos delante de todo el mundo, incluidos sus padres.

Recogimos todo como una hora más tarde, formando un buen equipo de trabajo, nos dimos las buenas noches y cada cual se encerró en su habitación.

Menudo primer día de trabajo, una toma de contacto con el jefe de lo más rara, pero, a la vez, divertida que había tenido nunca.

Capítulo 3



Me desperté y al mirar el móvil tenía un mensaje de mi padre, apenas eran las siete y media de la mañana.

«Hija, te echo de menos, espero que estés bien»

Madre mía, la primera vez que me hablaba así, ¿sería verdad que me echaba de menos o es que tenía una cogorza de esas que le habían puesto sentimental?

«Estoy bien papá, y espero que tú también»

No le quise decir que le echaba de menos, quería que sintiera de verdad lo que decía y que no fuera fruto de esas copas que no cesaba de tomar.

Me duché y bajé con el chándal incluido. A ver, si tenía que hacer deporte pues ya estaba lista.

—Buenos días, jefe —dije cuando entré a la cocina causándole una sonrisa.

—Buenos días, ya veo que eres aplicada y hasta vienes en chándal.

—Sí, pero espero que tengas una bata de esas para limpiar para no ponerme como el Santo Cristo, es más, yo pensé que hasta tendría uniforme.

—¿Uniforme? ¿Militar?

—Sí hombre, lo que me faltaba es que me pusieras firme —cogí el café que me había servido.

—No creo que haya hombre en este planeta que te ponga firme —hizo un carraspeo que por poco escupo el café.

—Bueno, bueno, tampoco soy como parezco, es que me lo has puesto todo muy fácil y ya sabes, las confianzas dan asco.

—Te lo puedo complicar un poquito —apretó los dientes.

—Ah no, que te quedas sin prometida, y otra que se meta en el papel como lo puedo hacer yo, no la encuentras, vamos, te lo puedo garantizar —me apoyé sobre la mesa.

—Tienes razón, no, no me la puedo jugar —se apoyó frente a mí en la encimera.

—¿Y hoy qué nos toca limpiar?

—Lo primero hasta que desayunemos estamos relajados, otro café, un té y luego el desayuno, tras ello hoy toca limpiar los baños y como hay tres, yo limpio el de mi cuarto, tú el del tuyo y los dos el del pasillo.

—El mío lo acabo de limpiar en cuanto me duché, así que te ahorras medio baño, mientras tú limpias el tuyo, yo limpio el del pasillo, para que veas lo rentable que soy.

—Ya veo, pero dime una cosa, ¿sabes hacer paella? Una vez estuve en España y desde entonces vine loco por volverla a comer y a mí no me salen igual.

—Claro, pero necesitamos marisco.

—Tengo en el congelador cajas de varios tipos.

—Ahora me las enseñas, pero deben estar sin cocer para poder sacar el caldo.

—Claro, están crudos.

—Pues fenomenal, hoy te vas tú a hacer deporte y yo me encargo de la paella.

—De eso nada, el deporte lo vamos a hacer los dos y luego te ayudo a prepararla.

—Joder cómo está mi prometido de estricto —murmuré volteando los ojos y causándole una sonrisa—. Anda, enséñame el marisco y mientras perdemos el tiempo en la cocina lo dejo cocido.

—De acuerdo —se fue hasta el congelador, aquello era gigante y tenía de todo.

—Estas gambas son perfectas y si encima le echamos una langosta de estas, ya para matarnos.

—¿Para matarnos?

—Es un decir. Ve sacando eso que verás el arroz que te hace la española.

—Ya puedo olerlo.

—Pues sí que tenías ganas.

—No sabes cuántas.

—Y de esos langostinos saca ocho.

—Ahora mismo —iba sacando todo y yo poniéndolo sobre la encimera.

Me puse a cocerlo mientras él preparaba dos cafés, me encantaba su buen humor de por la mañana, su sonrisa permanente y la ironía que se gastaba conmigo, que yo pillaba al vuelo y le respondía de igual manera.

—Listo, ahora ya lo tenemos cocido y el caldo para echar al arroz, te vas a chupar los dedos.

—Perfecto —me señaló la silla para que me sentara, ya que había preparado el desayuno.

—Y luego toca baño y a hacer diez minutos de ejercicios, todo un calvario —volteé los ojos.

—¿Diez minutos? Eso calentando, y mínimo media hora tienes que hacer hoy.

—¿Tengo? ¿Está en el contrato?

—Puedo aumentarte algo si me haces caso.

—¿Dónde hay que firmar? Si va de plus en el salario, te hago una hora —solté una carcajada.

—¿Lo ves como todo tiene precio?

—Lo veo, lo veo —me eché a reír—. Por cierto, que bueno está el pan con queso y mermelada —gemí con el sabor que proporcionaba aquel bocado.

—Me alegro de que te guste.

Y claro que me gustaba, todo de él, me ponía súper nerviosa y yo intentaba no parecerlo, pero es que no me lo ponía nada fácil, su cercanía y la forma en la que me había acogido como si me conociera de toda la vida, era como si fuera uno más de mis amigos como lo eran Mara y Miriam.

Desayunamos entre bromas de lo del deporte y luego recogimos la cocina, dejé todo listo para hacer la paella y nos fuimos a limpiar los dos baños.

—Listo —dijo apareciendo por mi dormitorio.

—Yo también acabé hace cinco minutos, soy más rápida —sonreí.

—¿Vamos?

—Claro.

Comenzamos con los calentamientos en el porche de la casa para ir entrando en calor, hacía un frío brutal.

Le iba haciendo caso en todo, pero poniendo drama, como si me costara la vida, y él arqueaba la ceja como diciendo que no podía ser.

Luego nos pusimos a correr alrededor de la casa, atrás tenía otro porche y un poco de terreno donde había varios trasteros.

Nada, quince minutos y ya llevaba la lengua fuera y estaba morada.

—Me retiro —dije tirándome al suelo y abriendo las manos y piernas en plan cruz.

—No puede ser —dijo agachándose para levantarme.

—Déjame morir aquí.

—De eso nada, que te tengo que presentar en sociedad —reía.

—Búscate otra.

—No hay tiempo —tiró de mis manos y me levantó—. Cinco minutos más.

—Vale, pero si me da un paro cardíaco es tu culpa —comencé a trotar de nuevo.

A los veinte minutos corrí hacia dentro de la casa gritando que iba a ducharme, vamos ni un minuto más aguantaba, estaba muerta, en mi vida había corrido tanto.

En cuanto me metí en la ducha y el agua empezó a caer por mi cuerpo, noté que hasta me relajaba, de verdad que sí, ese momento en que sientes que cada músculo se va calmando.

Salí como nueva, envuelta en una toalla de lo más suave, y cogí el móvil para poner música mientras me vestía.

Si es que había costumbres que no iban a cambiar nunca, yo sin música no podía vivir.

Y mientras Jennifer López cantaba su *"Ain't your mama"*, ahí que iba yo por toda la habitación moviendo las caderas, pues los pies se me iban solos cada vez que escuchaba a esa mujer.

Me puse el vaquero, una camiseta y las deportivas y ya estaba lista para seguir con mi día.

Me sabía hasta la coreografía del videoclip, y nada, que me lie a dar saltos, brincos y esos giros de cuello que hacían que me bailara todo el pelo.

Hasta que acabó la canción y...

—Bravo —escuché a Alastair mientras aplaudía.

Al girarme, le vi apoyado en el marco de la puerta y me quise morir de vergüenza. Si es que... ¿Me tenía que pasar todo a mí en esa casa? Madre mía, no podía ser verdad.

Cogí el móvil y quité la música, me temblaban tanto las manos que casi ni atinaba a lo que hacía, así que al final el jodido aparato acabó en el suelo, con la mala suerte de que acabó debajo de mi cama.

—Genial —murmuré, y oí la risita de mi jefe, que no ayudaba a mi tranquilidad en absoluto.

—¿Necesitas ayuda?

Miré a mi izquierda y ahí estaba él, a mi lado, de rodillas en el suelo, y como me quedé atontada con los ojos fijos en esa sonrisa que tenía, fue él quien acabó cogiendo mi teléfono.

—Toma, y ten más cuidado la próxima vez.

Había que joderse, ¿pues no me había guiñado un ojo y todo, el muy zalamero? Este hombre sería escocés, uno de esos highlander de un clan importante, pero el jodido parecía español por cómo se me iba insinuando.

O no, que igual esto eran suposiciones más y...

—¿Hacemos la paella? —preguntó tendiéndome la mano para ayudarme a levantarme.

—No, yo hago la paella, tú si quieres miras.

—A sus órdenes, jefa —y me hizo el saludo militar, si es que era para matarlo. Menuda guasa tenía mi jefe.

Fuimos a la cocina y ahí que me puse yo a preparar la paella que me quedaba de muerte, y no es porque yo lo dijera, que Mara y Miriam se morían porque comiéramos juntas en casa de alguna de ellas para que les hiciera una.

Mientras trasteaba en la cocina notaba a Alastair revolotear a mi alrededor y me ponía nerviosa, al punto de que como siguiera así, al final en vez de paella iba a hacer un arroz amarillo y punto.

—¿Quieres hacer el favor de sentarte? —le pedí, poniendo los brazos en jarras.

—¿Te pongo nerviosa? —sonrió de medio lado y casi me caigo de culo. Por Dios, ese hombre era un seductor nato. ¿Lo sabría o lo hacía sin darse cuenta?

—Sí.

—Hummm.

—¿Qué significa ese “hummm”? —Arqueé una ceja y ladeé la cabeza.

—Nada, nada.

—Mientras cocino me gusta tener tranquilidad, no moscones revoloteando alrededor.

—¿Me acabas de llamar moscón, mariposilla?

—¿Perdona? ¿Mariposilla?

—Ajá.

—Madre mía, qué paciencia voy a tener que tener contigo, jefe.

—Alastair, mi amor, acostúmbrate a llamarme Alastair o tendremos problemas si me dices un “jefe” de esos delante de mis padres.

—Bueno, siempre puedo decir que en la intimidad nos gusta jugar al jefe y la sirvienta.

—¿Te gustan los juegos? —preguntó arqueando las cejas.

—¡No! No, no. Yo...

Madre mía, no sabía ya ni qué contestarle. ¿Por qué narices le gustaría tanto buscarme la lengua a este hombre? Por el amor de Dios, un mes...

No, un año entero iba a tener que estar así. No iba a salir viva de esta, ya lo veía venir.

Le ignoré el resto del tiempo mientras preparaba la paella, afortunadamente él se sentó en uno de los taburetes de la cocina con una copa de vino mientras miraba algo en su teléfono.

Cuando tuve la comida lista, pusimos la mesa entre los dos y le pedí que se sentara, la paella había que servirla como Dios manda, osease, en una paellera en el centro de la mesa.

—Qué buena pinta tiene, y huele muy bien —dijo cuando me senté con él.

—Mejor sabrá —contesté cogiendo su plato para servirle.

Cuando me serví el mío, le hice un gesto con la mano para pedirle que comiera, él me miró, sonrió y cogió el tenedor dando así el pistoletazo de salida a su degustación.

—Increíble, enhorabuena, mi querida prometida, porque esta paella está riquísima. Ahora sí que no te suelto en la vida, mi amor.

—¡Hombre! Si es que ya lo dicen las abuelas, que son muy sabias, al hombre se le conquista por el estómago.

Alastair soltó una carcajada mientras se recostaba en la silla.

—Muy sabias las abuelas, es cierto —contestó.

Cuando acabamos de comer y mientras yo recogía la mesa, él preparó el café y nos fuimos al salón, al calor de esa chimenea que me tenía enamorada.

Me acabaría acostumbrando a estar en esa casa y después me costaría marcharme, pero es que me sentía tan cómoda con él, que era como si nos conociéramos de toda la vida.

—¿Te apetece una tarde de cine y palomitas? —preguntó un rato después.

—Vale. ¿Qué vemos?

—No sé, elige lo que quieras, ahora vuelvo.

Alastair fue a la cocina mientras yo buscaba entre las películas y... di con la joya de la corona.

—¿Qué vamos a ver, mi querida prometida? —preguntó sentándose a mi lado, tendiéndome el cuenco de palomitas después de dejar la bandeja con bebidas en la mesa.

—Leyendas de pasión, amor mío —contesté.

Sí, iba a ver al verdadero Brad Pitt, mientras su doble estaba a mi lado.

Me tapé con la manta que me dio Alastair y él se pegó a mí para taparse también. Lo miré por el rabillo del ojo y cogí aire porque me iba a hacer falta. Ese hombre me ponía nerviosa de una manera increíble.

—*Por favor, mírame. Te esperaré por mucho que tardes. Te esperaré siempre.*

Y, como me ocurría cuando veía esta película, me pregunté si yo también podría esperar siempre al hombre de mi vida, como acababa de prometerle Susannah a Tristán.

Tal vez sí, o quizás como acaba pasándole a ella en la película, siempre resultaría ser mucho tiempo.

Me secaba las lágrimas disimuladamente con cada escena, y es que esa película me tocaba el corazón de una manera impresionante, y no digamos la música, que era de esas que hace que se te erice la piel.

—Te has pasado casi toda la película llorando —me dijo Alastair, cuando acabó.

Y razón no le faltaba, y eso que la habíamos visto en versión original, pero casi me sabía los diálogos de memoria así que...

—Lo siento.

—No te disculpes por eso, llorar no es malo, todo lo contrario.

—Es que soy muy sensible con estas pelis y esas historias de amor bonitas pero imposibles...

—¿Qué quieres cenar, mi amor? —preguntó, sacándome una sonrisa porque se estaba acostumbrando a llamarme así.

—No sé, ¿qué me recomienda mi prometido?

—¿Me dejas sorprenderte?

—Por supuesto.

—Entonces, quédate aquí tranquila que voy a deleitarte con uno de mis ricos manjares.

Me pinchan y no sangro, vamos. O sea, que me había contratado para trabajar para él, aunque fuera haciendo de falsa prometida, y tenía que ayudarle en las tareas de la casa, incluido el tema cocina, ¿y ahora me dejaba en el salón calentita para prepararme él la cena?

Joder, qué chollo de curro. Si les contara esto a Mara y Miriam, alucinarían.

—¿Qué estás preparando? —pregunté al entrar en la cocina y es que el olor me estaba abriendo aún más el apetito.

—Raviolis al pesto —contestó y al girarse vi que llevaba los dos platos ya servidos.

Había puesto hasta la mesa, así que lo único que tuve que hacer fue sentarme y disfrutar de la cena, la cual mi flamante prometido acompañaba con un delicioso vino.

—¿Qué nota le pone, señorita?

—Un nueve —contesté y él arqueó una ceja— No, no me mires así, que para que sea un diez la cena tendría que haber sido acompañada de velas y esas cosas. Vaya prometido tengo... Qué poco detallista —me quejé, pero bromeando, por supuesto.

—La próxima te prometo que tendrá velas y música, si quieres.

—Hummm... ¿Y un baño de espuma? De esos que te dejan relajada.

—Perfecto, nos daremos un baño con espuma.

—No, no, un baño para mí sola.

—Eres mi prometida, merezco disfrutar de un baño con espuma contigo y mimarte. ¿No te gustaría no tener que hacer nada, tan solo relajarte mientras yo te enjabono despacio?

Mierda, ¿por qué había tenido que decir eso? Mi mente ya empezaba a volar y... yo a sonrojarme mientras él sonreía porque sabía que me había puesto nerviosa, más todavía, si es que eso era posible.

Cuando acabamos de cenar nos tomamos un té y me despedí para irme a la cama, pero antes Alastair me enseñó el resto de la casa.

Empezamos por su despacho, muy masculino y con un montón de estanterías llenas de libros. Bueno, lectura iba a tener para ese año sin problemas.

Un par de habitaciones para invitados, el cuarto de la lavadora, una sala amplia a modo de comedor donde había una mesa alargada con varias sillas para recibir visitas en celebraciones importantes y, por último, su habitación.

—Así que esta es la guarida de mi jefe —dije, mirando alrededor.

Paredes blancas, ropa de cama en azul marino, cortinas beige y muebles en madera oscura. Todo muy ordenado y con el gusto que caracterizaba a mi jefe.

—Tanto como guarida... No soy un lobo, ¿eh?

—Poquito te falta —murmuré, creyendo que no me había escuchado, pero me equivoqué.

—¿Y tú eres el tierno corderito que me voy a comer? —susurró en mi oído, haciendo que me sobresaltara y me estremeciera.

Madre mía, qué voz tenía por favor. Como me hablase así más a menudo, iba a acabar loca del todo.

—Esto... Será mejor que me acueste. Nos vemos mañana —fui hacia la puerta y lo escuché reír—. Buenas noches, Alastair.

—Buenas noches, Brenda.

Entré en mi habitación y en cuanto cerré la puerta me apoyé en ella con los ojos cerrados.

Ese hombre iba a acabar con la poca cordura que tenía.

Capítulo 4



—Buenos días, jefe —dije con un cansancio en el cuerpo que no podía—. Tengo agujetas hasta en las muelas.

—Buenos días, Brenda. ¿En serio?

—Hoy renuncio a hacer deporte.

—De eso nada —puso la taza en mis manos—. Las agujetas se quitan activando más los músculos.

—Ah no, yo hoy me niego por completo.

—Te obligaré a hacerlo.

—Le diré a tus padres que soy tu prometida de alquiler.

—No serás capaz.

—Tienes un mes para hacerme creer que soy tu prometida, aún no lo veo —bromeé.

—Vale, pero te tienes que dejarte querer.

—Tampoco te pases, que te llevas una colleja.

—¿Me la darías?

—Pues claro, ¿no me ves capaz?

—Bueno, puede que sí.

—Te digo yo que sí, vamos, ni lo dudes.

—¿Cómo quieres que te haga creer mi prometida si me lo pones difícil? —Cogió mi mano por encima de la mesa, pero por lo poco que lo conocía sabía que estaba bromeando.

—Ay amor, que cosas más feas me dices —le hice una caricia y quité la mano mientras él sonreía negando.

—Ibas bien hasta que hablaste.

—Suele pasar, suele pasar —le hice una mueca.

—Hoy vamos a ir a comer a un restaurante.

—¿Y eso? ¿Me vas a dar el premio a la empleada del mes?

—Te has ganado el premio —sonrió mientras se mordía el labio, ese gesto que hacía jodidamente sensual.

—Lo sabía, sí es que tengo un arte que no se puede aguantar.

—Eso también es cierto.

—Pues ve replanteándote una subida de sueldo porque me la he ganado con creces.

—Ya... —no dejaba de negar riendo.

—¿Y hoy qué toca limpiar?

—Hoy pasar la mopa, así que se la pasas a una parte de la casa y yo a otra.

—Vale jefe, y para que conste, volví a limpiar mi baño, aunque claro cómo es de uso personal, te será indiferente.

—Para nada, un punto a tu favor, chica limpia, me sigues ganando.

—Lo sabía, soy la mejor —puse los dedos haciendo el gesto de victoria.

Tras el desayuno pasamos la mopa y nos vimos en el porche para calentar. A mí me dolía todo el cuerpo y ni estirar podía, pero Alastair era muy cañero y no me hacía caso, me obligaba a hacerlo mientras yo me quejaba de mil formas.

Si es que el deporte nunca había sido lo mío. A ver, que salir de vez en cuando a pasear me sentaba bien, yo me ponía ropa deportiva y me daba alguna que otra caminata, pero de ahí a correr como si me entrenara para una maratón o algo así, pues no.

Vamos, que no es que se me hubiera pasado nunca por la cabeza presentarme a un *Ironman* de esos, la famosa competición de triatlón donde gente muy preparada se enfrenta a tres pruebas que yo no sería capaz de superar.

No podía correr, me dolía todo, pero él tiraba de mí riendo mientras yo decía un montón de sandeces para que las escuchara alto y claro, pero nada, que no se daba por vencido ni se apiadaba de mí, que juraría que me dolían hasta las pestañas y él, seguía haciéndome correr.

Este hombre, ¿me quería para fingir que iba a casarse conmigo, o era un loco psicópata que disfrutaba asesinando a sus víctimas a base de carreritas por sus tierras?

Me faltaba el aire, esto ya era inhumano.

—Vamos —me cogió desde atrás por la cintura y comenzó a correr conmigo en brazos.

—Así es mejor, sigue, sigue —gritaba muerta de risa en esos brazos que derretían a cualquiera.

Terminó de dar la vuelta y me soltó en el porche, yo estaba con un ataque de risa y fuimos a ducharnos para salir a comer.

De nuevo me sentí revivir al estar bajo el agua caliente. En cuanto terminé y me sequé el pelo, rebusqué bien para ver qué podía ponerme.

Al final me decanté por un vestido de lana en color beige que me encantaba, me puse unas medias gorditas, las botas altas hasta las rodillas y el abrigo marrón a juego.

Un poquito de maquillaje, perfume y lista para salir.

—¿Hoy no hay *show* de baile? —preguntó Alastair, cuando estaba cogiendo el bolso.

Al girarme lo vi apoyado en la puerta, como el día anterior y con esa sonrisa que robaría suspiros a más de una, si lo viera en la pantalla de un cine.

Estaba guapísimo el tío, con un vaquero, un jersey gris y el abrigo negro, y esa melena recogida en una coleta... Si es que me daban ganas de soltársela y entrelazar los dedos en ella.

—No, no hay baile, amor mío.

—Lástima, me gustó ver ese movimiento de caderas.

—Si te portas bien, igual otro día te dejo verme.

—¿Mañana? —Arqueó la ceja y me cogió por la cintura cuando fui a salir de mi habitación.

—No pida tanto, jefe.

—Y volvemos a lo de jefe y empleada...

—Soy la empleada —me encogí de hombros.

Lo primero que hizo Alastair al salir de la cancela que daba a la calle fue echarme el brazo por el hombro.

—Ahora mismo eres mi prometida.

—Amor, claro que sí —lo rodeé con mis brazos y se echó a reír.

—Veo que lo vas entendiendo.

—Totalmente —me puse de puntillas para darle un beso en la mejilla.

—La próxima vez en los labios.

—Tampoco corras tanto, que eso te lo tienes que ganar bien.

—¿Cómo de bien? —Me pegó a él, mientras caminábamos en un gesto cariñoso.

—Muy bien, no te hagas el tonto, que de eso no tienes ni un pelo —reí.

Llegamos a un restaurante donde lo conocían perfectamente, nos pasaron a la mesa que le tenían reservada y donde ya lucía un vino junto a dos copas que no tardaron en servirnos. Sabía que ya había pedido con la reserva hasta la comida pues no le preguntaron y trajeron seguidamente una ensalada que tenía una pinta bestial.

—Kate y William me llamaron, que al final no vienen mañana, vienen el siguiente fin de semana, les surgió un compromiso familiar.

—Ohhh, los echaré de menos —bromeé—. Por cierto, mañana es sábado, ¿curramos? —pregunté con descaro como si me estuviera matando a limpiar.

—Mañana toca limpiar el polvo de la casa —volteó los ojos.

—Me vas a explotar hasta los sábados —solté el aire.

—Tranquila, te puedes levantar a la hora que quieras, el ritmo lo marcas tú, de todas formas, esta noche podemos tomar unas copas en la casa, es viernes —me hizo un guiño.

—Yo cuando bebo no hay quién me aguante, me pongo muy tonta.

—¿Cómo de tonta?

—A llorar, reír, o a filosofar según por dónde me dé.

—Es bueno saberlo, pero no hay problema, te acompañaré en cualquiera de los estados que tengas.

—No sabes lo que dices, te lo estoy advirtiendo.

—Sin problema —levantó las manos.

—Bueno, avisado quedas.

Nos pasamos toda la comida entre bromas y miradas que me ponían de lo más nerviosa, y es que él, causaba algo muy fuerte en mí y me sacaba todos esos colores que yo evitaba que se reflejaran en mis mejillas.

—Nos están mirando —murmuré inclinándome sobre la mesa.

—Claro, aquí viene mucha gente que me conoce y les debe sorprender verme contigo.

—¿Porque podría ser tu hija? —pregunté con una sonrisa angelical.

—No, porque te miro con ojitos de enamorado.

Solté una carcajada y me tape rápidamente la boca porque no había sido mi intención llamar la atención de todo el mundo, pero cuando vi a Alastair sonreír, supe que aquello estaba funcionando, la gente hablaría de él y su joven acompañante.

De allí nos fuimos a tomar un café a una pastelería que era preciosa y donde nos comimos un trozo de tarta de chocolate que se cargó todo el deporte que habíamos hecho ese día, pero bueno, sin problemas, el que se quería cuidar era él, no yo, aunque reconozco que la noche anterior había dormido como una reina de bien.

Regresamos a la casa, ya que la tarde caía pronto y el frío se hacía presente. Me cambié de ropa y me puse unos leggins negros con una sudadera calentita en color rojo y fui hacia la cocina donde ya estaba Alastair con un pantalón de chándal y una sudadera también. Guapísimo, como siempre.

—Voy a preparar dos pizzas que te van a encantar.

—A mí me gusta todo, así que, aunque hicieras dos sándwiches de mantequilla me lo

comería con las mismas ganas —reí, me echó la mano por el hombro y besó mi sien.

—¿Estás melancólico?

—No, ¿por?

—Por ese beso, ahora no tenemos que fingir ante nadie.

—¿Nunca un amigo te dio un beso en la frente?

—¿Desde cuándo soy tu amiga? —Cogí una de las copas de vino que había puesto, y eso que yo no era de beber mucho, es más, debido a lo de mi padre detestaba el alcohol, pero algo me tomaba cuando la ocasión lo requería.

—Desde el momento en que entraste por la puerta. No podría vivir en mi casa con alguien que no considere amigo.

—Muy pronto haces amigos... —carraspeé.

—¿Y a mí cómo me ves?

—Con los ojos, a ver si te crees que tengo visibilidad en la boca —volteé los ojos riendo.

—Ya sabes a lo que me refiero —me puso harina en la cara.

—Te acabas de buscar la guerra —metí la mano en el bote y le eché un puñado sobre la cara y su respuesta fue una guerra de harina, hasta que gastamos el bote.

—Y ahora a limpiar —me dijo muerto de risa mientras se quitaba la sudadera y se quedaba en camiseta interior marcando esos bíceps que estaban para morderlos.

Santa paciencia la que iba a tener que pedir a todos los santos para no tocar a ese hombre. Virgencita, virgencita, la de ayuda que voy a necesitar.

—Yo paso, te lo has buscado tú y lo limpias tú.

—Vale, luego lo pagarás.

—¿Yo? ¡Sí hombre!

Lo ayudé a barrer y lo dejamos todo medio en condiciones, me quité también la sudadera que estaba ya blanca, menos mal que había calefacción en la casa y ahora nos íbamos al salón que tenía la chimenea encendida.

—*Siempre que vuelves a casa, me pillas en la cocina, embadurnada en harina, con las manos en la masa...* —Lo sé, la cancioncita tenía sus años, pero, ¿quién no la ha escuchado alguna vez en casa de sus abuelos, o de una tía?

—¿Qué has dicho? —me preguntó Alastair, y es que me había visto de esa guisa con la harina recogiendo la cocina y me había puesto a cantar en español, normal que no me hubiera entendido ni papa el pobre hombre.

—Nada, una vieja canción de mi país.

—¿Y qué dice?

—Era de uno de esos programas de cocina de antiguamente, y la sintonía empezaba con un "*Siempre que vuelves a casa, me pillas en la cocina, embadurnada en harina, con las manos en la masa*".

—No me digas más, nuestra peleilla con harina te ha hecho acordarte de eso.

—¿Peleilla, dices? Me has puesto echa un cristo, hijo mío. Si parecía que me ibas a cocinar a mí.

—Cocinarte no, pero comerte... —Se acercó sin apartar la vista de mi cuerpo y noté que me estremecía, como si me hubiera tocado con las manos— no te puedo asegurar que no lo haga.

Más nerviosa me puse todavía. Me giré y empecé a rayar queso, algo tenía que hacer para no pensar en él y en la forma en que me miraba, justo como si realmente quisiera comerme.

Siguió preparando las pizzas mientras bebía de su copa, yo ya ni me atrevía a beber porque acabaría terminándomela de uno solo trago y no era plan, no quería acabar muy perjudicada o diciendo tonterías.

Mientras él terminaba con toda la elaboración como si fuera un experto pizzero, yo fui guardando los ingredientes que sobraron, recogiendo un poco la cocina y fregando algunas cosas.

En cuanto acabó y estuvieron listas las metió en el horno, tenían una pinta que se me hacía la boca agua, pero es que cuando la sacó se veían mejor aún.

Menudo jefe me había tocado, ese hombre era una auténtica cajita de sorpresas.

Capítulo 5



Nos fuimos al salón con ellas y la botella de vino, acercamos la mesa más a la chimenea, hasta movimos el sofá grande, y nos sentamos con los pies encima y tapados por una única manta.

—Parecemos hasta pareja de verdad —murmuró con esa media sonrisa mientras masticaba la pizza y se ponía la mano delante, pues educación tenía un montón.

—Ah, ya pensé que lo éramos, joder, pues sí que me metí bien en el papel.

—Lo sabía, al final te enamoro y todo —ni que lo dijera, vamos hasta las trancas y es que como para no enamorarme de un hombre como él.

Y no solo por su apariencia, no iba a negar que tuviera un físico de esos que hacen que una mujer se alegre la vista cuando lo tiene delante, sino por su forma de ser.

Cariñoso, atento, alegre, divertido. Se le veía un hombre de esos que, con tal de verte sonreír, haría cualquier cosa, y eso ya me había ganado.

—Seguramente lo esté, noto como un cosquilleo en mi estómago —dije entrecerrando los ojos.

—¿De verdad?

—Claro que no, es el hambre que tengo —nos echamos a reír.

—Te gusta engañarme, ¿eh?

—Ni que fueras mi novio, ¿lo ves? El que te has metido en el papel eres tú.

—Debe ser eso —arqueó la ceja.

—Si tuvieras diez años menos, no te digo que no caería rendida a tus pies —bromeé sabiendo que ahí le había dado.

—¿Me estás diciendo eso en serio? —Le cambio el semblante.

—Ya toqué tu ego —me eché a reír.

—Mírame a los ojos —agarró mi barbilla para que lo mirara—. Dime de verdad que te importa la diferencia de edad.

—Me estás intimidando y yo solo quiero comer pizzas —me eché a reír, me acercó a su hombro, besó mi cabeza y ya me puse bien de nuevo.

—En tus ojos precisamente veo que algo de debilidad sientes por mí.

—¿En serio? Joder, ni me había dado cuenta —sonreí.

—Te gusta hacerte la dura.

—No, para nada, pero estamos bromeando, ¿no? —pregunté ya por curiosidad.

—¿Y si te dijera que me gustas y no estoy bromeando?

—No te creería —ya quisiera ser yo la atracción de un hombre como él, vamos, ni en las mejores novelas...

Hombre, si me dijera en este momento que le gusto, me quedaría muerta aquí mismo, pero eso no se lo iba a decir.

—Ven —se puso de lado con las piernas abiertas para que me sentara de espaldas a él entre ellas.

—No, me muero antes —me reí.

—Ven, que te tapo y verás que nos damos calor.

—No, no, no —reí toda nerviosa, me agarró de los brazos y me llevó hasta él, abrazándome fuerte y echándonos la manta por encima.

Me rodeó con su brazo por la cintura y cogió su copa para dar un trago.

—¿Más tranquila? —preguntó como si nada, como si aquello fuera lo más normal y lleváramos haciéndolo toda la vida.

—No, ¿cómo puedo estar tranquila recostada sobre ti?

—No me dirás que no estás cómoda.

—Y nerviosa, me tienes nerviosa —resoplé riendo y es que lo estaba, me sentía hasta taquicárdica.

—Pídeme que te suelte y lo haré para siempre, no te volveré a abrazar más, así que, si estás segura, solo tienes que decírmelo.

Esas palabras me dejaron loca. ¿Cómo le iba a decir eso? Si no me había sentido mejor en mi vida, pero joder, tenía que disimular.

Es que ese hombre tenía una capacidad increíble para ponerme acelerada, no recordaba haberlo estado tanto nunca, en mi vida.

—Ah no, ahora me quedo aquí que ya no tengo frío —reí nerviosa y noté sus labios en mi cuello dándome un ligero, pero tierno beso.

—Me alegra...

—Una cosa, ¿esto no es de locos? He venido a trabajar en lo que se suponía que era para servirte, no llevo ni cuatro días y ya estoy entre tus piernas mientras me rodeas con el brazo. ¿Qué parte de la historia me he perdido? —reí.

—No lo sé, pero yo me perdí en el minuto número uno que me sacaste una sonrisa al verte.

Lo dijo tan serio y convencido, que dudaba mucho que aquello fuera una broma de las muchas que me solía gastar.

—Jefe, me estás asustando.

—No me llames jefe —murmuró en mi oído y cogió una porción de pizza que llevó a mi boca para que la mordiera.

—Tengo una en la mano, ¿eh? —dije mientras la mordisqueaba.

—Pero esta es más especial porque te la estoy dando yo.

¿Había algo más íntimo y tierno que compartir un momento como ese? Frente al calor de la chimenea, recostada en su pecho mientras me daba de comer.

—Madre mía, ¿qué te has tomado a escondidas? —pregunté, pero ni me atreví a girarme porque me notaba las mejillas bastante sonrojadas.

—Nada —lo escuché sonreír tras de mí.

No me podía creer que esto me estuviera pasando a mí, con este hombre que me imponía un montón y por el que yo estaba, ¿colada? Pues sí, estaba coladísima por ese hombre que me sacaba diecisiete años.

Se hizo el silencio, uno de esos que podría resultar hasta incómodo, pero que, en nuestro caso, o al menos en el mío, no lo fue, puesto que con su sola presencia me sentía tan a gusto que no quería que aquella velada terminara nunca.

¿Me estaba volviendo loca? Podría ser, no iba a negarlo, pero ese hombre me hacía sentir especial.

Terminamos las pizzas y nos quedamos tomando las copas, esta vez me giré y me puse con las piernas cruzadas frente a él, entre sus piernas, tenía su mano apoyada en mi rodilla.

—¿Cuándo me vas a dar un beso?

—¿Yo a ti? —me eché a reír y di un trago, y es que iba a necesitar beberme una botella entera.

—Claro, pero si quieres... —Se acercó.

—¡Alastair! Puse mi mano entre los dos para que no siguiera acercándose— Me estás poniendo muy nerviosa —dije con una risa de esas que no podía frenar.

—¿No quieres que te dé un beso? —Se quedó cerca de mí.

—Lo de ser tu prometida te lo estás tomando muy a pecho.

—Puede ser —en ese momento hizo un movimiento rápido cogiéndome en brazos y poniéndome sentada de lado en sus piernas.

—Te voy a matar, te juro que te mato —dije poniendo mi mano en su cara para que no se acercara.

—No —quitó mi mano, me pegó contra él y me dio un beso en los labios.

Fue un gesto breve, casi diría que, como una caricia, un roce de esos que en ocasiones te dejan con ganas de más.

—Me muero de la vergüenza —me eché en su pecho, muerta de risa.

—No seas tonta, ahora dime, ¿te ha molestado que te lo diera?

—Hombre, ya está dado, ya no tiene sentido la pregunta.

—Sí lo tiene —colocó mi pelo detrás de mi oreja y besó mi cabeza—. No te voy a negar que me gustas muchísimo, pero si te molesta que esté así contigo solo me lo tienes que decir.

Un silencio se hizo. ¿Cómo le iba a decir eso con lo bien que me sentía entre sus brazos?

—Tengo miedo que esto afecte a lo que me trajo hasta aquí.

—Si te refieres a tu trabajo, te prometo que no te afectará en nada, pero si no quieres que sea así contigo, solo me lo tienes que decir.

—No me molesta —dije avergonzada y echando mis manos a su cuello para luego darle yo un beso en los labios, a pesar del nerviosismo que tenía en mi cuerpo.

—Gracias —dijo con su media sonrisa mirándome de forma penetrante.

—Esto es una locura... —negué riendo.

—¿Nunca hiciste ninguna locura?

—Sí claro, de fiesta un fin de semana que sales, conoces a alguien y te lías, pero no mucho la verdad, no solía salir por la situación en mi casa.

—Pero lo has hecho.

—Sin acostarme, ¿eh? Unos morreos y para casa —me reí.

—¿Pero te habrás acostado con algún hombre? —Arqueó la ceja.

—¿Tengo que contestar a eso? —reí poniéndome las manos en la cara.

—Por favor, hazlo —vi que apretaba los dientes.

—En mi vida me he acostado con nadie —dije sin quitarme las manos de la cara.

—¿En serio? —me las apartó él, mirándome con incredulidad.

—Te lo prometo —fruncí la cara.

—¿Me estás diciendo...?

—Sí. ¿Ya te he cortado el punto? —me eché a reír.
—No, pero no me lo esperaba para nada.
—Tampoco me voy a acostar contigo, te lo advierto —me eché a reír y me abrazó.
—Bueno, eso nunca se sabe —hizo un carraspeo.
—¿Te imaginas? Me muero si eso pasa, me muero directamente. No me veo yo...
—Ya me has besado...
—Sí y besos he regalado unos cuantos en mi vida —me reí.
—¿Nadie te tocó?
—Sí, un magreo de culo y tetas, pero nada más.
—¿Te estás quedando conmigo? —Su cara no tenía precio, estaba alucinando, pero yo más sincera no podía ser, vamos.

—Te juro que no.
—Pero tú...
—¿Si yo me he tocado? —me reí—. Algo, pero me da grima penetrarme sola, un poco de, tú ya sabes.
—Yo ya sé —negó riendo.
—Pero con mi padre en casa se baja rápido la lúvida —me encogí de hombros.
—¿Y cómo te has imaginado tu primera vez?
—¿De verdad me estás preguntando eso? —me eché a reír de nuevo.
—Claro, imagino que alguna vez fantaseaste.
—Sí, pero no te lo voy a contar, vamos, ni muerta.
—¿Por? —Besó mi mejilla mientras me abrazaba.
—Porque me muero de la vergüenza, ¿te parece poco?
—Me parece bien —carraspeó—. A ver, me has dejado descolocado, pero a la vez me gusta el simple hecho de que no hayas estado en otros brazos de forma íntima, no te voy a mentir.
—¿Y tenía que gustarte eso? —le di un mordisco en su labio y es que ya me tenía que no sabía cómo actuar.
—¿Te fías de mí?
—A ver, que te veo venir... ¿A qué te refieres?
—Quiero dormir contigo esta noche.
—No, no, tú a tu cama y yo a la mía.
—No, vas a dormir conmigo.
—Ni de coña.
—No va a pasar nada de lo que piensas —arqueó la ceja y me besó.
—Ni de broma, de verdad que me da mucha vergüenza.
—Será lo mismo que ahora, pero acostados —seguía con su arqueado de cejas.
—No, he dicho que no —lo miré negando y riendo.
Me besó de forma más larga, pero con besos delicados, suaves, jugueteando con mis labios mientras me miraba con un brillo en los ojos que me hacían derretir y volví a echarme en su pecho, me sentía bien así.
Estuvimos así hasta las doce de la noche, como Cenicienta, que me cogió en volandas y me llevó a mi habitación.
—Cámbiate tranquila, ahora vengo a por ti.

—No, no voy a dormir contigo.

—Pues yo dormiré aquí.

—Eso no vale —protesté y cerró la puerta.

Me senté en el borde de la cama sonriendo y negando, me encantaba ese hombre, pero esto era una locura y bien grande, era algo que no me podía creer que estuviera pasando y lo peor de todo es que me gustaba esto que estaba surgiendo entre nosotros.

Y ahora, ¿qué me ponía yo para dormir y que no pensara que...? Nada, no podía pensar nada porque bien sabía él, que no quería dormir en su cama, así que no había problema.

Saqué del cajón mi pijama de Mickey Mouse, uno calentito que me encantaba, y hasta esperé que no apareciera por mi habitación de nuevo, pero me equivoqué, llegó en nada, con su pantalón de pijama y una camiseta negra. Yo estaba muerta de risa y me agarró la mano llevándome con él hasta su habitación.

—Me gusta tu pijama —murmuró quedando a mi espalda mientras yo veía su cama como si fuera una máquina de tortura.

Destapó mi lado y me metí, él entró por el suyo, apagó la luz y me abrazó.

—Tranquila, no pasará nada, solo quiero dormir contigo —me dio un beso.

—Cualquiera está tranquila contigo —dije pegándome a él y respondiendo a su abrazo.

Nos besamos un buen rato y me acariciaba la espalda, de ahí no pasaba, gestos de cariño y besos que fueron los que se mantuvieron durante algún tiempo y ante el silencio de nuestras palabras que pasaron a dejarse llevar por ese instante.

Se puso detrás de mí abrazado para ya coger el sueño, los nervios que había pasado ese día eran monumentales, pero estaba claro que lo deseaba tanto como él, al menos esa era la impresión que me había dado.

Capítulo 6



Noté cómo me observaban y abrí los ojos rápidamente, no me acordé en ese momento que había dormido con Alastair.

—¡¡Ahhh!! —grité al ver su cara delante de mí y me incorporé rápidamente.

—Brenda, soy yo, estás soñando.

—La madre que me pario —me puse la mano en el pecho y solté el aire—. Te juro por mi vida que no me acordaba de que estaba en la cama contigo. La próxima vez haz señales de humo —me eché a reír, pero aún acongojada por el susto que me había llevado.

—¿Estás bien? —dijo abrazándome por detrás.

—Sí, tranquilo, es la poca costumbre de dormir con alguien.

—Vamos a desayunar, verás que el café te sentará bien —decía entre abrazos y besando mi mejilla.

—Tranquilo, ya se me pasa, pero sí, vamos, necesito un café de litro y medio.

—No mujer que luego te tengo que aguantar yo.

—Eso te pasa por contratarme como prometida —reí y me dio un fuerte abrazo con muchos besos por el cuello, que me sacaron una sonrisa de forma fulminante.

—Anda vamos, que ese tono sonó a enfado de haberte levantado con este susto —sonrió y se levantó, luego me cogió de las manos para tirar de mí.

—Alastair —dije siguiéndole atrás mientras me llevaba de la mano.

—Dime, guapa.

—El haber dormido con mi jefe debería de llevar aumento de sueldo —apreté los dientes y vi cómo se giraba riendo.

—¿Cuánto quieres que te suba el sueldo?

—Yo qué sé, pon unos cien pavos más.

—¿Cien pavos?

—Allí se dice así a los euros —me reí.

—Vale, acepto, son como noventa libras esterlinas, te aumento el sueldo, ¿mejor?

—Joder si lo sé, pido más, qué facilón eres.

—Pide, pero ten en cuenta que yo también sé pedir.

—Yo no tengo un duro, me lo gasté todo en el vuelo y el taxi, creo que me quedan en el banco treinta euros —me eché a reír.

—¿Necesitas que te ingrese dinero?

—¿Para qué? Si aquí estoy en un “todo incluido” y no gasto ni de broma.

—Bueno, es por si quieres comprarte algo.

—Ah no, no necesito de nada, ya cuando cobre mi primer sueldo me daré el caprichito de unas deportivas que llevo antojada mucho tiempo.

—Ahora las pedimos para que te las traigan.

—No, ahora no, cuando yo cobre.

—Quiero hacerte un regalo.

—No, no, ya me lo pago yo de mi trabajo que para eso lo estoy sudando —aguante la risa y él se rio negando, preparando el café.

—¿Qué deportivas son?

—No te lo voy a decir.

—¿A qué te lo saco antes de dos minutos?

—Inténtalo.

—No hay café hasta que no me digas la marca.

—Unas Adidas de toda la vida, blancas con las líneas en azul marino —me eché a reír.

—Tienes buen gusto —puso el café en mis manos.

—Pero estoy entre esas o las rosas con las líneas blancas que han sacado nuevas, así que tengo que decidirme.

—Pues cuando lo hagas me avisas.

—Claro que sí, jefe. Y dime, ¿qué planes tenemos hoy, aparte de limpiar todo el polvo de la casa?

—Ninguno, además abortamos lo de limpiar, hasta el lunes no hacemos nada. ¿Qué te parece? —me dio un beso en los labios y se apoyó sobre la encimera.

—Mira lo de vaguitar con el frío que hace se nos puede dar genial, frente a la chimenea y jugando a algo. ¿No tienes juegos de mesa?

—No —se rio—. Una baraja de cartas y poco más.

—Pues jugamos al escondite —me eché a reír.

—¿Y si te encuentro?

—Pues te toca esconderte a ti —le saqué la lengua.

Tras dos cafés salió al jardín un momento, ya que me dijo que tenía que hacer una llamada importante, así que me puse a preparar el desayuno mientras lo miraba por la ventana de la cocina. ¡Qué cosa más bonita!

Entró y nos pusimos a desayunar, yo ya había colocado todo sobre la mesa.

Faltaban diez días para Navidad y no noté que hubiera mucho espíritu navideño en esa casa.

—¿No preparas las cosas de Navidad?

—En uno de los trasteros tengo varias cosas. ¿Quieres que adornemos hoy la casa?

—¡Sí! —grité como una niña pequeña.

—Pues ahora vamos —sonrió.

Y eso hicimos, tras el desayuno salimos a uno de los trasteros a coger los adornos que tenía guardados, aquello era una barbaridad. Me quedé alucinada con las cosas tan bonitas que había allí. Cogimos de todo, hasta para adornar uno de los árboles delanteros del jardín.

—Vamos a poner esto, que va a parecer un puticlub —dije causándole una risa.

En ese momento llamaron a la puerta de fuera y él salió, lo vi por la ventana recoger una bolsa grande de papel y entrar.

—Esto es para ti.

—¿Para mí?

—Ajá.

Lo miré y no me lo podía creer, dos cajas de Adidas.

—Yo te mato, te juro que te mato —dije sacándolas y descubriendo que eran las que me gustaban, las rosas y las blancas, me había comprado las dos—. Ahora entiendo esa llamada que saliste a hacer al jardín —me reí.

—Espero que te hayan hecho mucha ilusión.

—Sí, pero joder qué rapidez, eso sí, me lo descuentas a final de mes.

—No, mejor me haces hoy otra comida española y ya estamos en paz.

—¡Hecho! Joder, pues sí que me es rentable trabajar en esta casa.

A media mañana sirvió dos vinos mientras seguíamos decorándolo todo, estaba quedando chulísimo en esos tonos dorados, plateados y rojo.

En ese momento sonó mi móvil y era mi padre, cogí aire y respondí.

Me sorprendió mucho el tono de voz, no se veía alcoholizado para nada y me juró que desde que me fui no había vuelto a beber, me pedía perdón por todo, hasta me preguntó si podía darle la dirección para hacerme llegar unos regalos de Navidad.

Cuando colgué me eché a llorar, Alastair había estado escuchando y me abrazó.

—No volvió a beber desde que me fui —me abrazó.

—Me alegro, eso está bien...

Estar en sus brazos en ese momento era como un regalo del cielo y es que me había dado cosita escuchar a mi padre con tanto cariño y sin estar en ese estado que me había puesto melancólica perdida.

Alastair era muy cariñoso, además de atento y con una capacidad de mantener un buen rollo increíble, era una persona que transmitía tanto, que me sentía en esa casa, como nunca me había sentido en ningún sitio.

Fuimos a la cocina y nos tomamos un vino mientras me ponía a preparar la comida, se me ocurrió hacerle unos huevos a la flamenca y se rio con el nombre.

Freí las patatas, poché la verdura y le eché el tomate, lo mezclé todo en la bandeja, puse los huevos encima, pimienta, sal, orégano y para el horno. Quedó de muerte y la vista que tenía era increíble, gimió al verlo cuando lo saqué.

Lo de mi padre me había dejado una tristeza increíble, alegría por saber que no estaba bebiendo, pero tristeza por no haber estado esos días a su lado, era una sensación extraña.

Le encantaron los huevos a la flamenca y disfrutamos de una comida relajada, el día cada vez se estaba poniendo más frío, así que tras la comida hicimos unos cafés y nos fuimos al salón a disfrutar de la chimenea, el decorado navideño y de estar juntos bajo esa manta.

Alastair me trataba con tanto amor, que me hacía sentir en una nube constante. Es verdad que a veces me notaba una niña en sus brazos y es que, aunque no quisiera, la diferencia de edad era notable, pero a mí me encantaba ese hombre que me tenía constantemente suspirando.

Sobre las cuatro se levantó y me dijo que no tardaría, se puso un chaquetón y se fue con el coche dejándome ahí sin entender nada. No tardó en volver con una bandeja de pasteles, me eché a reír y es que tenía una capacidad de sorprender increíble.

Me puse morada de pasteles...

—Esto con un poco de deporte el lunes lo quemo —dije provocando que se riera.

—De media hora vas a tener que pasar a cuarenta y cinco minutos.

—Tampoco te pases, esto se quema con el calentamiento.

—Según el tipo de calentamiento...

—No, tú te estás yendo por otro camino —reí.

—Algún día tendrá que ser tú primera vez y con quién mejor que conmigo.

—Miedo me daría —me eché a reír súper nerviosa y me abrazó tapándome con la manta entre sus piernas.

—A ver, explícame eso de miedo...

—No, yo no explico nada, pero ya sabes, tú con tanta experiencia y yo que no me tiré ni al macarra del pueblo.

—Hiciste bien, a veces hay que esperar a que llegue la persona correcta.

—¿Y esa eres tú? —me eché en su pecho riendo.

—Claro, sin duda.

—¡Eres un descarado!

—No —sonrió en mi oído mientras me abrazaba—, pero conmigo puedes estar tranquila, soy paciente y meticoloso.

—¿Meticoloso? —no podía dejar de reír con ese hombre.

—Sí, soy una persona que se adapta al momento que vaya requiriéndose.

—Me estás vacilando, vamos, de pleno.

—No, para nada —podía escuchar esa sonrisa tras de mí.

—Mi primera vez tiene que ser todo con velitas y pétalos de flores sobre el suelo.

—Es bueno saberlo...

—Vamos, que la persona que me vaya a desflorar tiene que currárselo mucho para que entre al trapo.

—Amor, me lo curraré.

—¿Amor?

—Para mí lo eres.

—Anda que no sabes tú nada, me estás dando coba para conseguir tu objetivo.

—Para nada —besaba mi cuello sonriendo—. Por cierto, te hice un hueco completo en un lado de mi armario para que lleves tus cosas, y en mi baño como hay dos muebles de lavabo te dejé uno completo para ti.

—Y, ¿por qué las tengo que llevar allí con lo bien que las tengo en mi dormitorio? ¿Se va a venir a vivir alguien? —pregunté buscándole la lengua, lógicamente sabía lo que me estaba pidiendo.

—Sabes de sobra lo que te estoy pidiendo —me hizo un poco de cosquillas y casi le meto un derechazo de dos pares con el codo, buena cosa había hecho.

—¿Así que tienes cosquillas...?

—Muchas y no te la juegues que puedes salir lesionado.

—Sabes que si quiero te sujeto y te hago todas las que quiera, así que, dime que te vendrás a mi cuarto —me agarró por completo con una mano y la otra la llevó a mi costado.

—¡Vale! Ahora mismo vamos a cambiar las cosas —me eché a reír.

—Así me gusta.

Estuvimos toda la tarde entre bromas, abrazos y frente a esa chimenea que era nuestra paz. ¿Quién me iba a decir que iba a vivir unos momentos así con ese hombre que se suponía que era mi jefe?

Preparamos la cena y nos duchamos, nos pusimos los pijamas y trasladamos las cosas a la habitación de él, bueno era si no lo hacía...

Habíamos preparado una sopa y de segundo freímos unas empanadillas que yo había dejado hechas. Cenamos relajados, fui a fregar los platos y me dijo que me esperaba en la habitación, debía enviar un email y tenía el móvil allí.

Cuando iba llegando a la habitación un olor a coco me vino de golpe y al asomarme tuve que echarme a reír negando.

—Eres tremendo —dije alucinando al ver toda la habitación llena de pétalos de flores que había cogido del jardín, todo iluminado por velas y él con dos copas de vino en las manos.

—¿Te gusta?

—¿Me estás dando a entender que me vas a desvirgar? —me eché a reír sobre su hombro sujetando mi copa y seguidamente le di un trago.

—Te estoy dando a entender que quiero estar contigo viviendo esto que me haces sentir cada minuto de mi vida.

—Eso suena a amenaza total —le mordisqueé el labio.

—Y tú, ¿qué estás sintiendo?

—¿Yo? —volví a reírme.

—Sí, tú...

—Pues algo especial, bonito... Tampoco te vengas tan arriba.

—Con eso me conformo. Te seguiré conquistando.

—Madre mía con el escocés, ¿pues no me salió enamoradizo?

—Ha tenido que llegar alguien como tú para sacar mi parte más tierna.

—Tierna dice, y me prepara la habitación para desflorar... —nos echamos a reír.

—No tiene por qué pasar nada, pero pensé que te gustaría verla así.

—Me encanta, no te voy a mentir.

—Pues ve desnudándote...

—¿Eres tonto? —me eché a reír y me abrazó riendo, de más sabía que estaba bromeando.

—Tú me pones tonto — me abrazaba con mucho cariño.

Nos tomamos la copa de vino y me cogió en brazos para meterme en la cama.

—Dime una cosa Alastair, ¿cómo un hombre como tú no está casado?

—Te estaba esperando a ti —colocó mi pelo detrás de la oreja y me besó.

—Sí claro, y yo me chupo del dedo.

—No llegó la mujer que me hizo sentir lo que tú sí hiciste.

—Pero no sé, puedes tener a quien quieras...

—Ya la tengo —mordisqueó mi labio.

Me agarró y me puso encima de él, entre sus piernas. Me encantaba esa forma de mirarme y no había mejor entorno en aquel momento que la calidez de aquella minúscula luz que nos daban todas esas velas repartidas por la habitación.

—A veces desearía que el tiempo se parara —dijo mientras acariciaba mi pelo.

—¿Ahora por ejemplo?

—Ahora...

—Tengo una sensación un poco rara.

—¿Cuál?

—No sé cómo explicarlo, ha sido todo tan rápido que no sé en qué momento pasó todo y es que vine con una idea que nada tiene que ver con lo que está pasando.

—Pero, ¿estás bien conmigo?

—Si no lo estuviera no tendrías huevos para meterme en tu cama —reí—, pero

entiéndeme, es como si de repente tienes los ingredientes sobre la mesa para hacer un pastel, te giras un momento y cuando te vuelves, ese pastel ya está hecho. Te quedas loco, ¿no? Pues eso me pasa a mí, vine a trabajar y de repente estoy entre tus brazos, es como si algo no encajara.

—Te entiendo, pero eso significa que surgió algo entre nosotros desde el primer momento y eso no se puede obviar ni cocinar a fuego lento.

—Ya, bueno, a rezar, al menos mi padre está mejor por si me das una patada —me eché a reír en su hombro.

—Tranquila, eso no pasará —acariciaba mi espalda mientras besaba mi frente.

Comenzamos a besarnos y me recostó para esta vez él quedar encima, con tacto y mimo me fue quitando las prendas hasta dejarme completamente desnuda ante él, que no perdía la sonrisa de su cara mientras me miraba con esa intensidad que solo él tenía.

Él se desnudó también dejando ver ese perfecto cuerpo sin un gramo de grasa y es que tenía unos brazos y un pecho...

Comenzó a besarme el cuello mientras con su mano acariciaba mi pecho, un cosquilleo recorrió mi estómago y luego se me erizó la piel, sentirme en manos de aquel hombre era una sensación de lo más placentera.

Llevó su mano hasta mi zona mientras fue bajando y la fue acariciando muy despacio, me penetró con cuidado con un dedo, luego metió otro y un pequeño gemido se escapó de mis labios.

Luego fue hacia mi clítoris y comenzó a acariciarlo mientras besaba mi entrepierna, giré mi cabeza y comencé a soltar el aire, me faltaba hasta la respiración del placer que estaba sintiendo y sin duda me llevó a un orgasmo mientras volvía a penetrarme con sus dedos.

—¿Preparada? —preguntó besándome los labios.

—Sí... —murmuré ruborizada y se puso un preservativo.

Puso su miembro en mi entrada y fue entrando, poco a poco, sus manos a cada lado de mi cabeza y sin dejar de mirarme buscando una señal de que iba todo bien y no me hacía daño.

Entró y comenzó a moverse muy lentamente, cuando escuchó ese gemido que se me escapó fue moviéndose un poco más relajado, sin esa tensión por no ser brusco la primera vez.

Pude ver el placer en su rostro mientras me miraba sonriente y lo hicimos sin dejar de mirarnos a los ojos, con esas sonrisas que nos provocábamos el uno al otro. Cuando ambos llegamos, nos fundimos en un precioso abrazo.

Fue al baño y cuando volvió me cogió para recostarme sobre él.

—Lamentable, ¿verdad? —me eché a reír.

—¿Por qué dices eso? —preguntó arqueando la ceja.

—Con tu edad este debe de ser uno de los polvos más tristes que has echado —solté una carcajada más fuerte.

—Uno de lo más deseados y bonitos, para todo hay tiempo —me abrazó fuerte y besó mi sien.

—¿Tienes aguante? —pregunté aguantando la risa.

—¿A qué te refieres con eso?

—¿Lo harías otra vez?

—Claro, ¿te has quedado con ganas de más? —vi su sonrisilla.

—Ponte un preservativo —le dije destapando la sábana y me miró sorprendido.

—¿Segura?

—¡Hazme caso! —me eché a reír mientras se levantaba.

Se lo puso y fue a acercarse a mí, le dije que se tumbara en la cama, por su gesto no entendía nada y yo me puse a horcajadas sobre su miembro y me senté sobre él, hasta introducirlo dentro de mí.

Comencé a moverme y en su sonrisa podía ver la incredulidad.

—No era virgen —comencé a mordisquearme el labio y él me agarró las nalgas fuertemente.

—Esta me la pagas —se echó a reír, pero se sentó conmigo sobre él y comenzamos a hacerlo con una fogosidad increíble.

Mordisqueó mi labio y salió ese hombre que yo esperaba, el fogoso, el que me manejaba a su antojo, el que me levantaba sobre él mientras movía todo mi cuerpo agarrándome por las nalgas, fue un momento de lo más intenso.

Cuando terminó fue al baño de nuevo muerto de risa, con la misma que volvió metiéndose en la cama y abrazándome.

—Esta me la vas a pagar —rio.

—El macarra de mi bloque me ponía mucho —bromeé por lo que le conté de que no me había acostado ni con el macarra de la barriada.

—Te voy a matar —reía mordisqueando mi labio.

Nos dormimos sin poder dejar de reír, el pobre mío se había tragado que era virgen. No es que me hubiese acostado con una legión, pero sí que había tenido una relación de dos años en la que no solo jugábamos a las cartas...

Capítulo 7



Me desperté al notar que Alastair me abrazaba desde atrás, rodeándome fuerte con el brazo por mi cintura.

Me llevó hasta él y quedé bien pegada a su cuerpo, tanto que me sentí de lo más a gusto al entrar en contacto con el calor que desprendía.

Le cogí la mano para entrelazarla con la mía y le escuché reír a mi espalda. Se acerco, me besó en el cuello y me susurró unos buenos días en el oído.

—¿Cómo has dormido hoy? —preguntó—. Al menos no te has despertado asustada de encontrarte conmigo en la cama.

—Desde luego, porque me acabaría muriendo de un susto si fuera así cada día.

—Hay que levantarse.

—No quiero, estoy muy a gusto aquí, y calentita.

—También podemos quedarnos en la cama todo el día, no hay problema. Así me cobro esa deuda que tenemos tú y yo pendiente —me mordisqueó el hombro.

—¿Qué deuda? No sé a qué te refieres.

—¡Oh, claro que lo sabes! Pequeña mentirosa —se colocó sobre mí sin dejar de mirarme a los ojos y con esa sonrisa de la que me estaba empezando a hacer fan, no tenía nada que envidiarle a cualquier actor de cine.

—De verdad que no sé de qué me está hablando, jefe.

—Si quieres te refresco la memoria —movió las caderas haciendo que nuestros sexos se rozaran y tuve que contenerme para reír— ¿Te vas acordando?

—Vagamente.

—Dijo usted ser virgen, señorita, burlándose de mí con esa afirmación.

—Ajá —entrecerré los ojos.

—Y después de una primera vez tierna y con muchísimo cuidado, se me subió usted encima como toda una amazona.

—¡Vaya! —Fingí sorpresa.

—Sí, vaya.

Alastair empezó a besarme y recorrer mi cuerpo con ambas manos, estaba empezando a llevarme a ese punto de no retorno en el que sabía que acabaríamos como la noche anterior cuando sonó su teléfono.

Lo cogió de la mesita y se levantó.

—Lo siento, tengo que atender la llamada. Pero no te vas a librar de esto, ¿eh?

Salió de la habitación y aproveché para levantarme y darme una ducha, mejor estar fuera de esa cama antes de que volviera y quisiera seguir cobrándose esa deuda, aunque a ver, que no me habría importado que lo hiciera.

—Te has escapado, ¿eh? —escuché que preguntaba cuando entró de nuevo en la habitación mientras me vestía.

—Voy a preparar el desayuno, jefe, que después toca correr.

—Cierto, un poco de ejercicio matutino. Al final hasta te va a gustar.

—No tientes a la suerte, que mañana te dejo tirado y te recorres el jardín tú solito.

—Vale, vale —dijo con las manos en alto mientras entraba al baño para darse una ducha.

Fui a la cocina y preparé un desayuno de esos de campeones, no faltó de nada. Si hasta me dio por hacer tortitas.

Acababa de servirlo en la mesa cuando Alastair entró y me cogió por las caderas, dejándome un beso en el cuello.

—Qué buena pinta tiene todo.

—Me alegra que te guste. Venga, a reponer fuerzas —señalé su sitio y fui a coger su café.

Nos sentamos y mientras desayunábamos Alastair estuvo mirando el móvil en un par de ocasiones, cosas de trabajo, supuse.

Nada más acabar y recoger la mesa, salimos al jardín y ahí que empezamos a estirar en el porche.

Verlo era todo un espectáculo, la verdad, y es que cada vez que se cogía el tobillo se le marcaban los brazos de una manera... que se te iban los ojos ahí sí o sí.

—Vamos, a correr —dijo saliendo del porche sin esperarme siquiera.

Pero bueno, yo iba a mi ritmo y listo, si no me esperaba, en su conciencia quedaría si me daba un mareo y acababa en el suelo.

El muy listillo es que encima se daba el lujo de ponerse a correr de espaldas, mirándome y dándome ánimos para que siguiera.

No se tropezaría y...

—¡Alastair! —grité al verle caer al suelo.

Anda que al final iba a resultar que era un poquito bruja, si antes pienso que se va a caer...

Me acerqué a él corriendo y cuando me incliné para ver si estaba bien, el muy cabrito me cogió de las manos para tirarme encima, haciéndonos rodar por el jardín un par de veces hasta que quedó sobre mí.

—¡Serás! —Le di un golpe en el hombro mientras él se reía.

—Estabas pensando que te gustaría verme caer, así que ahora no te hagas la tonta.

—¿Yo? Por favor, pero si he salido corriendo en cuanto has caído. Anda que si te partes el culo y tengo que llamar a una ambulancia. Y, ¿podrías quitarte de encima? Pesas un poquito, hijo.

—Anoche no decías eso —sonrió de medio lado.

—Hombre, estaba en una cama cómodamente, no con el culo pegado al césped frío y mojado. Que ha llovido, ¿sabes?

—Cierto, lo lamento.

Volvió a girar y se quedó él tumbado conmigo encima, llevó una mano a mi cuello, enredó los dedos en el pelo y me atrajo hacia sí para besarme.

Y así estuvimos un rato hasta que empezó a llover como si no lo hubiera hecho en meses y nos calamos hasta los huesos.

Salimos corriendo hacia la casa y fuimos directos a la habitación para darnos una ducha caliente, y resultó serlo no solo por el agua que nos cubría sino porque me vi apoyada con

las manos en la pared de azulejos, un poco inclinada y las caderas elevadas mientras Alastair me penetraba.

Cuando acabamos me giró, pegándome a su pecho, y me abrazó mientras me besaba la coronilla.

—No sabes lo mucho que me alegro de que fuera a ti a quien me enviaran.

—A ver, jefe, que se ha metido usted muy mucho en el papel de prometido. Y yo que pensaba que no haríamos nada hasta el día de la noche de bodas...

—¿Serías capaz de hacerme esperar tanto?

—Ajá.

—Eso es cruel, tener todos los días este cuerpo en mi cama y no poder tocarlo ni hacerte disfrutar.

Salimos de la ducha y en cuanto nos pusimos ropa cómoda bajamos a preparar la comida.

Seguía lloviendo así que el mejor plan era quedarse en casa, calentitos en el salón al calor de la chimenea.

Hice un caldo además de unos filetes en salsa que a Alastair le gustaron mucho y nada más acabar de comer nos fuimos a ver una peli.

No había mejor plan para mí que ese, sofá, mantita y peli.

Tomamos el café con unas galletas de chocolate que Alastair tenía en la despensa mientras reíamos con una comedia que él había elegido.

Me acurruqué bajo la manta, pegadita a su cuerpo y es que ese hombre parecía una estufa, desprendía tal cantidad de calor que era una maravilla.

No sé en qué momento me quedé dormida, pero me despertó Alastair acariciándome la espalda.

—Es casi hora de cenar —dijo dándome un beso en la frente cuando le miré.

—Vaya, sí que he dormido.

—Eso es que estabas a gusto conmigo —guiñó el ojo.

—Seguramente sí. ¿Qué quieres cenar? —pregunté.

—Una de mis especialidades. Sándwich caliente de queso.

—Fácil, rápido, sencillo y muy rico. Venga, pues a preparar la cena.

En cuanto cenamos nos fuimos a la cama, pero no hizo nada más que abrazarme, como la primera noche que dormimos juntos.

La mañana siguiente seguía lloviendo, así que nada de hacer ejercicio fuera de la casa, que él sí estaría acostumbrado a correr bajo la lluvia, pero yo no, y capaz era de coger una pulmonía si me calaba otra vez.

Me había librado después de empaparme entera el día anterior porque fimos rápidamente a la ducha que, si no, ya estaría yo con el pañuelo en la mano todo el tiempo.

—Buenos días, jefe —dije entrando en la cocina donde ya estaba él preparando el desayuno.

—Buenos días, señorita Brenda.

—Por Dios, qué formalidades, hijo.

—A ver, si tú me tratas de jefe, tendré que hablarte con educación, que eres una empleada, ¿no?

—Sí, sí, claro señor. Por supuesto, faltaría más —contesté provocándole una sonora carcajada.

—Anda, a la mesa que se enfría el desayuno.

Nos sentamos y me preguntó qué me apetecía hacer ese día, pero con el tiempo que hacía afuera, pues como que poca cosa, así que se me ocurrió que podríamos preparar magdalenas, la madre de Miriam las hacía de muerte y nos había enseñado a nosotras y a Mara a prepararlas.

—Tarde de repostería, me parece bien —contestó mientras recogíamos la mesa.

Como no íbamos a hacer ejercicio, Alastair estuvo toda la mañana en el portátil revisando e-mails y cosas de trabajo, mientras yo busqué en Internet alguna receta que hacer al día siguiente para la comida, me gustaba hacer cosas que no había probado antes.

Di con una que tenía muy buena pinta, era una quiche de verduras y pollo que apenas tardaría en preparar, eso sí, la masa de hojaldre tenía que ser casera así que la dejaría preparada cuando hiciera las magdalenas.

Preparé una tortilla para comer acompañada de unas empanadas que teníamos en la nevera y en cuanto tomamos el café, nos pusimos manos a la obra.

Bueno, en este caso a la masa.

Alastair estaba pendiente todo el tiempo, dándome los ingredientes que iba necesitando y ayudándome a mezclar la masa.

La verdad es que él también era un cocinillas, como yo, le gustaba mucho estar entre ingredientes, bandejas y fogones.

—Listo, ahora a hornear —metí las dos bandejas en el horno y sonreí al ver que Alastair me miraba.

—Tienen muy buena pinta, y huele de maravilla.

—Pues verás qué ricos están. Voy a preparar una masa de hojaldre que necesito que esté lista para mañana.

—Vale, yo te ayudo.

Y sí, me ayudó, y el famoso día de las pizzas, la harina voló en alguna ocasión hasta que acabamos los dos con ella hasta en las pestañas.

Alastair me miraba mientras me abrazaba y me besó con esa intensidad que acaba desatando la pasión entre dos personas.

Despejó un poco la encimera de la cocina, me sentó en ella y tras deshacerse de mi pantalón y mi braguita, ahí mismo dio rienda suelta a lo que deseaba y acabamos aún más cubiertos de harina.

Tras una ducha caliente y volviendo a ser personas otra vez, y no figuritas de un belén cubiertas de nieve, terminamos de preparar la masa de hojaldre y sacamos las magdalenas del horno.

—Qué bien huelen —dijo poniéndose detrás de mí.

—Venga, prepara café que nos merendaremos unas magdalenas recién hechas.

Nos sentamos en el sofá y cayeron todas las magdalenas que llevé para el café, menos mal que había hecho dos bandejas con una buena cantidad, porque me daba a mí que el “señor deportista hago ejercicio a diario para tener un cuerpo de infarto”, era un goloso de los grandes.

Ya que estábamos en plan cocinero Alastair hizo pizzas para la cena que tomamos acompañadas de uno de esos vinos que, a lo tonto, me estaban gustando y mucho.

Yo no bebía, y más desde que mi padre empezó con sus problemas con el alcohol, pero en

la comida o la cena pues no me importaba tomar una copita.

—¿Alguna vez pensaste que tendrías que contratar a una falsa prometida? —pregunté mientras cenábamos.

—La verdad es que no, pero bueno, aquí estamos.

—Sí, aquí estamos. ¿Me vas a explicar el motivo de que tuvieras que recurrir a esto?

—A su debido tiempo.

—O sea, que ahora no, vale.

—No es que no te lo quiera contar, es que durante este mes nos vamos a conocer mejor.

—¿Mejor, dices? Si ya me has visto hasta desnuda, y eso no entraba en el acuerdo.

—Cierto, debí incluir esa cláusula.

—No, no, yo debí hacerlo “Nada de seducir a la falsa prometida”.

—¿Seducirte yo, dices? —Alastair soltó una carcajada que resonó en todo el salón.

—Eso he dicho, sí. Me sedujiste tú. ¿O me vas a decir que lo de las velas en tu habitación lo hice yo?

—Pero te gustó que lo hiciera, admítelo —me rodeo por la cintura y me llevó a su regazo.

Estábamos sentados en el suelo, en esa mullida alfombra, tapados con la manta frente a la chimenea, y me besó.

—¿No vas a admitir que me curré muy bien esa noche? La que pensé que iba a ser tu primera vez, por cierto —me mordisqueó el labio.

—Sí, lo admito. Me gustó mucho cuando me la encontré así.

—Si es que cuando me pongo romántico...

Apoyé la cabeza en su pecho mientras él me abrazaba y acariciaba mi brazo despacio, nos quedamos así, en silencio cada uno sumido en sus propios pensamientos durante un buen rato, hasta que Alastair me apartó y se levantó para recoger lo de la cena.

Me quedé ahí, abrazada a mis piernas contemplando las llamas de la chimenea, pensando en lo mucho que había cambiado mi vida desde que acepté ese trabajo que me ofrecieron en la academia de inglés.

¿Quién me iba a decir que lo que empezó como una propuesta que para mí apenas tenía sentido, se acabaría convirtiendo en esto que estaba empezando a sentir por ese hombre?

Porque sí, las mariposillas del estómago de las que todo el mundo habla cuando te gusta una persona, llevaban unos días revoloteando en el mío.

Había que estar loca para acabar en la cama con tu jefe, pero leches, que una no es de piedra y por lo que veía él también se sentía atraído por mí, además de que me encontraba muy a gusto con Alastair.

De lo contrario, ni siquiera le habría dado un simple beso.

Porque no todo en la atracción que sientes por otra persona es cuestión de lo físico, el cuerpo que te muestra, sino también en su forma de ser, de tratar a la otra persona.

Y podía asegurar que, con el escocés de la melena rubia, yo había encontrado lo que se llama un pleno.

Lo tenía todo, y según avanzaba nuestra convivencia, me iba gustando un poquito, o un muchito, más.

—¿Quieres que nos vayamos a la cama, o que nos quedemos aquí un poco más? —Alastair se sentó de nuevo a mi espalda y me abrazó.

—Ahora nos vamos, espera. Me gusta estar aquí, viendo las llamas.

—Es relajante, ¿verdad?

—Ajá.

—Muchas noches he hecho eso, sentarme aquí frente al fuego para pensar.

—¿Y en qué pensabas? —Seguía sin mirarle, y él apoyó la cabeza en mi hombro.

—En el futuro, en si algún día conocería a una mujer capaz de hacerme sentir ese amor tan grande del que todo el mundo habla. Ese que, si se aparta de tu lado alguna vez, sufras tanto que ni siquiera puedas mirar una de sus fotografías, u oler la almohada en la que antes durmió porque aún conserva su olor. Un amor como el que tienen mis padres, por ejemplo, que llevan juntos toda su vida.

—Ese es uno de los amores más bonitos, el que perdura a pesar de los años que pasen.

—Sí, pero, ¿sabes cuál es el que me gusta a mí?

—No —dije mientras él me apretaba aún más fuerte.

—El que llega sin avisar, cuando menos lo esperas, y te sorprende golpeándote tan fuerte en el pecho que eres incapaz de creer que de verdad te está pasando en ese momento. Porque a veces no es el más adecuado, no es cuando querrías que aquello pasara, pero el amor es así, imprevisto, sorprendente, y, como el fuego —dijo señalando la chimenea—, llega arrasando con todo cuanto creías que era lo que te deparaba la vida y entonces te das cuenta de que, en cuestión de segundos, eso cambia y no hay vuelta atrás.

No dije nada, tenía un nudo en la garganta que no me dejaba hablar. Aquello era lo más bonito que había escuchado nunca. ¿Sería eso lo que le habría pasado a él conmigo? Y, ¿a mí con él?

—Vamos a la cama, se hace tarde —Alastair me besó en la frente, se levantó y cogiéndome la mano me ayudó a ponerme en pie.

Nos metimos en la cama y nos quedamos dormidos abrazados el uno al otro.

Ahí, justo ahí era donde quería acabar y empezar cada día. A su lado, y entre sus brazos.

Capítulo 8



Gracias a Dios amaneció sin lluvia, porque me apetecía salir a pasear por las calles de Inverness.

Me levanté y Alastair estaba en el cuarto de baño, terminando de ducharse.

—Buenos días —saludé desde la puerta.

—Buenos días, Bella Durmiente.

—No es tan tarde, ¿eh, guapito de cara?

—Ah, ¿es que soy feíto de cuerpo? —Arqueó una ceja mirándome desde su reflejo en el espejo.

—No, hijo, pero en España se dice eso.

—Bueno, al menos no me has llamado feo.

—No lo eres, si te pareces a... —me callé en el momento pues no quería hablar más de la cuenta, pero nada, que seguía con la ceja arqueada y hasta dejó de afeitarse—. A Brad Pitt en Leyendas de pasión, y no me mires así. ¿Tú te has visto? Alto, rubio, con melenita y cuerpo atlético. Chico, eres un caramelito.

—¿Estoy para chuparme?

—Mejor me callo, y deja de buscarme la lengua anda, bonito.

—Qué cariñosa te has levantado hoy, la de piropos que me estás diciendo.

—Aprovecha, que en otra no te ves.

Fui a preparar mi ropa mientras él terminaba de afeitarse y en cuanto salió entré yo a ducharme.

Bajé a la cocina guiada por ese delicioso olor a café recién hecho, si es que yo parecía uno de esos dibujos animados que salen yendo hacia la comida y se ve el humillo del olor.

—¿Quieres que hagamos algo hoy? —preguntó dejándome el café en la mesa cuando me senté.

—Pues me gustaría dar un paseíto por Inverness, si no te importa.

—Claro, podemos salir esta tarde después del café y cogemos algo para hacer de cena.

—Genial. ¿Una carrerita después del desayuno? —sonreí poniendo cara de buena y él empezó a reír y negar con la cabeza.

Por supuesto que nada más acabar de comer y recoger la mesa, salimos al jardín para hacer estiramientos en el porche y carrerita rodeando la casa, que no es que me entusiasmara a mí eso de ir de runner por la vida, pero oye que le estaba empezando a coger el puntito.

Además, ya no me dolía tanto todo el cuerpo, si es que me estaba acostumbrando a esto.

—¡Te hecho una carrera hasta la casa! —grité de repente saliendo disparada hacia delante sin que él se diera cuenta.

Empecé a correr tan rápido como pude y como a él le había cogido por sorpresa, le costó

alcanzarme, pero lo hizo.

Vaya si lo hizo, que hasta me cogió por la cintura levantándome en el aire y para evitar que pusiera un pie en el porche.

—¡Eso es trampa! Iba a ganar —grité cuando me dejó en el suelo.

—Tú lo has dicho, ibas.

Se giró, dio los cuatro pasos que le faltaban y cuando estaba en el porche, empezó a dar saltitos como Rocky Balboa recién subido ese tramo de escaleras. Si es que era para matarlo.

—Alastair llega a la casa tras una carrera épica en la que su adversaria no le dio la más mínima ventaja.

—¿Tendrás morro? Te estaba ganando, listo. Pues nada, te has quedado sin magdalenas de postre —pasé a su lado y me giré con un movimiento de melena que le soltó una carcajada.

—No te enfades, anda, ven. Dame un beso.

—¡Sí, claro! Encima que haces trampas, cogiéndome justo cuando voy a llegar, ¿me pides un beso?

—Mujer, que a los ganadores las chicas que les ponen la medalla les dan un beso.

—¿Tú ves alguna medalla por aquí?

—Ven aquí, tramposilla, y dame mi beso.

—Tramposilla dice, qué valor el tuyo, Alastair, ¡qué valor!

Cuando le vi la intención de cogerme de nuevo, salí corriendo y no paré hasta que llegué a la habitación, cerré la puerta y me dio tiempo a entrar en el cuarto de baño, pero no a encerrarme en él.

—Quiero mi beso —me ordenó cogiéndome por la cintura.

—Dos te voy a dar, no te jode.

—Vale, mejor dos que uno.

Se inclinó intentando besarme en los labios, pero yo le esquivaba moviendo la cabeza de un lado a otro cada vez que estaba a punto de conseguirlo.

Hasta que me pegó a la pared, llevó la mano a mi cuello y se apoderó de mis labios. Y qué manera de besar, por el amor de Dios. ¿Habría hecho un cursillo en algún sitio? Porque, de verdad, que esos besos no debían ser ni medio normales.

En menos de lo que me esperaba ya me tenía desnuda, igual que él, y cogiéndome a pulso en brazos, pegada a la pared y jugueteando con mi clítoris mientras me penetraba con el dedo, excitándome hasta que me dejé ir y acabé corriéndome mientras le mordía el hombro.

Ni un segundo para recuperarme me dio, cuando ya estaba entrando y saliendo de mí con embestidas rápidas y certeras.

Madre mía, este hombre tenía una energía que me dejaba perpleja.

Me agarré a sus hombros mientras seguía penetrándome y besándome, hasta que volví a tener uno de esos intensos orgasmos que solo él sabía cómo darme.

—Y, ahora, a la ducha, señorita —dijo entrando en ella sin bajarme.

—No veas lo bien que te has cobrado la victoria, majo —protesté.

—Más carreras de estas vamos a tener que hacer, si el premio es ver tu preciosa cara después de un orgasmo.

Me besó de nuevo mientras el agua nos cubría el cuerpo y después empezó a enjabonarme, con cuidado y delicadeza, hasta me lavó el pelo y me puso la crema hidratante que yo usaba.

Me iba a quedar dormida con el masajito que me estaba dando, madre mía.

Bajamos a la cocina y preparé la quiche que había visto el día anterior para comer. Alastair quería ayudarme, pero le dije que se quedara en la encimera tomando una copa de vino, además puso otra para mí y un plato con un poco de queso que fue dándome, poco a poco.

Troceé las verduras y el pollo, lo sofreí con un poco de tomate y cuando estaba listo lo puse sobre la masa de hojaldre que había colocado en un molde para horno.

Lo cubrí con la otra masa, puse un poco de mantequilla, queso para fundir y al horno.

—Tiene buena pinta —dijo Alastair cuando empecé a recoger lo que había usado.

—Sí, espero que esté rica.

—¿No la habías hecho antes?

—No, es una receta que vi ayer en Internet, me gusta probar platos nuevos que no había hecho nunca.

—Eso está bien. Así que la vamos a probar a la vez.

—Sí, pero tranquilo que veneno no era uno de los ingredientes.

—Lo sé, aunque no tengo claro que no me hayas embrujado o algo así.

—¿Embrujarte yo? ¿Qué dices? No soy bruja, ¿eh?

—Otra explicación no le encuentro a esto que me pasa contigo, amor.

—Pues anda que yo... Que vengo a trabajar, me encuentro con una propuesta de matrimonio falsa y acabo en la cama con mi jefe. En el código odontológico ese, o como se diga, entre jefes y empleados, ¿no hay un apartado que diga que irás al infierno por liarte con el jefe?

—No, amor, no lo hay. Además, creo que ese contrato ya queda obsoleto, esto va más allá de un compromiso falso. ¿No te parece?

—Pues no lo sé, Alastair, la verdad es que no lo sé.

Cuando el horno avisó de que había terminado de hacerse la quiche, la saqué y mientras se enfriaba un poco pusimos la mesa.

Nada más probarla nos gustó a los dos, así que ya había un plato más que podría preparar en alguna otra ocasión.

Tomamos café, nos vestimos para salir y fuimos dando un paseo por Inverness.

Me quedé parada en el escaparate de una tienda viendo las botas que tenían, le dije a Alastair que iba a entrar a echar un vistazo y él mientras se excusó para hacer una llamada fuera.

Poco después entró en la zapatería y al verme con unas botas en la mano me pidió que me las probara. Lo hice encantada pues me había enamorado de ellas. Eran altas, de piel marrón y me quedaban perfectas con el vestido de lana beige que llevaba ese día.

—Nos las llevamos —le dijo Alastair a la chica.

—Claro, señor.

—Pero...

—Brenda, te las llevas y te callas. Perdona —llamó a la chica antes de que llegara a la caja—. Estas se las lleva puestas, que a mi prometida le quedan de maravilla con el vestido, pero aquellas —señaló unas negras—, y esas otras de allí —dijo señalando en esa ocasión unas granates—, nos las llevamos en la caja.

—Ahora mismo busco el número de la señorita —la chica sonrió de una manera que me daba a entender que la comisión de venta que se acababa de llevar en un momento era increíble.

Y es que ninguno de los tres pares de botas que me había comprado mi prometido, eran lo que se diría barato.

Vamos que, si me las hubiera tenido que comprar yo con lo poco que tenía en la cuenta, habría acabado llevándome una bota debajo de cada sobaco.

Mentira, yo no había robado en mi vida y no iba a hacerlo nunca.

Paramos en una cafetería a tomar café y entrar un poco en calor, y es que no llovía, pero el frío que hacía me tenía la nariz rojita como una cereza.

Alastair se reía, pero con lo que era yo para el frío, que se me quedaban los deditos como cubitos de hielo.

Después del café seguimos con el paseo y nos hicimos algunas fotos, varias de ellas me las hice sola y se las mandé a Miriam y Mara por el grupo que teníamos, no tardaron en decirme que les daba envidia el no poder estar ahí conmigo.

Se acercaba la hora de la cena y en vez de ir a casa, Alastair me llevó al restaurante donde comimos la otra vez.

Nada más vernos, nos recibieron con una sonrisa y nos llevaron a la mesa.

Me quedé alucinada al ver que estaba alejada del resto, como en una especie de reservado, con un par de velas en el centro y una rosa roja.

Nos sirvieron vino y no tardaron en dejarnos los platos con la cena.

—¿Cuándo has hecho la reserva? —pregunté cogiendo un poquito de lasaña.

—Cuando entraste en la zapatería. Hice dos recados.

—Qué hombre más apañado, que puede hacer dos cosas a la vez.

—Qué mujer más listilla me ha tocado como prometida.

—Bueno, bueno, que soy tu prometida y no tengo ni anillo —levanté ambas manos moviendo los dedos.

—Cierto, y por eso estamos aquí.

—¿Qué dices?

Vi a Alastair ponerse en pie mientras sacaba una cajita del bolsillo de su pantalón, se arrodillaba y me miraba sonriente.

—Que, sin anillo, no hay compromiso.

Cuando abrió la cajita me quedé como el enanito de Blancanieves, muda total. Una sortija de oro con cinco pequeños diamantes en el centro. Ese era mi anillo de compromiso.

—Alastair, es precioso.

—Me alegra que te guste.

Cogiéndome la mano, me lo puso en el dedo y se acercó para besarla.

—Me encanta, de verdad.

—Ahora ya sí eres mi prometida, espero que por poco tiempo.

—Un año, ya lo sabes, después el cuento se acaba.

—No, amor, el nuestro seguirá hasta que comamos perdices.

Le miré, guiñó un ojo y me besó antes de volver a su asiento. Cenamos y yo no podía dejar de mirar de vez en cuando el anillo.

Me sentía rara, estaba prometida a un hombre del que no sabía gran cosa, pero...

En una cosa tenía razón, quería que el cuento llegara hasta el momento del *“Fueron felices, y comieron perdices”*.

Después de cenar regresamos a la casa paseando, cargados con las bolsas de mis botas,

cogidos de la mano como una pareja más de las muchas que nos encontramos, y me sentía feliz, más que nunca en toda mi vida.

Aquella noche, después de entregarnos el uno al otro bajo las sábanas, me quedé dormida sobre el pecho de Alastair con la sensación de que él, igual que yo, sentía mucho más por mí de lo que pensaba que podría pasar.

Capítulo 9



Apenas quedaban un par de días para Nochebuena y Alastair estaba muy raro, pero no sabía por qué, tampoco le pregunté no fuera a pensar que era una cotilla.

El día de Navidad vendrían sus padres, nerviosa y cagadita estaba yo, pero bueno, que el trago había que pasarlo y cuando antes mejor.

Bajé a la cocina mientras Alastair se duchaba, ni siquiera me quité el pijama, después ya me ducharía y me vestiría.

Preparé el desayuno y cuando tenía la mesa con todo servido apareció el hombre de la casa.

—Buenos días, amor.

—Buenos días. ¿Hoy no hacemos ejercicio? —pregunté al verle con vaqueros y jersey.

—No, en cuanto te vistas nos vamos a por la compra para la cena de Nochebuena y la comida de Navidad.

—Genial, quiero hacer cordero para tus padres.

—Pues venga, que así podemos coger todo fresco a primera hora.

Desayuné y me duché en tiempo récord, me encantaba eso de poder salir de vez en cuando por Inverness.

Fuimos en coche hasta un mercado enorme que tenía de todo, así que no me privé de comprar de nada, total, él pagaba y fue lo que dijo.

—No te cortes en comprar, que son dos días de comer mucho.

Pues nada, marisco, embutidos, carne, dulces... Todo lo que pude, vamos.

En el mismo mercado había una cafetería donde servían unos sándwiches calientes que tenían una pinta riquísima, así que como se me estaba haciendo la boca agua, nos sentamos para comernos un par de ellos.

—Dios, está riquísimo —dije tras el primer bocado.

—Me encanta ver que disfrutas de la comida.

—Chico, es uno de los mejores placeres de la vida.

—¿Uno? Dime, según tú, ¿cuál más hay? —preguntó inclinándose hacia mí, con los codos en las rodillas y las manos unidas.

—¡Ah, no! Si no lo sabes tú...

—Tengo una ligera idea de uno, pero quiero saber tu opinión.

—Dime, dime cuál es esa ligera idea, jefe.

—¿Sigues con lo de jefe? Al final te pongo una mesa con máquina de escribir en mi despacho.

—¿Con máquina de escribir? Por Dios, mira que eres antiguo, hijo.

—Cierto, tú eres más de ordenador. Pues nada, te preparo rápido un puesto, así cuando quiera disfrutar de mi placer favorito, te tengo más a mano —guiñó un ojo y solté una

carcajada.

—Mira que eres bruto, de verdad. ¿Ibas a abusar de tu puesto de jefe para tener sexo en horas de trabajo con tu secretaria?

—¿He dicho yo que hiciera eso?

—Hombre, tus palabras han sido cuando quiera disfrutar de mi placer favorito, te tengo más a mano.

—¿Y no has pensado que ese placer pueda ser mirarte? ¿Disfrutar del olor de tu perfume? ¿Observar cómo frunces los labios mientras piensas algo de lo que estás haciendo en ese momento? Perderme en el brillo de tus ojos o simplemente mirar ese lunar que tienes en la parte baja de la comisura de los labios y que tanto me provoca para que lo bese.

Me quedé loca al escucharle y es que no sabía que se hubiera fijado tanto en mí, al punto de saber que sí, que cuando estaba pensando en algo de lo que lo que estaba haciendo, inconscientemente fruncía los labios.

—¿Tanto te gusto? —pregunté, en un acto de valentía porque me daba miedo saber la verdad.

—Más que gustar, me encantas. Todo de ti me encanta, amor. Tu mirada, tu sonrisa, esa alegría que desprendes y que te acompaña a diario, incluso cuando estás un poquito enfadada conmigo por obligarte a correr por el jardín.

—Eso es una tortura, jefe, que lo sepas.

—Sí, cuando insistes en llamarme jefe también me gusta, aunque preferiría que me llamaras Alastair porque me encanta cómo suena mi nombre cuando tú lo pronuncias.

—Me estás poniendo nerviosa...

—¿No querías saber si me gustas? —preguntó cogiendo mi mano y acariciándome la muñeca con el pulgar.

—Sí, claro.

—Pues ya lo sabes. Ahora dime, ¿cuánto te gusto yo, amor?

—No voy a hablar de eso, si no es en presencia de un abogado.

—Perfecto, vamos a ver al mío que no vive muy lejos —Alastair hizo por ponerse de pie, pero empecé a reír y él me siguió.

—Estás loco.

—Por ti, que es distinto.

—Bueno, ya será menos, no exagere usted, jefe.

—No exagere, es la verdad. Me tienes loco, Brenda, desde el mismo momento que abrí la puerta y te vi frente a mí, supe que me iba a volver loco por ti. Y no me equivoqué.

—Pero buscabas una falsa prometida —le recordé.

—Sí, y la vida me trajo una esposa real.

—Vas muy rápido tú, ¿eh?

—No te creas, antes de dos años estamos casados, y de verdad, ya verás.

—Claro, claro. ¿Y los niños, señor adivino?

—¿Cuántos hijos quieres tener, amor?

—No sé, dos... tal vez tres. Menos un hijo solo que eso es un poquito triste, los que vengan me harán feliz.

—En ese caso, te prometo que antes de dos años estamos casados, y antes de que cumplamos nuestro séptimo aniversario de bodas, tendremos dos hijos,

—¿Niños, niñas, la parejita...?

—Hummm... —Alastair se quedó pensando, con el codo apoyado en la mesa, barbilla en la mano y dándose golpecitos con el índice en la mejilla— No lo sé seguro, y tampoco es que me importe lo que tengamos, pero sí quiero, y estoy convencido de ello, que seas la madre de mis hijos.

Lo decía con una seguridad, que incluso al mirarlo a los ojos me parecía que era sincero en sus palabras.

Ojalá tuviera razón, ojalá fuera cierto eso de que le gustaba tanto como para querer casarse conmigo de verdad.

Me llevé la mano al anillo de compromiso y no pude evitar mirarlo. Me encantaba, era precioso, pero me parecía que era mucho para mí, demasiado incluso, puesto que esto no era más que un trabajo, una mentira que íbamos a contarles a sus padres y que cuando todo acabara yo volvería a España y él se quedaría aquí, haciendo su vida.

¿Qué podía yo esperar de todo aquello? Nada, sencillamente nada.

Era una mujer contratada para representar un papel, que me gustara este hombre, que me estuviera acostando con él, era un error, uno de esos grandes y terribles que no deberían haber tenido lugar.

Pero, como solía decirse, a lo hecho, pecho.

Ahora me tocaba lidiar a mí con esos sentimientos, luchar con ellos, querer dejarlos en un rincón de mi mente, de mi corazón, pero es que era imposible cuando ese hombre me miraba como si realmente para él fuera la mujer que quería como esposa y como madre de sus hijos.

Por el amor de Dios, que se le veía enamorado e incluso ilusionado como a mí.

Vaya dos, estábamos haciendo el papel de nuestras vidas, pero el de bobos más que nada, porque tener que fingir algo que no era para acabar siendo verdad... Pues vaya plan.

Terminamos de comer y regresamos a casa, guardamos todo lo que habíamos comprado y me puse a preparar unas hamburguesas para la cena.

Las caseras eran mucho mejores que las de los restaurantes de comida rápida, y yo disfrutaba mucho mezclando la carne con el resto de ingredientes y especias para que quedaran ricas no, deliciosas.

Cenamos en el salón, calentitos frente al fuego, con una botella de vino, mientras las miradas decían todo aquello que ni yo, ni mucho menos él, queríamos decir, pero no hacía falta hablar, no más de lo que lo habíamos hecho mientras comíamos, puesto que sí, yo también quería ver cumplida esa promesa de que nos casaríamos antes de dos años, y tendríamos dos hijos antes de nuestro séptimo aniversario de bodas.

Capítulo 10



Aquella mañana desperté sola en la cama, ni un ruido que me dijera que Alastair estaba cerca.

Me estiré en la cama para desperezarme y noté un papel en la almohada, lo cogí y vi que era una nota suya.

«Buenos días, amor. Salí a comprar algunas cosas que faltan para la cena de esta noche. Nuestra primera Nochebuena juntos, quién lo iba a decir, ¿verdad? No me eches mucho de menos en el desayuno. Alastair»

Qué mono, ¿pues no iba y firmaba la nota? Como si no supiera que era él. Qué hombre este, de verdad, me tenía de lo más tonta.

Me levanté y después de una buena ducha y vestirme lo más cómoda posible, y esa mañana por el momento me libraba de salir a correr, fui a la cocina a prepararme un buen desayuno. Café, tostadas, huevos revueltos, zumo y un poco de fruta. Tenía hambre, qué le iba a hacer.

Sí, ya estábamos en plenas fechas navideñas, esas en las que tanto recordaba a mi madre. Le encantaba decorar la casa con guirnaldas, bolas, el árbol lleno de luces y adornos, ella vivía esta época con muchísima ilusión.

Y sí, como había dicho Alastair, era nuestra primera Nochebuena juntos, pero también era la primera lejos de mi casa.

Estaba dando un sorbo al café cuando vi llegar el coche de Alastair. En cuanto paró en la entrada de casa y vi quién bajaba del coche con él, me quedé de piedra.

No podía ser, era imposible que él estuviera allí.

¿De verdad estaba viendo a mi padre, más arreglado que nunca, y de lo más guapo, caminando al lado de Alastair? Tenía que estar soñando, otra explicación no podía haber.

Ni lo pensé, salí corriendo hacia fuera y sin dejar de llorar me lancé a los brazos de mi padre, que me cogió dándome un fortísimo abrazo.

—Papá... —murmuré con la mejilla pegada a su pecho. Qué bien olía, recordaba ese perfume que tanto le gustaba a mi madre y siempre se lo compraba.

—Hija, mi pequeña... —Mi padre también estaba llorando, no me lo podía creer— Lo siento, de verdad, lo siento tanto. Por favor, perdóname por no haber estado a la altura todos estos años.

No podía hablar, tan solo lloraba como una niña pequeña mientras dejaba que mi padre me abrazara y besara mi cabello.

¿Cómo no iba a perdonarlo? A pesar de lo mal que lo había pasado por su forma de comportarse, por ese abandono que había sentido en tantas ocasiones, era mi padre y

siempre lo sería...

Asentí, me agarré a él y por primera vez en mucho tiempo me sentí en paz con él.

—¿Qué haces aquí? —pregunté mientras me secaba las lágrimas.

—Pasar las Navidades contigo, cariño.

Lo miré y no salía de mi asombro, iba vestido con un pantalón negro, un jersey y el abrigo. Se había arreglado el corte de pelo y no lucía esa barba de varios días.

Estaba irreconocible, parecía otro.

—Pero, no entiendo. ¿Cómo has...?

—Yo le pedí que viniera —me cortó Alastair. Lo miré sin entender y me sacó de dudas—. Hablé con él, le dije que me gustaría invitarlo a pasar las Navidades con nosotros y aceptó.

—Muchas gracias —sonreí y volví a abrazar a mi padre.

—Vamos a enseñarle su habitación para que deje el equipaje.

Cuando entramos en ella, Alastair nos dejó a solas y vi a mi padre sacar algo de su maleta.

—Esto era de tu madre —me entregó una pequeña cajita de música y al abrirla vi que tenía un conjunto de pendientes y una gargantilla—. Nunca tuvimos mucho, pero siempre fuimos felices. Cuando la perdimos se me fue la vida, y no vi que te iba perdiendo a ti también. Esto era de su madre, siempre decía que lo guardaría para dártelo el día que te casaras.

—Es precioso, papá. Muchas gracias, pero para casarme aún queda mucho —dije riendo.

—Bueno, bueno, imagino que el tiempo que tardéis en organizar Alastair y tú la boda.

Me quedé mirándolo sin saber qué contestar, puesto que mi padre sabía que yo lo dejaba todo para mudarme a Escocia por tema de trabajo.

—Me alegro de que tengas como prometido a un hombre como Alastair, cariño. Me ha dicho que ya no trabajas para él, y ahora eres su prometida. Se te ve feliz, y eso es cuanto me importa ahora mismo.

¿Y por qué le habría dicho mi jefe eso a mi padre? No lo entendía, de verdad que no. Si me pincharan en ese momento no me sacaban ni gotita de sangre. No me podía creer que metiera a mi padre también en esa mentira.

¿Qué iba a decirle cuando supuestamente hubiéramos roto nuestra relación?

Ayudé a mi padre a colocar su equipaje en el armario y antes de ir a la cocina volvió a darme un beso y un abrazo.

No podía hacerse una idea de lo mucho que había echado de menos esas muestras de cariño cuando más falta me habían hecho.

Alastair estaba preparando la comida cuando entramos y mi padre me dio un leve codazo en el costado, lo miré y vi que me guiñaba un ojo y levantaba el pulgar hacia arriba, con eso me decía suficiente. Sin duda le había gustado mi prometido.

—Huele bien, ¿qué es? —pregunté acercándome a él.

—Crema de calabaza y pescado al horno —contestó, apoyando una mano en mi cintura y dejándome un beso en la frente.

—Voy a enseñarle a mi padre el exterior, ¿vale?

—Claro, amor, ve.

Me colgué del brazo de mi padre y salimos de la casa, una vez en el jardín paseamos por donde solíamos ir a correr Alastair y yo, y se quedó alucinando con todo lo que veía.

No era para menos, porque había unas buenas tierras ahí para pasear a diario y disfrutar

de la naturaleza.

—A tu madre le habría encantado verte en este momento, convertida en toda una mujer, y prometida con un buen hombre.

—Papá, ¿no te importa que me lleve tantos años? Quiero decir... es que podría ser tu hermano pequeño.

—De hecho, sí, tiene solo dos años menos que tu tío Joaquín.

—Pues menudo apaño. ¿Te imaginas al tío Joaquín llamando sobrino a Alastair? —pregunté y ambos soltamos una carcajada.

—No, porque decirlo en inglés le iba a costar un poco. De todos modos, ¿qué es la edad, sino un número? Ese hombre está encantado contigo, se le ve en los ojos.

—*Se le nota en la mirada...* —empecé a canturrear y mi padre sonrió.

—Y a ti también, cariño. Os queréis, aunque haga poco que os conocéis, el amor os ha golpeado de lleno a los dos.

—¿A ti te pasó igual con mamá? —pregunté, sin soltar su brazo y apoyando la cabeza en su hombro.

—Sí, tu madre fue el amor de mi vida desde que la vi por primera vez. Lo supe en cuanto me di cuenta de que en vez de prestar atención a mi amigo Ramón, que estaba hablándome de un problema que tenía con su moto, me quedé mirando a tu madre cuando pasó por mi lado hasta que la vi alejarse cuando cruzó la calle.

—¿Hablaste con ella ese día?

—¡Qué va! Creí que hasta lo había soñado, porque no volví a verla hasta una semana después, en esa segunda ocasión, no perdí la oportunidad de hablar con ella, y desde ese día, no nos separamos hasta que murió.

—Aún la quieres.

—Más que a mi vida, hija. Fueron muchas las veces que quise morir y reunirme con ella, pero te tenía a ti. Que, aunque no te hiciera caso, eras mi vida en ese momento. Cuando te fuiste comprendí que debía salir de ese bache y que te sintieras orgullosa de mí.

—Pues lo has conseguido, papá.

Nos abrazamos y regresamos a la casa, pusimos la mesa juntos y cuando la comida estuvo lista nos sentamos los tres a comer.

Disfrutamos de un buen rato de charla, le pregunté a mi padre si se quedaría todas las Navidades, pero me dijo que se iría a pasar Fin de Año con su hermano, o sea, mi tío Joaquín, era la única familia que le quedaba, aparte de mí, y habían estado muchos años sin hablarse, pero ahora que había dejado todo lo malo atrás, lo llamó un día para limar asperezas y mi tío, que bien sabía yo que echaba de menos a su hermano mayor, le dijo que fuera a despedir el año con él y su familia.

Acabamos de comer y mi padre se fue a la habitación un rato para descansar, mientras Alastair y yo nos pusimos a preparar la cena de esa noche.

—¿Por qué le has dicho a mi padre que eres mi prometido? —pregunté mientras troceaba unas verduras para el asado.

—Porque no te pienso dejar en la vida.

—Alastair —me giré e hice que él lo hiciera para mirarme—. Recuerda que estoy aquí por trabajo, soy tu falsa prometida durante un año.

—Amor, tu sueldo va a ser vitalicio —me cogió por la cintura, se inclinó y me dio un beso de esos que te dejan atontada un buen rato.

Pero además de verdad, porque me quedé pensando en aquello que había dicho y no quise seguir preguntando por si no me gustaba la respuesta que recibía.

Fuimos a ducharnos y arreglarnos para la cena, me puse un vestido de lana en color morado, con unos zapatos de tacón, me maquillé y me hice un recogido tipo moño despeinado que quedaba bastante bien.

Cuando entré en el salón, recibí el silbido de Alastair y de mi padre, que no dudo en abrazarme de nuevo.

—Estás preciosa, hija. Si te viera tu madre...

Le empezaron a brillar los ojos y le di un beso en la mejilla. Alastair me cogió por la cintura, se inclinó para besarme el cuello y aprovechó para susurrarme.

—Estoy deseando ver qué hay bajo ese vestido.

Me puse nerviosa y sabía que las mejillas ya no eran rosaditas, sino rojas, pero rojas como dos cerezas, vamos.

Miré a mi padre que, si se había enterado de lo que había dicho mi prometido, lo disimulaba muy bien mientras miraba por la ventana.

Nos sentamos a la mesa y cuando Alastair solo nos sirvió vino a él y a mí, miré hacia la copa de mi padre y vi que la tenía llena, pero refresco.

—No me mires así, hija, que no he vuelto a probar ni una gota de alcohol, ni lo voy a hacer. Así que espero que los brindis me dejéis hacerlos con esto o con agua —me dijo encogiéndose de hombros.

Sonreí y me alegré de que hubiera dejado la bebida, de que al fin se diera cuenta de que aquello no le llevaba a ningún sitio y que lo único que conseguiría sería acabar en un hospital.

Cenamos entre risas, recordando algunas de mis aventuras infantiles, incluso hablamos sobre mi madre y lo mucho que le habría gustado vivir esa noche con nosotros.

Era una noche perfecta, estaba con mi padre y con el hombre al que, poco a poco, iba queriendo cada vez más, solo que esta relación, por desgracia, tenía fecha de caducidad.

Capítulo 11



Veinticinco de diciembre, día de Navidad, el día que conocería a los padres de Alastair.

Estaba atacada de los nervios, y es que era la prueba de fuego puesto que él estaría mucho más cariñoso de lo habitual conmigo.

—Buenos días, amor —Alastair me abrazó desde atrás besándome en el cuello y ese simple roce hizo que me estremeciera.

—Buenos días.

Ya tenía su mano subiendo por mi pierna despacio, hasta que llegó a la cintura y ahí que fue a meterla, colándose con los dedos por mi braguita y jugueteando.

—Alastair... que está mi padre en casa —murmuré.

—No nos va a oír, tranquila —siguió con los besos en el cuello y bien sabía él que era mi punto débil, además que no dejaba de pellizcar y tocar mi clítoris.

Me quitó el pantalón y las braguitas en un movimiento rápido, cogió una de mis piernas dejándola sobre las suyas y mientras me besaba y mordisqueaba el cuello y el hombro, me penetraba con el dedo al tiempo que movía las caderas rozándome con su miembro en el trasero.

Jadeaba agarrada a la almohada y tapándome la boca con ella, hasta que me llegó el orgasmo y grité.

Alastair me cogió de las caderas y me indicó que me apoyara en la cama sobre las rodillas y los codos, me elevó las caderas y volví a agarrarme a la almohada para que mis gritos quedaran amortiguados, que si mi padre me escuchara chillar en plena faena me moriría de vergüenza.

Le noté entrar de una embestida, agarrándome las caderas mientras nos movíamos al unísono, yendo al encuentro del otro, hasta que no pude más y me dejé ir con un chillido mientras me agarraba a las sábanas y Alastair no tardó en seguirme.

Se dejó caer sobre mi espalda, besándola y acariciándome los costados, y acabamos los dos recostados en la cama, abrazados.

—Me encanta estar así contigo —dijo con el codo apoyado en la almohada, la mano en la barbilla y mirándome mientras me acariciaba el brazo.

—Pues hay que levantarse ya, que en cuanto desayunemos tenemos que preparar la comida.

—Sí, que vienen mis padres.

—No me lo recuerdes —me tapé con la sábana y me acurruqué en la cama. Que sí, que yo había dicho que teníamos que levantarnos, pero es que la visita de sus padres me ponía malísima.

—¿Estás nerviosa? —Alastair se metió bajo la sábana conmigo y se tumbó sobre mí,

colocándose entre mis piernas.

—¿Tú qué crees? Voy a conocer a tus padres y tengo que fingir que soy tu prometida y que estoy enamorada de ti hasta las trancas.

—¿Y no lo estás? —Me cogió la mano y jugueteó con el anillo de compromiso que debía llevar desde que me lo regaló.

—Alastair... ya hemos hablado de eso, trabajo para ti.

—Sí, pero te casarás conmigo y me quieres, amor —me dio un leve golpecito en la nariz y se apoderó de mis labios mientras volvía a mover las caderas y rozar su miembro en mi sexo.

—Para, tenemos que levantarnos.

—Ahora vamos, no tengas prisa.

Y no pude negarme a un segundo asalto, porque ese hombre sabía dónde y cómo tocar hasta conseguir que me derritiera entre sus brazos.

—Buenos días, hija —saludó mi padre cuando Alastair y yo entramos en la cocina—. Alastair.

—Buenos días, papa. ¿Has preparado el desayuno? —pregunté, porque la verdad es que eso sí que no me lo esperaba.

—Sí, supuse que vosotros... Bueno, que estarías cansados de ayer y como hay que preparar la comida pues quise ayudaros.

—Gracias papá.

Y sí, sabía que nos había tenido que escuchar mientras dábamos rienda suelta a la pasión entre las sábanas, porque esa segunda vez se me escapó algún que otro grito que no pude evitar mordiendo el hombro de Alastair.

Desayunamos y en cuanto acabamos nos pusimos a organizar todo para preparar la comida, quería tenerla lista, o al menos casi terminada, para cuando llegaran sus padres. Había decidido hacer el cordero asado que solía cocinar mi madre en estas fechas.

Con todo listo y mientras mi padre y Alastair tomaban un aperitivo en el salón, subí a vestirme, quería estar guapa para la ocasión, la primera en que me verían mis suegros. Había que causar buena impresión, así que me puse una falda negra que había metido en la maleta, una camisa rosa y los tacones. Me recogí el pelo en una coleta alta, un toque de maquillaje natural y ya estaba lista para conocerlos.

Acababa de entrar al salón cuando llamaron al timbre, me giré y fui a abrir, pero Alastair me dijo que me esperara ahí.

Poco después entró acompañado de un hombre alto y con un parecido a él impresionante, junto a una mujer que nada más verme sonrió de esa manera tan maternal.

—Brenda, ellos son mis padres, Alan y Helen.

—Encantada.

—Papá, mamá, mi prometida Brenda —Alastair me cogió la mano y me acercó a él, dándome un beso en la frente mientras me frotaba el brazo para tranquilizarme.

—Es preciosa, hijo —dijo Helen, acercándose para darme dos besos y un abrazo—. Me alegro de conocerte al fin, creí que te tendría escondida mucho tiempo.

—Bueno, qué mejor ocasión que esta —sonreí y ella asintió.

—Bienvenida a la familia, jovencita —Alan me dio un abrazo y cuando se apartó miró a mi padre.

—Mi suegro, Julián —Alastair se lo presentó y ellos lo saludaron tan afectuosamente como habían hecho conmigo.

Pasamos al comedor, tomamos un aperitivo y una copa de vino mientras se terminaba de hacer el asado. Alastair no dejaba de cogerme la mano en la que llevaba el anillo, jugueteando con él a cada rato, entrelazando nuestros dedos y dejándome algún que otro beso en la mejilla.

Su madre sonreía, se la veía feliz y encantada con la idea de que su hijo fuera a casarse.

—Voy a apagar el horno, que el asado ya está listo —dije poniéndome en pie.

—Te acompaño —se ofreció Helen, que me siguió a la cocina y cuando entró me preguntó qué había preparado.

—Cordero, una receta de mi madre.

—Huele de maravilla, hija. Estoy deseando probarlo.

Cogí una bandeja en la que habíamos servido marisco y la llevé a la mesa, Helen me seguía con la del pan y regresamos de nuevo a la cocina a por el resto de entrantes.

Alan sirvió vino y cuando fue a llenarle la copa a mi padre, él se negó y cogió la jarra de agua.

Me sorprendía verlo rechazar una copa, pero me sentía tan orgullosa de que él solo se hubiese dado cuenta de que tenía que cambiar y dejar esos malos hábitos atrás, que cuando mi padre me miró con esa sonrisa, le cogí la mano y él la llevó a sus labios para besarla.

Alastair estaba presidiendo la mesa, yo estaba a su derecha y su madre a la izquierda, junto a su marido.

El asado fue el plato estrella, sin duda, y mi padre dijo que me había quedado igual que recordaba el de mi madre.

Tras la comida Alastair preparó café y yo serví la tarta de manzana que había horneado para acompañarlo.

Nos sentamos al calor de la chimenea y charlamos sobre la vida en Escocia, les aseguré que me estaba acostumbrando al clima y que, a pesar de ser de lo más friolera, me gustaba pasear por el jardín.

—El Fin de Año tenéis que venir a casa, hijo —le dijo Helen—. Por supuesto, Julián también será bienvenido.

—Mi padre regresa a España en unos días, va a pasar el resto de las Navidades con mi tío.

—Claro, la familia es importante, hija, pero vosotros tenéis que venir.

—Mamá, Brenda y yo vamos a celebrar esa noche solos, ya iremos a comer en otra ocasión.

Miré a Alastair y a punto estuve de decirle que veríamos a sus padres cuando me fueran a presentar en sociedad como su prometida, pero en ese momento le sonó el teléfono y se disculpó saliendo del salón.

Sus padres estuvieron de lo más amables y encantadores conmigo. Helen era un amor de mujer, no hacía más que sonreírme y decirme que se alegraba de que su hijo al fin hubiera sentado cabeza.

—Espero que nos veamos pronto, Brenda —me dijo ella, despidiéndose en la entrada con un abrazo.

—Tened cuidado, papá —le pidió Alastair a Alan, y es que por más que les había pedido que se quedaran a pasar la noche, ellos se negaron y decidieron marcharse a Fort William, donde vivían.

—Es un placer tenerte en la familia, Brenda, de verdad que sí. Se nota que tus padres te

dieron una buena educación y te inculcaron unos valores. Eres una joven encantadora — recibí el abrazo de Alan y sentí un nudo en la garganta.

Estaba engañando a dos personas maravillosas y empezaba a pesarme la decisión que había tomado.

Cuando se marcharon, sentí unas ganas tremendas de llorar, así que me disculpé con mi padre y Alastair, que se quedaron en el salón, y fui a la habitación.

Me senté en la cama, tapándome la cara con las manos, y lloré como una niña pequeña.

Tal vez no debería haber aceptado esa proposición de Alastair, y ahora que había conocido a sus padres, más convencida estaba de que lo único que iba a conseguir él, era hacer daño a sus padres con esa mentira.

—¿Brenda? —Miré hacia la puerta y vi a Alastair entrar— ¿Qué te pasa, amor?

—No voy a poder, lo siento —contesté, secándome las mejillas.

—¿Qué no vas a poder, amor?

—Seguir con esto, mentir a tus padres. Son unas bellísimas personas y yo...

No podía dejar de llorar, me tapé la cara de nuevo y noté que Alastair me abrazaba.

—Ya te he dicho que esto al final deja de ser un trabajo, vas a ser mi prometida de verdad. Brenda, cuando menos lo esperes estaremos casados.

—No, no. Esto es una locura, no me quieres.

—¿Y eso lo dices tú? Amor, creo que no soy un adolescente para saber cuándo quiero a una mujer y cuándo no. Además, tú también me quieres. No lo niegues, tierno corderito — dijo dándome un mordisquito en el hombro.

—Yo solo sé que no quiero mentir a tus padres, no se lo merecen y me he sentido una mala persona al fingir delante de ellos.

—Pero has superado la prueba y no estabas fingiendo tanto, que te miro a esos dos ojillos que tienes y te brillan porque estás coladita por mis huesos.

—Modesto baja, que sube Alastair —dije provocando una carcajada en él, que hizo que yo sonriera.

—Eso me gusta más, ver tu sonrisa en vez de tus lágrimas.

Alastair me cogió el rostro con ambas manos, secándome las lágrimas con los pulgares, y me besó.

—Lávate la cara, amor, que no quiero que tu padre vea que has llorado. Está feliz de verte, de tenerte cerca, y tú también, así que venga, al salón a ver una de esas películas navideñas y después hacemos algo ligero para cenar.

Asentí, Alastair se puso en pie y tras darme un beso en la frente me dejó sola de nuevo en la habitación.

Me cambié de ropa, me lavé la cara y volví al salón, donde me recibió mi padre con los brazos abiertos y dejé que me diera un poco de ese cariño que en tantas ocasiones quise y no recibí.

Ahora estaba conmigo, se iría en unos días y quería disfrutar de él al máximo.

—Te quiero, papá —murmuré acurrucándome entre sus brazos.

—Y yo a ti, mi niña, y yo a ti.

Capítulo 12



Último día del año, y lo iba a despedir en Escocia, con Alastair.

Desde que su madre nos pidió que fuéramos a pasar esta noche con ellos a Fort William y él dijo que no podíamos porque la celebraríamos solos, llevaba días intentando que me dijera dónde íbamos porque solo había conseguido saber que no nos quedaríamos en la casa.

Estaba sola en la cama, pero había escuchado el agua de la ducha así que allí que fui.

—Buenos días —saludé a Alastair, que estaba afeitándose.

Me quedé mirando su reflejo en el espejo y él me guiño un ojo.

—Buenos días, amor.

—Voy a darme una ducha y preparo el desayuno.

Me desnudé sabiendo que no me quitaba ojo, qué más daba ya si me había visto más veces como mi madre me trajo al mundo de las que creí que fueran posibles.

Abrí el agua caliente y me metí en la ducha. Apenas había empezado a enjabonarme cuando noté que me agarraba por las caderas.

—Eres una pequeña provocadora —murmuró en mi oído antes de darme un mordisquito en el lóbulo de la oreja.

—¿Yo?, pero si solo he entrado a ducharme.

—Sí, tú, que te has quitado el pijama sabiendo lo mucho que me gusta verte desnuda.

Me besó el cuello pegándose aún más a mí y pude sentir su erección pegada en la parte baja de mi espalda.

Hasta que una cosa llevó a la otra y mi ducha matutina se convirtió en un juego de besos, caricias y pasión que me dejó agotada.

Cuando salí del baño vi a Alastair ya vestido y sobre la cama dos cajas de regalo.

—¿Qué es eso? —pregunté acercándome a él.

—Es para ti, ábrelas.

Me senté, cogí la caja más grande y al abrirla vi un precioso vestido largo en color champán. Era de tirantes anchos y llevaba una ligera abertura en el lado izquierdo que dejaría ver mi pierna al caminar.

—Alastair...

—¿Te gusta? —preguntó sentándose a mi lado.

—Sí, muchísimo. Es realmente precioso.

—Me alegro, porque es lo que llevarás esta noche para la cena.

—¿Dónde vamos a ir? Llevas días sin decirme nada.

—Es una sorpresa, amor. Vamos, abre la otra.

Y lo hice, encontrando en ella unos zapatos de tacón a juego con el vestido. Me emocioné porque nunca antes había llevado algo tan bonito y elegante, y cuando noté las lágrimas en

mis mejillas las sequé rápidamente.

—Vamos a desayunar, preparamos el equipaje y salimos —dijo cogiéndome de la mano.

Mientras se hacía el café fui tostando pan y cortando fruta, Alastair preparó zumo y puso la mesa.

Nos sentamos a desayunar y lo llamaron por teléfono, se excusó y aproveché para hablar con mi padre, que se había marchado dos días antes.

—Hola, hija, ¿cómo estás?

—Bien, ¿y tú?

—Perfectamente. ¿Ya habéis salido de casa? —preguntó.

—No, aún no. Estamos desayunando, nos iremos en un rato.

—Tened cuidado, ¿de acuerdo?

—Sí, tranquilo. ¿Qué tal con el tío Joaquín?

—Muy bien, hija. Tiene muchas ganas de verte, y tus primas también.

—Diles que en cuanto acaben estas fiestas hago una escapadita para verlos.

—Sí, que todos quieren conocer a Alastair.

—Bueno, él tiene que trabajar...

En ese momento entraba mi jefe y falso prometido con una cara un poco rara, pero no le di importancia. Se sentó y siguió desayunando mientras yo hablaba con mi padre.

Me despedí de él, terminamos de desayunar y tras recoger la mesa preparamos el equipaje.

Cuando llegamos al lugar en el que pasaríamos la noche de Fin de Año, no podía creerlo.

Era un hotel de lujo que en otra época bien podría haber sido un castillo, pero no lo fue.

—Esto es precioso, Alastair.

—Me alegra que te guste.

Bajamos del coche y no tardaron en coger nuestro equipaje y llevarlo al mostrador de recepción en un carrito portamaletas.

Nada más entrar me enamoré de ese lugar, realmente era como estar entrando en un castillo, con largos tapices con el nombre del hotel como si del escudo del reino se tratara.

Nos registramos, recogimos la llave de la *suite* y el chico nos acompañó en el ascensor hasta la segunda planta, donde nos alojaríamos.

En cuanto atravesé la puerta, fue como volver atrás en el tiempo y sentir que estaba entrando en los aposentos de una reina.

Una cama con dosel en el centro, paredes y suelos de piedra, una chimenea, lámparas de techo que simulaban velas, dos mesitas de noche y dos puertas.

En una de ellas estaba el cuarto de baño, con una de esas tinas donde reyes y príncipes disfrutaban de un baño, así como un lavabo cromado en oro.

La otra puerta era un amplio vestidor donde colocamos nuestro equipaje, íbamos a estar hasta el día dos de enero, así que llevé lo suficiente para poder vestirme acorde a la ocasión.

Bajamos al restaurante a comer y Alastair me dijo que en ese mismo sería donde servirían la cena.

Después de comer dimos un paseo por los jardines del hotel, seguía impresionada al ver todo lo que nos rodeaba, pues verdaderamente te trasladaba a aquella época que tantas veces se ven en películas y series de televisión.

Alastair no me soltaba, siempre iba con su brazo sobre mis hombros, me dejaba un beso

en la sien, o en la mejilla, incluso caminaba cogido de mi mano.

Me sentía bien así con él, la verdad es que ningún hombre me había tratado como él, quizás fuera por la edad, esa madurez que tenía Alastair que no había encontrado en otros.

Regresamos a la *suite* y tras darnos un baño, llamaron a la puerta. Alastair abrió y entraron dos chicas que venían equipadas con todo tipo de productos de maquillaje y peluquería.

—Van a ponerte más bonita, si es que eso posible —dijo Alastair, después me dio un beso en los labios y salió de allí dejándome sola con esas dos mujeres.

Y sí, me dejaron realmente guapa e irreconocible.

Un recogido a base de trenzas y adornado con algunos cristales dorados, maquillaje en tonos marrones y dorados y ya estaba lista para vestirme.

Me ayudaron ellas y cuando me vieron, ambas sonrieron. Les pedí que me hicieran una foto que le envié a mi padre.

«Estás preciosa, cariño. Te pareces muchísimo a tu madre. Que tengas una feliz noche, mi niña. Te quiero»

Alastair entró cuando se marchaban las dos chicas y, al verme, se le dibujó una media sonrisa e incluso le brillaron los ojos.

—La prometida más bonita del mundo, eso es lo que tengo ante mis ojos —me cogió por la cintura y se inclinó para besarme— ¿Me ayudas a vestirme?

—Claro.

Le preparé el traje negro que iba a llevar, junto con la corbata a juego y la camisa blanca, se vistió y le ayudé con el nudo de la corbata como en alguna que otra ocasión vi a mi madre hacer con mi padre.

Alastair cogió un pañuelo color champán a juego con mi vestido de uno de los cajones y se lo colocó en el bolsillo superior de su chaqueta.

—Vaya, veo que has pensado en todo —dije sonriendo.

—Por supuesto, debo estar a la altura de la bella mujer que me acompaña. ¿Vamos?

Me ofreció el brazo, que acepté colgándome de él, y salimos de la *suite* para ir al salón.

Todo estaba decorado en dorado y negro, y así era como vestían los huéspedes que habían decidido ir a celebrar allí la noche de fin de año.

Miré a Alastair que al ver mi sorpresa sonrió con un guiño de ojo y me retiró la silla.

Nos sirvieron una copa de vino blanco y poco después empezaron a llegar camareros con los platos para cada mesa.

Marisco, entrantes calientes, una crema de verduras, y, como plato estrella, un rico pavo asado.

El vino me estaba empezando a hacer efecto, así que no paraba de reír con Alastair, que me acompañaba en mis tonterías.

Y llegó el momento de despedir el año. Nos trajeron las uvas en unas copas y ahí que fuimos tomándolas una a una.

Se dice que puedes pedir un deseo por cada uva que tomas, que podría ser un deseo por mes del nuevo año, pero yo solo quería uno.

Que la felicidad que estaba sintiendo desde que llegué a Escocia no me faltara nunca, así

como el haber recuperado a mi padre.

—Feliz año Nuevo, amor —Alastair me dio un beso en los labios y yo le rodeé el cuello.

—Feliz año Nuevo, futuro marido.

—Lo dices de broma, pero en el fondo sabes que es verdad. Vas a casarte conmigo.

—No, esto es un contrato de trabajo, jefe. Una relación con fecha de caducidad dentro de once meses.

—Una lástima que pienses así, porque sé, y estoy convencido de ello, que vas a ser mi mujer.

Volvió a besarme y después de unos bailes celebrando la llegada del nuevo año, subimos a la *suite* donde acabamos envueltos en una noche de pasión entre besos y caricias bajo las sábanas de aquella cama de hotel.

Capítulo 13



Un mes había pasado desde aquella noche de Fin de Año que celebramos juntos y cada día estaba mucho más enamorada de Alastair, y él de mí.

En este tiempo me había mostrado siempre el mismo cariño, ese que iba creciendo, poco a poco y que podía asegurar que era mutuo. Como el amor que sentíamos el uno por el otro.

No había un solo día que no me besara, o me cogiera de la mano, o simplemente me mirara como si fuera la única mujer que existiera para él.

Las noches de pizza, sofá y manta tampoco faltaron en este tiempo, compartiendo una copa de vino frente a la chimenea mientras charlábamos de nuestro día a día.

Podía decir, con total seguridad, que aquello ya no era simplemente un compromiso fingido, era real. Estaba prometida con un hombre al que amaba y que me correspondía.

En este tiempo las llamadas con mi padre fueron continuas, siempre se interesaba por mí y por Alastair, al que adoraba, decía que era el mejor hombre que podría ocupar mi corazón, y que sería un gran marido.

Por fin llegó el día, ese que yo tanto había temido desde un principio, el de mi presentación en sociedad como su prometida.

—Amor, ya hemos llegado —escuché a Alastair desde la cocina, salí y recibí a mi padre con los brazos abiertos.

—¡Papá! Muchas gracias por venir —dije mientras me abrazaba.

—¿Cómo iba a dejar sola a mi hija el día que hace oficial su compromiso? No me lo perdonaría.

—Vamos, el desayuno está listo —dije, y fuimos los tres a la cocina a tomarlo.

Sí, mi padre había venido para acompañarme en este día, no quería estar sola y rodeada de gente que no conocía, quería poder hablar al menos con alguien que no fueran solo Alastair o sus padres.

Después del desayuno, Alastair se encargó de coger nuestro equipaje y meterlo en el coche, nos íbamos a Fort William, ya que allí tendría lugar la presentación.

Helen había insistido en que llegásemos para la hora de comer, quería que después de tomar café se encargaran de prepararme su peluquera y estilista de confianza, así que no pude negarme.

Incluso el vestido estaba en su casa, ni siquiera me habían dejado elegirlo, se había encargado de todo, mi futura suegra.

—Bienvenida a casa, amor —me dijo Alastair, cuando atravesamos la puerta de la finca en la que vivían sus padres.

Era enorme, todo rodeado de árboles, mucho terreno, y la casa en el centro, una edificación de dos plantas, con fachada de piedra y amplios ventanales.

—Hijo, qué alegría que ya estéis aquí —Helen nos recibió nada más bajarnos del coche, me abrazó y me dio un par de besos y después se acercó a mi padre, colgándose de su brazo y llevándolo dentro de la casa.

Un par de chicos del servicio se encargaron de nuestro equipaje, que llevaron a las habitaciones en las que nos alojaríamos esa noche, mientras nosotros fuimos al salón donde ya estaba la mesa dispuesta para comer.

Y eso fue lo que hicimos, sentarnos a disfrutar de lo que una de las chicas iba sirviendo en nuestros platos.

Tal como Helen había dicho, en cuanto acabamos de comer tomamos café mientras charlábamos de lo que ocurriría aquella noche, que no era otra cosa que mi presentación a la gente más importante de la alta sociedad escocesa, así como a algunos de sus amigos y de los de Alastair.

—Señora, ya han llegado Melissa y Anna —le dijo una de las chicas a Helen desde la puerta del salón.

—Perfecto. Caballeros —Helen se puso en pie, cogiéndome la mano—, disfruten de su tarde, que nosotras nos vamos a poner preciosa a esta bella joven.

Sonreí ante lo que acababa de decir mientras Alastair negaba.

Cuando pasé por su lado, me cogió de la muñeca e hizo que me inclinara para darme un beso en los labios.

—Nunca vi a mi hijo tan enamorado, y además está feliz.

—Yo también me siento muy feliz, Helen —le aseguré cuando subimos la planta de arriba a una de las habitaciones.

—Chicas, aquí está mi nuera. ¿A que es guapa?

—Es preciosa, Helen. No sé qué quieres que hagamos con ella, si más no podemos mejorarla —dijo una de las chicas, rubia y con cara de simpática.

—Pues ponerla preciosa, que ninguna otra mujer de la cena pueda ensombrecerla.

Entre masajes, aceites para que mi piel estuviera suave y resplandeciente, manicura, pedicura, maquillaje y el peinado, pasamos la tarde las cuatro charlando en esa habitación.

Cuando Helen vino con el vestido me quedé sin palabras.

Era negro, con un único tirante ancho en el hombro derecho, largo hasta los tobillos y con un broche plateado en el lado izquierdo de la cintura, a modo de cinturón.

Lo acompañaba unos zapatos negros con el tacón plateado.

—Helen, es precioso.

—En cuanto lo vi, supe que tenía que ser para ti. Venga, vamos a vestirme que los invitados no tardarán en empezar a llegar.

Cuando ambas estuvimos listas, bajamos juntas al salón, pero allí no estaban ni Alastair, ni su padre, ni el mío, así que salimos de la casa para ir hasta la parte trasera en la que había una casa anexa donde celebraban muchas de sus reuniones con amigos.

Cuando entramos, todas las miradas se centraron en nosotras, concretamente en mí, hasta que Alastair se acercó, me cogió por la cintura dándome un beso en los labios y al girarse sonrió.

—Amigos, esta preciosidad de mujer es Brenda, mi prometida.

Los aplausos resonaron por cada rincón del lugar en el que estábamos, no sabía si era yo la que temblaba o era el suelo, hasta que noté que mi prometido me daba un leve apretón en la cintura y al mirarlo me guiñó un ojo.

—Tranquila, ya está hecho. Ahora, vamos a presentarte.

—¿Uno por uno? —pregunté asustada.

—No muerden, amor —Alastair se inclinó para besarme y sin soltarme de la cintura en ningún momento, fue presentándome a sus amigos más allegados, así como a algunos de los amigos de sus padres que resultaron ser gente de lo más importante de la alta sociedad.

Sirvieron la cena, donde no faltaron los brindis por la felicidad de la futura pareja, o sea, nosotros, ni las felicitaciones, como tampoco la música después de cenar y las copas.

La gente me daba la bienvenida a su círculo como si me conocieran de toda la vida, me felicitaban por haber hecho que Alastair luciera esa sonrisa y esa cara de enamorado, y me dijeron que me llevaba a un buen hombre.

Mi padre no dejaba de sonreír, me abrazaba, besaba mi frente y me decía lo mucho que le gustaba verme así de feliz.

—Estás preciosa, amor —susurró Alastair, mientras bailábamos—. No te lo había dicho todavía, perdóname.

—Tranquilo, estabas ocupado con tus amigos.

—Presentando a mi mujer, nada menos.

—No soy tu mujer.

—Todavía...

—Cierto, todavía. ¿Cuándo querrás que nos casemos? —pregunté.

—¿Al fin estás convencida de que vas a vestirme de novia para casarte conmigo?

—Pues claro, en este mes me he dado cuenta de que dejé de trabajar para ti la misma noche de Fin de Año.

—Me alegra saberlo, amor. Estoy deseando que seas mi esposa.

Me besó con un poco más de efusividad de la que debería haber mostrado, teniendo en cuenta que estábamos rodeados de gente, y escuché a muchos de sus amigos silbar.

Alastair pegó su frente a la mía y sin dejar de mirarme susurró:

—Estoy pensando cómo deshacerme de toda esta gente y llevarte a la cama, quiero hacerte mía, Brenda.

Me estremecí, le abracé y seguimos bailando hasta que, poco a poco, todos los invitados se fueron marchando.

Cuando tan solo quedábamos nosotros cinco, Alan nos tendió una copa de champán a cada uno para brindar.

—Por Brenda, la mujer que a partir de ahora es una hija para nosotros.

Brindamos, nos tomamos la copa y regresamos a la casa para irnos a la cama y una vez en ella, no fue dormir precisamente lo que hicimos Alastair y yo.

Me desperté abrazada a Alastair, me encantaba estar así con él, sentir el calor que desprendía su cuerpo y ese aroma que tanto me gustaba.

—Buenos días —dijo aún con los ojos cerrados.

—Buenos días.

—Vamos a la ducha, amor, que después del desayuno hay que llevar a tu padre al aeropuerto.

Asentí, le di un beso en el cuello y me levanté para ir al cuarto de baño.

Él me siguió y nos duchamos juntos, pero solo eso, una ducha rápida compartida y sin entretenernos.

—Buenos días —saludé cuando entramos en la cocina y vi a mis suegros y mi padre sentados tomando su desayuno.

—Buenos días, ¿cómo has dormido, hija? —me preguntó Helen dándome un beso.

—Muy bien. Buenos días, papá.

—Buenos días, cariño. Nos vamos directos al aeropuerto desde aquí, ¿verdad?

—Sí.

Mi padre asintió, Alastair y yo nos sentamos a desayunar y casi que no quería que se acabara ese momento, quería que mi padre pudiera quedarse unos días más conmigo, pero no podía por su trabajo.

Nos despedimos de Alan y Helen, no sin antes prometerles que volveríamos pronto a Fort William para pasar un fin de semana con ellos, y fuimos al aeropuerto.

—Otra despedida, papá —dije, llorando mientras él me abrazaba.

—Bueno, prometo que vendré pronto a verte.

—O tal vez vaya yo, así veo a las chicas un par de días.

—También es buena opción, así te preparo una de mis tortillas.

Reí, porque en este tiempo mi padre me había ido diciendo que estaba empezando a aprender a cocinar, así que, sí, me moría de ganas por probar una de sus famosas tortillas de patatas.

—Te quiero, papá.

—Y yo a ti, mi niña. Cuídate mucho, ¿de acuerdo?

—Y tú, que allí solo...

—No me muero por estar solo, ¿eh? Así que no te preocupes por mí, que sé valerme por mí mismo. Nos vemos pronto, Alastair.

—Estaré encantado de recibirte de nuevo, Julián.

Un último beso, un abrazo de esos fuertes que no quieres que se acaben, y vi alejarse a mi padre por la terminal hasta entrar al pasillo de embarque que le llevaría al avión de vuelta a España.

Le iba a echar de menos, como me pasó en Navidades cuando se marchó a casa sin mí.

Capítulo 14



No eran ni las seis y media de la mañana cuando me levanté a orinar y vi que Alastair no estaba en la cama, bajé a tomarme un café con él y cuando estaba llegando a la cocina lo escuché hablar por teléfono.

—Mi vida, ya mis padres me transfirieron todo el dinero, ya voy a preparar algo para que la española vuelva a su país, pero déjame hacerlo bien, en menos de un mes estaré en Australia para quedarme allí contigo para siempre, todo salió como lo planeamos, tengo toda una fortuna en mi poder y eso sin contar las rentas que me manden de los edificios, así que tranquila, pero tengo que irme con todo bien atado, debo inventarme algo para que Brenda se vaya y no me líe nada aquí en Escocia.

Pensé que me iba a desmayar, sentí que era una mierda a la que habían utilizado para conseguir su objetivo, me di cuenta de que había sido una imbécil que se había creído que su príncipe azul había llegado por la puerta grande.

Alastair colgó la llamada y se giró, me encontró blanca e inmóvil con las lágrimas cayendo sobre mis mejillas.

—Brenda...

—No te acerques a mí —murmuré con la mirada perdida y sin fuerzas ni para hablar en alto.

—Escúchame...

—No me toques —dije cuando vi que venía hacia mí—. Cómprame un vuelo de vuelta para hoy mismo, hazlo si no quieres que saque esa parte de mí que no querrás conocer.

—Brenda...

—¡Que lo hagas! —grité— Voy a ir a hacer mis maletas, cuando baje quiero el vuelo comprado, me da igual lo que te cueste, ya tienes todo lo que querías, así que ni me hables. Reserva el vuelo o te juro que voy a cometer una locura —dije entre lágrimas y me fui arriba a preparar el equipaje.

Lloré como jamás lo había hecho, era de rabia, de sentir que se habían reído de mí sin importar mis sentimientos, de comprender que ese hombre no era lo que pensé, todo lo contrario, era un hombre frío y manipulador que se movía a sus conveniencias.

Llevé el equipaje a la puerta de entrada y fui a la cocina, estaba blanco, serio, pero me importaba una mierda, como si le daba un paro cardíaco, vamos que no haría lo más mínimo por salvarlo.

—¿Tienes el vuelo?

—Sí, sale a las tres de la tarde, pero, ¿podemos hablar?

—No. Haz el favor de pagarme el resto de este mes, el finiquito y todo lo que me corresponda y me lo pones ya en mi cuenta.

—Te pagaré el año completo.

—Me parece perfecto —no iba a decir que no, me importaba en esos momentos una mierda todo, pero ya que se había reído de mí, el contrato que lo cumpliera que era por lo que había venido, aparte de para que se rieran de mí en mis narices.

—¿Podemos hablar?

—No —me fui a la cafetera y me hice un café—. Ve llamando un taxi por favor.

—Es muy temprano.

—Haré tiempo en el aeropuerto, prefiero estar allí.

—Mi amor...

—¿Tu amor? ¡Desgraciado! No me hables, págame y llama a ese maldito taxi.

Vi que se puso a hacer una transferencia a mi cuenta que me llegó al instante, me pagó mucho más que un año, pero vamos, en mi cuenta se iba a quedar.

—¿Vas a llamar al taxi o lo llamo yo?

Llamó, estaba pálido, debía sentir vergüenza, sí es que la tenía, por lo que había hecho, pero bueno, imagino que no sabría ni lo que era eso.

Saqué mis cosas afuera, iba hasta la bola, no lo dejé ayudarme, me subí al taxi y lo vi al fondo mirando con el semblante más serio que jamás había visto en él, pero era normal, lo había pillado con el carrito del helado.

El taxista me preguntó si estaba bien cuando por el espejo retrovisor vio que no dejaba de llorar, y es que había estallado en llanto tal y como me subí al coche.

Llegué al aeropuerto y me tuve que esperar unas horas en la cafetería antes de poder facturar y entrar a la zona de embarque.

Una vez que el avión despegó sentí como si en ese momento mi vida se vaciara y no encontrara una sola razón para ser feliz, ni pensando en que un padre que había dejado de lado el alcohol me estaría esperando.

—Lo voy a matar —fue lo que dijo mi padre tras verme de sorpresa aparecer llorando y tirándome a sus brazos contándole lo sucedido—. A ese hijo de perra me lo cargo.

Era obvio que no se lo iba a cargar, ni mucho menos volver a verlo, pero entendía esa rabia que sentía cuando se había enterado de todo lo sucedido.

Debo reconocer que me dio mucha alegría ver lo limpia que tenía la casa, el cambio tan grande que le había dado a su vida y el aspecto tan sano que llevaba, al menos algo bueno tenía que vivir ese día.

Esa noche me acosté pronto, no dejaba de llorar, de sentir un dolor en el pecho que me oprimía, me había engañado el hombre que más había amado en mi vida, ese que se había reído de mí hasta la saciedad y que me había puesto un camino de rosas para luego echar todas las espinas...

Por la mañana me duché y cuando fui a la cocina mi padre ya tenía el desayuno sobre la mesa, daba alegría verlo así y tan cariñoso, no dejaba de abrazarme.

Había quedado en ir a casa de Miriam que vivía sola, íbamos a comer con Mara también y las iba a poner al día de todo, estaban alucinando por mi repentina vuelta y aunque se imaginaban algo no sabían hasta qué punto había sido la cosa.

Cuando llegué me derrumbé abrazada a ellas, les conté lo sucedido tomando un vino de pie en la cocina y no daban a crédito.

—Deberíamos presentarnos allí, montarle un pollo y que se entere todo Inverness —dijo Mara.

—No, además, imagino que ya que me he ido debe de estar preparando su viaje a Australia. Que le vaya bien pues después de lo malo que es va a necesitar mucha suerte.

—Y digo yo... Si tenía novia, ¿por qué no fue a ella a la que presentó para lograr su cometido? —preguntó Miriam.

—Yo qué sé, no me iba a poner a pedirle explicaciones y ya no me importa. Está claro que por algo no lo hizo, pero me da igual, con quien jugó fue conmigo y lo peor es que yo se lo puse todo muy fácil.

—Qué desgraciado el tipo —murmuró Mara, sujetando la copa de vino en sus manos y mirándola.

—Ya te digo, a mí me rompió en mil pedazos.

—Menos mal que te pagó un año completo e incluso más, lo que faltaba es que te hubieses venido con una mano delante y otra detrás.

—Una mierda, me habría traído su colección de relojes —reí a pesar de las lágrimas que no dejaban de brotarme.

—Pero lo que no entiendo es cómo su novia puede permitir que se haya estado acostando con otra —dijo Mara negando.

—Ni yo, pero por dinero la gente es capaz de hacer cualquier cosa —le respondió Miriam — ¿Y tú notabas que cuando estaba contigo le gustabas?

—Sí, pero imagino que yo era el medio para su objetivo y encima casi veinte años menor que él, estaba con un caramelito mientras jugaba.

—Pues sí, eso es — respondió Miriam mientras ponía la mesa—. Yo lo hubiera matado antes de venir.

—Se va a matar él solo, el karma no falla y a él le dará por algún lado, porque un tío que miente hasta a sus padres para sacarles la herencia en vida...

—Ese es un desgraciado —soltó Mara.

Comimos y pasamos la tarde en el sofá viendo una peli, charlando y comiendo palomitas, era viernes y encima fiesta, así que teníamos el día para nosotras.

Por la noche cenamos pizzas antes de despedirnos, quedamos en que al día siguiente saldríamos a cenar y a tomar algo, estaba claro que no me pensaba quedar encerrada en casa llorando por alguien que no merecía la pena.

Capítulo 15



Salí con mi padre al mercado, quería hacer para comer un puchero de esos que tanto me gustaban y que hasta ahora era yo la que lo hacía, pero decía que lo quería hacer él para mimar a su hija favorita, no es que tuviera otra, pero así sonaba mejor.

Todo me recordaba a Alastair, lo odiaba y amaba a partes iguales, el amor no se podía ir de repente y a pesar de saber que todo por su parte fue fingido, sabía que yo lo había vivido con la mayor de las intensidades. Dolía mucho, demasiado.

Si algo tenía claro es que él necesitó de alguien para mentir a sus padres y conseguir su propósito y, me tocó a mí, pero me chirriaba algo y es que no hubiera ido con la verdad de la persona con la que quería compartir su vida, quizás es por la lejanía y por algo que ella no podría estar aquí o vete tú a saber, lo único que tenía claro es que yo había sido la víctima de su trama.

Ayudé a mi padre en la cocina, y eso que me mandaba a sentar y me puso hasta un vino, cosa que no quise en ese momento, pero me gustaba verlo tan bien y sin necesidad de beber que no podía creérmelo, estaba siendo todo un campeón.

Tras la comida fui a echarme un rato, quería dormir ya que la cabeza me daba demasiadas vueltas y me dolía el alma, cosa que para eso no había medicación en el mundo.

Estuve toda la tarde a cabezadas y llorando en silencio para que mi padre no me pudiese oír, pero tenía un dolor tan grande y una decepción, que me abría en canal y me reventaba de una manera brutal.

Haciendo de tripas corazón me arreglé y fui al encuentro de mis amigas, estaban ya en la hamburguesería en la que habíamos quedado para cenar y luego irnos de copas.

Nos acababan de traer la cena cuando recibí un mensaje que lo único que vi es que venía de Alastair, le enseñé la pantalla a mis amigas.

—Miedo me da abrirlo —resoplé con un agobio increíble.

—Ábrelo y, además, sea lo que sea me dejas contestar a mí —dijo Mara.

—Debí de haberlo bloqueado —dije mientras lo abría.

Alastair: *Ódiame, he sido un canalla contigo y te utilicé sin pensar en el daño que te haría. Solo puedo pedirte perdón a pesar de ser consciente de que eso no sanará el daño que te he causado. Me hubiera gustado haber tenido una charla contigo, pero entiendo que no quisieras saber nada más después de lo que escuchaste. Solo te deseo que seas feliz y aunque sé que ahora estarás muy mal, estoy convencido de que saldrás adelante, tu padre te quiere mucho.*

—Será gilipollas, el tío —dijo Mara al leer el mensaje—. Chicas, coged las cervezas y pegaros a mí, sonreíd y con la otra mano hacer una peineta que se vea bien el dedo —puso la cámara en modo selfi y ahí que fuimos una a cada lado de ella con la cerveza y sacando dedo, nos tiramos la foto y Mara no tardó en enviársela como respuesta a su mensaje. Nos

echamos a reír, eso sí, en la foto salimos con una sonrisa que ni la Pantoja con sus dientes, dientes. Lo mejor de todo es que a pie de foto que la había editado había escrito en número 20.000, esa era la cantidad en euros que me había dado por el año no trabajado.

Nos tiramos media hora riéndonos, a pesar de las lágrimas que me caían y que mis amigas me secaban diciéndome mil cosas de ese mal nacido para que no llorara. Sí, era raro, pero reía mientras lloraba, aquello era para encierro total en un psiquiátrico.

Ya no respondió más, bueno, imagino que se le quedaría cara de tonto, por supuesto nada que ver con la que se me quedó a mí cuando lo escuché aquello me partió en dos, pero bueno, un poco de cizaña llevaba, así que eso de mostrarle que estaba mal, nanai de la china.

Nos comimos la hamburguesa y nos fuimos a un pub donde conocíamos al dueño que era un gran amigo nuestro y sus dos camareros, al verme, sonrieron sorprendidos. Sabían que estaba en Escocia lo que no sabían es qué hacía aquí tan pronto y lo resolvimos diciendo que aquellas tierras no estaban hechas para mí.

Sergio, el dueño, nos invitó a tres copas y chupitos, él brindó con nosotras al otro lado de la barra, nosotras habíamos escogido una de las esquinas de ella para montar el campeonato nocturno como le llamábamos al rincón que escogíamos para ponernos a empinar el codo y mover las caderas.

No podía quitarme de la cabeza al maldito escocés, lo peor de todo es que él era consciente de todo y se metió en el papel como si de verdad estuviera sintiendo eso que creí que había nacido por parte de los dos y ahora este mensaje en el que reconocía lo que yo ya sabía, pero en el que no entendí a qué venía enviarlo. ¿Acaso con ello viviría en paz con él mismo? Es que no creía ni que pudiera conocer la paz una persona con tan mal corazón como él.

Sergio esa noche no dejaba de buscarme la lengua y es que él sabía que siempre tenía para darle para el pelo, pero le encantaba buscarme y se veía que hasta me había echado un poco de menos.

Yo estaba tan a gusto con las copas que me había tomado que Sergio me pidió que me quedara a tomar la última, ya que mis amigas querían irse. Accedí a quedarme, no quería meterme en la cama a llorar, además en un rato cerraba y me iba a acompañar a casa, no era la primera vez que lo hacía, ya que mis amigas tenían un reloj biológico muy puntual, no pasaban nunca de las tres de la mañana y ese día no iba a ser menos.

Ese día era verdad que notaba a Sergio más raro de lo normal, me miraba con una sonrisita diferente, pero tampoco quise deducir cosas raras y es que había estado muchas semanas sin verme.

Me echó una copa y ya fueron cerrando el local, se marcharon sus empleados y nos quedamos los dos a solas tomando esa última copa.

—Así que te aburríste de Escocia.

—Mucho frío —sonreí con falsedad, era escuchar esa palabra y ponerme mala.

—Me acordaba mucho de ti cuando aparecían tus amigas y tú faltabas.

—Ya será menos... —sonreí.

—Te prometo que no, nunca me crees nada.

—Te conozco demasiado.

—Estuve a punto de ir a Escocia con una pancarta con tu cara a buscarte —chocó su copa con la mía.

—Sí claro, y con un anillo de compromiso para que me casara contigo, no te jode —me eché a reír.

—Ni de broma, no podría casarme contigo en la vida, me tendrías como un soldadillo sin grados.

—¿Me estás llamando sargenta?

—Un poquito de nada —hizo un gesto de esos como de “sin importancia” y me tuve que partir de risa, era tremendo este Sergio.

Al final charlando nos tomamos dos copas más y me estuvo contando sobre el negocio, la verdad es que le funcionaba muy bien y le daba rentabilidad, estaba muy contento, además solo abrían de jueves a domingo.

Sergio era una persona con un carisma especial, le caía bien a todo el mundo y es que era amigo de sus amigos, una gran persona con la que podías contar para todo y que siempre estaba dispuesto a escuchar a los demás, aunque yo no me atreví a contarle lo de Alastair.

Me acompañó hasta la puerta de mi casa y quedamos en tomarnos un café uno de esos días, nos pondríamos un mensaje para quedar.

Capítulo 16



Los meses fueron pasando y cuando me quise dar cuenta, era el primer día de julio...

Mi vida había sido durante ese tiempo una continua lucha mental a la que, poco a poco, fui ganando y aunque la decepción y el dolor seguían ahí, iba consiguiendo que todo pesara menos, eso sí, no había sido capaz de volver a mirar a otro hombre de ninguna manera fuera de la amistad, esa que por ejemplo con Sergio se volvió mucho más fuerte y pasamos muchos cafés y comidas juntos, pero nada más allá de eso, además fuimos compañeros de trabajo...

Sí, Sergio me metió a trabajar en el pub los viernes y sábados, la verdad es que me iba bien y no tuve que tocar nada del dinero que me traje de Escocia.

Mi padre no había vuelto a beber y se había buscado pareja, Marisa, una mujer de cincuenta y cinco años que era un encanto, enfermera y tenía unos detalles impresionantes conmigo, algunos fines de semana dormía en casa y otros se iban juntos a la de ella.

Ese viernes llegué a trabajar y me encontré allí a Sergio negando porque se le había caído una ronda de vasos y estaba todo esparcido por el suelo de atrás de la barra, lo ayudé a recogerlo entre risas, el pobre mira que era meticuloso pues nada, todo le pasaba a él.

Estaba mirando el móvil debajo de la barra cuando una voz conocida y en un perfecto inglés me habló.

—Un Jack Daniel's con hielo, por favor.

Levanté la mirada y ahí estaba Alastair, sentí hasta que se me bajaba la tensión y se me secaba la lengua, no sabía ni qué hacer ni qué decir.

No quería que Sergio supiera que era él, ya que al final terminé contándole todo y siempre decía lo mismo, que si lo tuviera enfrente le metía una piña que lo dejaba sin sentido, aunque no creo que pudiera con Alastair, pero bueno, mejor no pensar en eso.

Serví la copa y se la puse delante sin mirarlo a los ojos y me puse a atender a todos los que iban acercándose a la barra.

Sentía un nudo en la garganta y ganas de llorar, de saber qué hacía ahí, de matarlo por todo y de reprocharle la poca vergüenza de aparecer por mi vida de esa manera y sin derecho a ello.

Estuvo ahí toda la noche tomando whisky, en silencio, miraba su móvil, hacia la calle y solo a mí me pedía las copas.

Cuando fueron cerrando Alastair se fue, algo me decía que me iba a estar esperando afuera, así que me di prisa para que Sergio no me acompañara y salí de allí impaciente por lo que pudiera pasar.

—Brenda —escuché nada más salir del local y me giré a mirarlo.

—¿Qué haces aquí? —murmuré mirándolo, esperando a que me dijera lo que fuera.

—¿Podemos hablar?

—Creo que no, no me interesa nada de lo que me puedas decir.

—Te prometo que no te molestaré más, solo necesito hablar contigo un rato y que me escuches.

—¿Piensas que te creeré en algo de lo que me digas o que me interese?

—No lo sé —murmuró cabizbajo—. Solo necesito que me escuches.

—Y yo necesitaba que no me engañaras.

—Tienes razón, pero solo te pido que hablemos tranquilos.

—No es momento, ni hora.

—Está bien —dijo mientras yo paraba a un taxi—. Toma esta dirección, estoy alojado ahí, te esperaré mañana a la hora que quieras, piénsalo —me dio una tarjeta.

La cogí y me subí en el taxi, me fui para mi casa alucinando en colores. Me acosté en la cama llorando y es que volverlo a ver había movido tanto en mí, que volvía a hacerme mucho daño. ¿Qué cojones quería ese hombre?

Por la mañana le conté a mis amigas por videollamada todo, estaban como yo, alucinando en colores.

—Si fuera yo tú, iba, al menos para saber qué quiere decirte. El daño ya está hecho, pero quedarte con la duda toda la vida es mucho peor —dijo Mara.

—Yo pienso lo mismo que ella.

—Ya, pienso lo mismo, sé que si no voy le daré vueltas durante mucho tiempo y no podré seguir adelante. Me diga lo que me diga lo escucharé, ya lo que me faltaba es ir y que estuviera con ella, pero bueno, iré, quiero saber qué me quiere decir.

—¿Y si quiere volver?

—Mara, ¿cómo le voy a perdonar lo que me hizo? No podría estar a su lado, no confiaría en él y no sería feliz. De todas maneras, no creo que sea eso, sí que puede ser que al final me cogió cariño y vive con ese peso de conciencia, pero es su problema no el mío. Ese hombre nunca me vio como yo lo vi a él y sabiendo lo que me hizo, es capaz de venir para querer utilizarme para otra cosa —nos echamos a reír.

—¿Qué sentiste al verlo? —preguntó Miriam.

—Sentí que se me removió todo, tristeza, rabia, dolor, impotencia, ganas de abrirle la cabeza por todo lo que me había hecho sin derecho a ello y poco más —seguí riendo entre esas lágrimas que no dejaban de caer.

—Ve, no seas tonta, eso sí, con las orejas bien alerta y el corazón bien cerrado, no te creas nada.

—Lo sé, Mara, lo sé. No le creo ni los buenos días, el capullo es capaz de estar dándolos y echándote veneno en el café —volteé los ojos.

—Cualquier cosa nos llamas.

—Por supuesto.

—Que iremos como locas a darle hostias hasta que hable en andaluz —bromeó Miriam.

Terminé la llamada con ellas y eso hice, plantearme ir después de comer, ahora necesitaba salir un poco del shock y tomarme unos cafés, además ese día estaba sola en casa, ya que mi padre se había quedado en casa de su pareja.

Ni comí, tenía tan mal cuerpo que no podía meterme nada en la boca, me duché a mediodía, me puse una falda corta con unas sandalias y una camiseta y cogí un taxi para que me llevara a la dirección que tenía anotada.

El edificio era uno de playa a las afueras de la ciudad, de lujo, eran apartamentos y me

extrañó que no estuviera alojado en un hotel.

Llamé a la puerta y no tardó en abrir.

—Hola, pasa —se echó hacia un lado y entré en aquel impresionante apartamento con vistas al mar y con una terraza más grande que mi casa.

No le contesté al saludo, me pasó a la parte del salón que había con un sofá en forma de L y una mesa, además de unas impresionantes vistas al mar.

—¿Qué te apetece tomar?

—Un refresco, por favor.

Abrió una lata del minibar, cogió hielo que echó sobre el vaso y lo puso delante de mí, él se había preparado otro refresco.

Se sentó en la otra parte del sofá y apoyó sus manos sobre la mesa, yo estaba sería y en silencio, quien tenía que hablar era él y no yo.

—Gracias por venir —no le contesté, solo lo miré esperando que siguiera hablando—. Llevo un mes aquí y no encontraba el momento de presentarme ante ti —aquello me dejó en shock, pero rápidamente pensé que podía ser una mentira de él.

—No entiendo nada. ¿Qué más quieres de mí?

—Pedirte perdón personalmente y contarte la verdad de todo.

—¿Y piensas que necesito alguna de esas dos cosas?

—No lo sé, la verdad, pero me gustaría poder hacerlo.

—Es que me da igual lo que me quieras explicar. Lo hiciste, me engañaste y me trataste como un juguete para conseguir tu premio, me tocaste, me metiste en tu cama como una puta cualquiera a quien poderte follar para tenerla engañada con tus falsas palabras y, ¿ahora necesitas mi perdón? No soy yo quien tiene que perdonarte, te tienes que perdonar a ti mismo por ser tan mala persona, por no importarte en esta vida más que el dinero y quedarte con lo de tu familia, sin contar que para esto tenías que utilizar a la primera gilipollas que se puso en tu camino y confió en ti. ¿En serio necesitas mi perdón? ¿Crees que eso te hará vivir en paz? ¿Tan poca vergüenza tienes?

—Sí, soy una mala persona y lo estoy pagando cada día de mi vida desde que te fuiste, me merezco lo peor, pero déjame contártelo todo.

—Habla, te escucharé y me iré, pero no vuelvas a buscarme.

—Antes de conocerte tenía una meta y era coger la herencia de mis padres en vida e irme a Australia con Megan, la mujer más mala de este planeta.

—Tal para cual, la pareja ideal —sonreí con ironía.

—Mis padres jamás la pudieron ver y no aprobaban esa relación, reconozco que me enamoré de ella perdidamente, pero cuando me di cuenta del error ya era demasiado tarde, venía un bebé de camino.

—Felicidades, vas a ser padre —dije con ironía intentando que no se notara ese puñal que acababa de clavar en mi pecho.

—Ya lo soy desde hace dos años, te estoy contando todo esto que sucedió hace tres.

—No entiendo nada y menos aún que me tengas que contar tus problemas y tus cosas. ¿No entiendes que no quiero saber nada de ti? Es que no sé para qué has venido.

—Esto fue antes de ti, por favor, escúchame —murmuró con una tristeza que no me creía, pero que me dolía y es que ese hombre me hizo vivir los momentos más bonitos de mi vida —. Es verdad que te necesitaba para conseguir aquello que tenía planeado, pero cambiaste mi vida.

—No hables de mí, ni me pongas en tu mentirosa boca, cuéntame ya lo que sea que me iré y no me vas a volver a ver más. No quiero que te acerques a mí —murmuré con dolor y con ganas de llorar, pero no quería hacerlo delante de él, no le iba a dar ese gusto.

—No lo registró con mis apellidos, lo tuvo en Australia y me puso como condición que, si me iba allí y me casaba con ella, le daría mis apellidos y podría estar con él. Creí volverme loco.

—Y claro, no tenías suficiente con el dineral que te dejaban las rentas de los edificios, que tenías que desplumar a tus padres. ¿A quién quieres engañar?

—No, ese no era el tema, mi padre me dijo que si me iba con ella o tenía un hijo con ella me desheredaba, donaría todo ese patrimonio que me pertenecía y con ello la casa de mis abuelos que es donde vivo y que sus deseos eran que yo, su primer nieto, me la quedara, es más nunca tuvieron otro. Si me iba a Australia perdía la casa que tanto deseaba, si fingía todo ponían por fin la casa a mi nombre y la fortuna que tenían en una cuenta para mí. Ella me lo exigía, decía que eso era la herencia de su hijo y que no podía perderla o yo perdería a mi hijo.

—De verdad, no sé quién es más descerebrado, si tú o ella, pero es que no quiero seguir escuchando nada.

—Me enamoré de ti, cuando apareciste me hiciste sentir algo que jamás había sentido y aunque tenía trazado un plan por la desesperación de recuperar a mi hijo, me enamoré perdidamente de ti.

—¿Qué haces aquí, Alastair? —pregunté con rabia.

—Le he devuelto a mis padres su dinero y les conté la verdad, no han querido coger mi casa, es más, no querían ni coger el dinero, solo me pidieron que luchara por lo que de verdad había amado y no por alguien que solo quería el dinero. Por mi hijo me dijeron que ya lucharíamos ante los tribunales internacionales.

—¿Tus padres lo saben todo?

—Todo, puedes llamarlos y hablar con ellos, el día después de que te marcharas, fui en un acto de dolor y desesperación a contarles toda la verdad sobre Megan, sobre el niño y lo que te hice a ti, que eso es lo que más les dolió. Después llamé a la madre de mi hijo y le dije que, a partir de ese momento, solo hablaría con ella a través de los tribunales y que lucharía cada día de mi vida porque lo reconocieran como mi hijo y tuviera los derechos como padre, él no tiene culpa de nada.

—Y suponiendo que todo eso sea verdad, ¿por qué llevas aquí un mes?

—No podía seguir ni un día más sin verte, al menos aquí cada día te veía, aunque fuera desde la distancia. No sabes lo que estoy sufriendo —se le cayeron unas lágrimas.

—¿Y lo que he sufrido yo? —pregunté con rabia.

—Eso es lo que no me podré perdonar jamás, pero quiero que sepas que eres lo que más amo en este mundo, que lo que me pidieras, fuera lo que fuese, lo haría, no sé vivir sin ti — se echó a llorar mirándome con un dolor que podía percibirlo, aunque no podía creerlo. Si me engañó una vez, ¿Quién me decía que esta no era una segunda?

—Me tengo que ir —me levanté llorando.

—No lo hagas, Brenda, por favor...

Salí de allí, no podía quedarme ni un minuto más, era demasiada la información que había recibido, no sabía si me mentía o no, pero el dolor se me hacía insoportable.

Llegué a mi casa y me metí en mi cuarto a llorar, yo lo amaba con todas mis fuerzas, pero

no podía volver a caer en los brazos de la única persona que un día jugó con mis sentimientos de la forma más cruel e inhumana.

Capítulo 17



Comencé a prepararme para irme a trabajar esa noche, tenía un dolor de cabeza que no podía con él, me sentía perdida, con mil preguntas sin respuestas y confundida como la vida misma, tenía un montón de sentimientos encontrados.

Fui andando pues era temprano y me apetecía pasear, estaba dudando en si hacerlo o no, pero lo hice, aproveché mientras caminaba para llamar a Helen, la madre de Alastair.

La mujer fue escuchar mi voz y echarse a llorar, me pedía perdón por todo lo que me había hecho su hijo y a la vez me instó que lo perdonara, que él pedía perdón de corazón y que, gracias a mí, habían recuperado un hijo que estuvo muy perdido por culpa de esa mujer.

Me suplicó eso durante toda la llamada, que debía perdonarlo, aunque no volviese con él, aunque era lo que Alastair deseaba al igual que ellos, pero que lo perdonara. También me dijo que lo que él me había contado lo había hecho con el corazón y desde que yo me fui su hijo estuvo como loco, enfermo e incluso tomando pastillas pues estaba cayendo en una profunda depresión.

Lloraba con una pena que me partía el alma, con un dolor de madre desesperada por ver cómo su hijo la cagó e hizo daño a todos, que sabía que había salido del túnel en el que estaba y todo gracias a mí, que sus sentimientos eran de verdad y que por lo que sentía por mí se había enfrentado a esa mujer que lo tenía cogido por el cuello y lo manejaba a su antojo.

Me despedí de ella dándole las gracias por haberme atendido, me dijo que todas las veces que hiciera falta, la llamara, que para ella era como una hija y que siempre estaría ahí para lo que necesitara. No le prometí lo de perdonar a su hijo, aunque por momentos saldría corriendo a abrazarlo, aunque existiera la posibilidad de que me engañara otra vez, pero poder volver a vivir una historia a su lado con la intensidad que la viví. Por otro lado, me mataba lo que me hizo a mí y a su familia, aquello había sido demasiado y ahora también tenía un hijo, que no es que me molestara ni mucho menos, es que me había enamorado de un completo desconocido que nada tenía que ver con lo que me había mostrado.

Llegué al pub con una cara que me llegaba al suelo, le dije a Sergio que tenía un mal día, pero a él no me atrevía a decirle la verdad, además se fue del tirón pues esa noche estaba invitado a un evento así que no iba a trabajar, pero nos tenía a mí y a los otros dos trabajadores.

A las once de la noche apareció Alastair, me dio las buenas noches y me pidió una copa de Jack Daniel's con hielo, como la noche anterior.

Seguí trabajando como si no estuviera, tenía una presión en el pecho que no podía con ella cuando de repente me sonó el móvil, era la pareja de mi padre.

—Brenda... —estaba llorando.

—¿Qué pasa? —pregunté saliendo de la barra y pegándome a la esquina, tapándome el oído para escuchar mejor.

—A tu padre se lo han llevado en ambulancia, ha sufrido un infarto —se me cayó el móvil de las manos y me puse la mano en el pecho, me estaba faltando la respiración, en ese momento sentí que me iba a caer.

—Brenda, ¿estás bien? —Alastair se acercó rápidamente.

—Es mi padre, me tengo que ir, llámame a un taxi por favor.

Me dirigí a uno de mis compañeros y le dije lo que sucedía, me dijeron que me marchara sin problema.

Salí y Alastair me siguió.

—¿Qué pasó Brenda?

—A mi padre le ha dado un infarto, se lo llevaron al hospital —dije entre lágrimas y llegó el taxi, Alastair se montó sin preguntar.

—¿Quién te aviso?

—Su pareja.

—No lo sabía —se refirió a lo de la pareja— ¿Pero te ha dicho si lo habían reanimado?

—No, no me ha dicho nada más —sentí que me echaba el brazo sobre los hombros mientras yo rompía a llorar.

—Tranquilízate, verás cómo todo estará bien.

Llegamos a urgencias y me encontré a Marisa llorando, me miró y negó. No me lo podía creer, no por Dios, no...

Comencé a gritar como una loca, no podía ser, ahora no, era lo único que tenía y ahora que lo había recuperado como padre y estaba bien, ahora que estaba comenzando a vivir, ahora no.

Alastair me abrazó fuerte para calmarme, estaba desquiciada dando golpes con mis manos a la pared, me quería liberar de él y salir corriendo a donde mi padre se encontraba, pero Alastair no me soltaba. Esto no me podía estar pasando.

Lloré durante un buen rato, grité en el pecho de Alastair, quien intentaba calmar mi dolor cuando había sido él el que en otro momento me lo había causado, pero ahora no era momento de rencor. Mi padre se había ido y no lo iba a poder abrazar más, eso era lo único que me importaba en esos momentos y que me partía la vida en mil pedazos.

Alastair me ayudó con todo el trámite del seguro y se vino conmigo al tanatorio donde llevaron a mi padre dos horas después para velarlo.

Marisa no podía con el dolor, había sido poco tiempo, pero lo había amado de verdad, eran una pareja preciosa, me dolía mucho verla también así.

Ella se fue un rato después, volvería por la mañana, yo le pedí a Alastair que se fuera a descansar que no tenía por qué estar ahí.

—No me voy a ir, ni se me pasaría por la cabeza, me quedo aquí contigo —me abrazaba y secaba mis lágrimas con sus dedos.

A mis amigas les puse en el grupo un mensaje, pero a esa hora estaban durmiendo evidentemente, así que por la mañana lo leerían y vendrían.

El hermano de mi padre tampoco lo había leído, ya que era de madrugada, además a él lo llamé, pero sabía que tenía el móvil silenciado.

Todo era surrealista, como si de una película se tratara, todo de golpe y sin esperar nada, estaba en shock, me sentía perdida, completamente perdida...

¿Y ahora qué? Eso me preguntaba con todo el dolor de mi alma. ¿Ahora qué, si no estaba la única persona que me quedaba? A mi tío lo tenía, pero no había mucha unión. Me quedaba sola a mis veinticinco años, sin padre, sin madre y sin hermanos, tenía una pena tan grande que me ahogaba, era muy fuerte perder el único vínculo que te quedaba.

Alastair estuvo toda la noche pendiente de mí, me abrazaba con fuerza, incluso cuando lo apartaba no se separaba, me abrazaba más fuerte aún y besaba mi sien.

Por la mañana aparecieron Mara y Miriam, me abrazaron llorando y les presenté a Alastair, Marisa ya había llegado un rato antes y mi tío con su mujer no tardó en llegar, un rato después lo hicieron mis primas.

El entierro nos lo fijaron a las cinco de la tarde, una hora antes sería la misa funeral donde aparecieron todos los vecinos y amigos de mi padre.

Cuando metieron el ataúd en el nicho, ahí sí que me volví loca, no podía ver cómo iban a dejar allí metido a mi padre, aquello era demasiado.

Alastair no me soltó en ningún momento y les dijo a mis amigas que no se preocuparan, que estaría conmigo, yo no tenía fuerzas ni para contestar, me despedí de todos y nos fuimos para mi casa.

Me derrumbé de nuevo cuando entré en la casa, creí que me volvería loca, no podía mirar para ningún sitio y saber que ya, nunca más vería a mi padre por estos rincones.

—Coge ropa y nos vamos a mi apartamento, es mejor que estés allí, aquí lo vas a pasar muy mal.

—No, no quiero irme contigo.

—No pienses en eso ahora, hazlo por ti, aquí se te va a caer la casa encima, por favor.

—No quiero, de verdad, necesito estar sola.

—No, no me pidas eso, no me voy a mover de tu lado y dejarte sola en estos momentos de tanto dolor, no, esta vez no. Vamos, coge tus cosas, por favor.

Y eso hice, preparé una bolsa con algo de ropa y me fui de allí, yo tampoco quería estar sola y menos en esa casa donde lo pasaría muy mal en estos momentos.

Durante el camino me llamaron sus padres para darme el pésame, me dijeron que tenía las puertas abiertas en Fort para irme el tiempo que necesitara, que no me sintiera sola en ningún momento.

Me fui con él a su apartamento y me duché, estaba agotada de las horas que habíamos estado allí, me eché en el sofá y me quedé dormida tras cenar un sándwich, no podía con mi alma y sentía tal dolor en mi corazón, que parecía que se me iba a parar.

Me desperté con una pena que me moría, Alastair me trajo el desayuno al sofá que era donde había pasado la noche y él junto a mí.

—No tengo ni idea por dónde empezar el papeleo, no tengo ni idea —murmuré entre lágrimas mirando hacia el café—. Tendré que ir a un abogado, o a hablar a una notaría, imagino que algo tendré que hacer.

—No te preocupes, iremos primero a una notaría, allí que te digan qué necesitas para adjudicarte la herencia, si vas a un abogado se llevará buena parte de ella. Lo primero es hablar con el notario y si tú sola puedes presentarlo todo, pues lo hacemos, yo te ayudo con

todo y si necesitas un abogado yo te lo pago.

—Tengo dinero, no es por eso, es que no tengo ni idea de cómo hacer nada.

—No te preocupes, verás cómo lo resolvemos, ahora vamos a ir a preguntar y vamos dando los pasos que nos digan.

—Tengo que vender el piso, es lo único que quiero, allí no quiero estar, he vivido ahí dos muertes, la enfermedad de mi padre con el alcohol y muchas cosas que me va a recordar cada día de mi vida, tengo que venderla y comprar un apartamento pequeño para mí y comenzar de cero —no dejaba de llorar, tenía un dolor muy grande.

—Tranquila, verás cómo lo arreglamos todo —acarició mi mano por encima de la mesa.

—Alastair, gracias por haber estado conmigo durante este duelo.

—No, por favor, no me des las gracias, te las tengo que dar yo por haberme dejado estar a tu lado.

Salimos a la calle tras el desayuno, fuimos a hablar a una notaría que había cerca de mi casa y me dijeron que mi padre había dejado el testamento hecho y todo muy avanzado desde hacía mucho tiempo, fue meter los datos y salir todo.

Nos explicaron los pasos y la documentación a aportar, fuimos a mi casa, mi padre tenía una caja fuerte con todos los documentos, yo jamás la había abierto, pero sabía la clave, mi padre me la había dado hacía poco y me dijo que, si le pasaba algo, que la abriera.

Fue entrar de nuevo allí y se me cayó el alma a los pies, comencé a llorar y Alastair me abrazó con fuerza.

Abrí la caja fuerte y mi padre lo había dejado todo muy bien organizado, me asombré de las anotaciones.

Tenía hecho un seguro de vida donde yo era la beneficiaria de treinta mil euros, además su testamento estaba ahí y un sobre con siete mil euros.

Me llevé todo lo del seguro y la documentación, el dinero lo dejé allí, ya lo cogería cuando vendiera la casa, ahora mismo no me hacía falta.

Pasamos por la inmobiliaria de la hermana de Sergio y la puse al tanto de todo, me dijo que no me preocupara que la casa se podía vender y escriturar el mismo día que me adjudicaran la herencia.

Me dijo que me llamaría cuando organizara las visitas y que tenía muchos clientes para esa zona y ese precio.

—Yo no sé si voy a aguantar entrando y saliendo de la casa, me afecta mucho —dije cuando nos sentamos a tomar un café.

—¿Por qué no vas sacando las cosas y las llevamos al apartamento?

—No, Alastair, necesito algo mío, que no me vea en la calle en un mes buscando algo rápido.

—No te verás en la calle, además este apartamento lo puedo tener el tiempo que quiera.

—No sé, ahora estoy demasiado perdida y agobiada con todo, además tú tendrás que irte en breve, tienes tu vida allí, no te preocupes que no te guardo rencor ahora mismo, si te preocupa que te perdone, ya lo hice.

—Gracias, pero no me iré, me quedaré aquí, no te voy a dejar sola ni un solo momento, si me voy es porque tú te vengas conmigo.

—Alastair, sabes que no me iré y que tu vida está allí.

—Mi vida está a tu lado, Brenda, no puedo vivir sin ti.

Me quedé callada y es que, aunque no quería creerlo una parte de mí lo hacía, había

venido a buscarme, no se había ido a Australia y, aunque todo comenzó como una mentira en la que me metió y me utilizó, algo me decía que era verdad, que todo lo que había sentido conmigo fue cierto, pero ahora estaba muy perdida, demasiado perdida, lo de mi padre había sido un gran varapalo.

Capítulo 18



Había pasado un mes desde el fallecimiento de mi padre, un mes que había estado al lado de Alastair, quien no se despegó ni un momento de mi lado.

El trámite notarial estaba listo y ese día se firmaba la venta de mi casa que tuve la suerte de que se la quedaran en la tercera visita que fue a verla.

Entre Alastair y yo, no había pasado nada más que abrazos y muchas muestras de cariño, me acompañó en todo momento a hacer todo lo que necesitaba y fue un gran apoyo en esos momentos, a mis amigas se las había ganado por completo y me bromeaban a su espalda diciendo que a ese hombre no lo podía dejar escapar o se lo quedaban ellas.

Fuimos a la venta de la casa y a cerrar ese capítulo de mi vida, la casa la habíamos dejado vacía, me llevé todas mis pertenencias y la ropa de mi padre la doné a una iglesia para que la repartieran entre los más necesitados.

Se firmó e hice todos los pagos correspondientes, me llegaba para comprar un apartamento y comenzar mi vida, pero Alastair, me había pedido que me fuera con él a Inverness y que le diera la oportunidad de demostrarme que sabría cuidarme y amarme todos los días de mi vida, me lo repetía a cada momento y yo, yo lo amaba por encima de todo.

Ese día cuando salimos de la notaría le dije que sí, que me iría con él, me abrazó llorando y dándome las gracias, lloró como un niño pequeño incrédulo, pero con una felicidad que era el reflejo de su cara.

Mis amigas vinieron a cenar y las puse al día entre esa media sonrisa de felicidad de Alastair, ellas se volvieron locas de contentas aprobando en todo momento mi decisión, es más, le tenían un cariño impresionante a ese hombre.

Al día siguiente comenzamos a preparar maletas y cajas, una empresa vino a recogerlo todo, solo llevaríamos dos maletas en el vuelo, lo demás iba por paquetería de envíos.

Fui a despedirme de Sergio, que ya sabía de Alastair y también lo había aceptado a regañadientes, pero me deseó toda la felicidad del mundo, desde que había muerto mi padre no volví a trabajar en el pub.

Me pasé por el banco para dejar a plazo fijo el dinero de la venta de la casa, yo tenía el que me dejó mi padre en la caja fuerte y el que me traje de Escocia y que no permitió Alastair bajo ningún concepto que le devolviera.

Durante ese tiempo había creado un vínculo muy bonito con él, la verdad es que me había demostrado estar en todo y para todo. Que sí, que lo que hizo no se podía tapar con un dedo, pero mala persona no era y me estaba dando todo el apoyo que necesitaba en estos momentos.

A la mañana siguiente salimos rumbo a Escocia, un cosquilleo recorrió mi estómago cuando el avión despegó y es que en España, quitando a mis amigas y mi tío con quien no

tenía mucho vínculo, ya no me quedaba nada, era algo que me causaba inquietud, pero era la realidad.

Me eché a llorar mirando por la ventanilla, no lo pude evitar y Alastair que se había dado cuenta cogió mi mano y la acarició, luego la llevó hasta sus labios y la besó.

Durante todo el vuelo pasó mi vida por delante como si de unas diapositivas se trataran, lo bueno y lo malo, fue como un choque con todo lo que me había sucedido a lo largo de los años. Me había partido el alma no poder despedirme de mi padre y que se fuera cuando ya había salido de aquel pozo en el que había estado sumergido un buen tiempo de su vida.

Había perdonado a Alastair, pero no habíamos vuelto a besarnos, ni a tocarnos como lo hacíamos esos días que fui tan feliz en Inverness. Él respetaba mis tiempos, mi dolor, mi lucha por asimilar todo lo que había pasado en mi vida y yo llegaba a pensar que la vida lo puso a él de nuevo en la mía para ayudarme a lidiar con este dolor y acompañarme en este nuevo sufrimiento que me volvió a desgarrar el alma.

Ahora sabía que me tocaba a mí acompañarlo en esa lucha por conseguir a su hijo, ese que no tenía culpa de nada y que a él lo mataba por dentro. Tenía que ayudarlo a lidiar con los trámites y el dolor, aunque no me hablaba de ello sabía que lo estaba pasando mal, pero ahora todo lo tenía puesto en manos de sus abogados.

Aterrizamos y un taxi nos llevó hasta la puerta de su casa, fue entrar por ella y me derrumbé de nuevo, ahí había sido la mujer más feliz del mundo y ahí se quedaron todas mis ilusiones rotas en mil pedazos el día que lo escuché hablar por teléfono y en el que me enteré de esa parte de la realidad que me azotó de una manera muy fuerte.

—No llores —sujetó con sus manos mis mejillas y me besó en la frente—. No puedo verte sufrir y si esta casa te hace daño nos vamos a otra.

—No... Aquí fui muy feliz, pero me vino la tristeza con los recuerdos, tranquilo, es solo que estoy sensible.

—Me encargaré de que seas la mujer más feliz del mundo, te lo prometo Brenda.

Nos abrazamos y nos dimos ese primer beso que tanto habíamos esperado y que reconozco que ya necesitaba, yo lo amaba a pesar de todo por lo que me había hecho pasar de forma injusta, pero era el único hombre capaz de calmar mi dolor.

Dejamos las cosas y salimos al supermercado a hacer una buena compra, nuestras cosas que enviamos desde España nos llegarían al día siguiente.

Llenamos dos carros hasta arriba, Alastair era muy exagerado y eso que lo frené, así que fue llegar a casa y ponernos a colocar bolsas en la cocina, menos mal que tenía una gran despensa y el frigorífico americano, además de otro congelador aparte.

Subimos a su habitación a colocar las cosas que habíamos traído, era poco ya que aprovechamos bien el envío desde España, y metí ahí todo lo que pude, es más, advertí a Alastair que mi habitación de cuando llegué la primera vez la quería para tenerla con mis cosas personales y todo lo que tenía puesto en la casa de mi padre, por supuesto me dijo que sí.

Preparamos unos sándwiches para cenar y luego nos fuimos a dormir, el día había sido largo y agotador.

Era la primera noche que dormía junto a él, ya que en su apartamento en España dormíamos uno en la cama y el otro en el sofá que se abría y era cómodo.

Me pegó a él y me abrazó, nos dimos un beso en el que pude sentir tantas cosas a la vez que mi piel no tardó en erizarse.

—Gracias, Brenda, jamás imaginé que pudiera volver a tenerte aquí.

—Ni yo pensé que volvería —me eché a reír negando.

—Tu primera risa después de tanto tiempo, ojalá venga una detrás de otra, no hay mayor felicidad que verte reír.

—Hasta que la cagues de nuevo —volví a reírme, estaba nerviosa de volver a estar entre sus brazos.

—Jamás, ahí tienes mi móvil en abierto y lo puedes tener tú, aquí me tienes a tu lado y jamás me separaré de ti, no voy a volver a perder lo que tanto amo.

Y así con esas palabras y acariciando mi cabello me quedé dormida, de nuevo entre sus brazos, ese lugar que daba la paz a mi alma.

Me desperté y no estaba a mi lado, me levanté y lo vi en la puerta hablando con alguien y sosteniendo algo en su brazo, no lo podía ver ya que estaba de espaldas.

Me vestí y salí hacia la cocina, no tardó en entrar y me puse a chillar como una niña pequeña mientras aplaudía emocionada.

—¿Es para mí? —pregunté a punto de llorar y quitándole de los brazos a esa preciosa y pequeña perrita, era una preciosidad en color canela, con esos ojos verdes.

—Para ti, tiene dos meses —sonrió mirando como yo la acariciaba y me la comía a besos.

—¡Ay, me la como! De verdad, es el mejor regalo del mundo, mi padre no quería animales en casa y mi sueño era tener uno.

—¿Cómo la vas a llamar?

—No lo sé —me encogí de hombros sonriendo.

—Pues ve pensando, tendremos que llamarla de alguna manera —dijo preparando los cafés.

—Hay que comprarle comida y vacunarla.

—Tiene al día las vacunas, ya cuando le toque otra vez la llevamos, y la comida está en el porche, me la trajeron de la tienda con todo, tiene hasta una preciosa cama.

—¿Has comprado a la perrita?

—No, pero es de los dueños de la tienda de animales que tienen una finca para acoger a los animales abandonados.

—Me encanta, pue esta ya tiene una familia, eso sí, si me haces una trastada nos pierdes a las dos —le advertí y en ese momento llamaron a la puerta de fuera y salió a abrir, era la empresa de transporte que nos traían las cosas de España, nos lo dejaron todo en el porche.

Ya tenía claro como la iba a llamar, “Mía”, primero porque iba a ser mía y segundo porque como nombre me encantaba y a Alastair le pareció muy bonito.

Ese día colocamos todo y le puse la camita a la perra a los pies de la nuestra, estaba claro de que iba a dormir con nosotros, vamos así se formara una guerra, pero no, a Alastair todo le parecía bien.

Al día siguiente vinieron sus padres a vernos, su madre me abrazó con tanta fuerza que pensé que me rompería en dos y se enamoró de Mía nada más verla y es que esa perrita era una santa, de lo más tranquila y buena.

Pasamos el día con ellos y se les notaba muy felices por vernos juntos, estuvieron todo el tiempo con una preciosa sonrisa en sus rostros.

Esos días Alastair recibió una llamada que nos paralizó por completo y es que él mandó las pruebas de paternidad a Australia para comenzar el proceso, bueno se hizo la prueba para que allí fuera cotejada y se admitiera el proceso de reclamo de paternidad, pero no, lo

habían echado para atrás, el motivo fue que claramente no era el padre de ese niño.

Colgó la llamada, le dio un puñetazo a la puerta y se fue al jardín a llorar.

Sentí un dolor impresionante y corrí hasta él para abrazarlo, estaba enrabiado sin dejar de llorar y soltando unos gritos de impotencia muy grandes.

—Es una hija de puta y os hice mucho daño a ti y a mi familia por algo que para colmo no era mío —lloraba sin consuelo.

—Ya pasó, por favor, hazlo por mí, tranquilízate —fue decirle eso y abrazarme con todas sus fuerzas.

Su rabia era por todo lo que había hecho por conseguir estar con un hijo que no era suyo y que por poco acaba con su familia, con su vida, con todo, yo lo entendía a la perfección.

Ese día estuvo cabizbajo y aunque se fue tranquilizando estaba ido, mal, fui yo quién le conté todo a los padres que en el fondo se alegraron, ellos sabían qué clase de persona era Megan y no les extrañó para nada que hubiera hecho eso, ahora como decían, su hijo podía comenzar una vida sin mirar atrás.

Los días fueron pasando y el dolor se le fue mitigando, estaba liberándose de todo y eso le estaba devolviendo la mejor de sus sonrisas.

Volvimos a disfrutar del sexo, de nosotros, de nuestra vida en común, de salir a pasear con Mía, cenar, ir de tiendas, tomar un café o ver una película. Estábamos disfrutando del que considerábamos el comienzo de una vida que teníamos claro que queríamos en común.

Hasta me pidió una noche con rodilla en el suelo y anillo en mano, que me casara con él. Fue un momento de lo más bonito en el que los dos lloramos como niños pequeños y es que en ese momento comprendí que sí, que había merecido la pena todo por lo que había pasado para llegar hasta aquí y, sobre todo, para que él no cometiera la locura de irse a Australia con la persona que lo engañó de la forma más cruel.

Capítulo 19



Un año había pasado desde que Alastair llegó a España y desde que mi padre falleció, un año en el que mi vida había dado un giro impresionante y donde ya era completamente feliz en las Tierras Altas.

Era el día de nuestra boda, ese día en el que daríamos el sí quiero convencidos de que lo hacíamos desde el amor que sentíamos el uno hacia el otro.

Mis amigas habían venido hasta Inverness para estar con nosotros en ese momento, así que eran las que me estaban ayudando a vestirme, además me maquillaron y peinaron dejándome preciosa, tenían tanto arte con los tutoriales de YouTube, que se habían hecho unas expertas.

El vestido era de manga hasta los codos, bordadas como el resto del cuerpo hasta la cintura, con escote barco, luego un broche en la cintura de plata vieja que me había regalado Helen, antes de la falda de forma A que era de raso y caía hasta abajo. Me enamoré a primera vista, elegante y bonito, con una cola no muy larga.

Llevaba el pelo estirado hacia atrás, con la raya a un lado, sobre la media castaña que llevaba de recogido salía una preciosa mantilla blanca que iba abierta hasta la cola.

La madre de Alastair no dejaba de llorar emocionada al verme vestida de novia, estaba con nosotras en la habitación que yo tenía como personal para mis cosas, en plan adolescente como decía mi casi ya marido.

Mía revoloteaba alrededor nuestro, sentí que mis padres estaban conmigo en ese momento y que eran felices allá donde estuvieran de ver a su hija dar el paso más importante de su vida junto a alguien como Alastair, estaba segura de que mi padre ya lo había perdonado desde ahí arriba.

Helen se fue junto a su hijo para salir hacia la iglesia, mis amigas también lo hicieron y luego me fui yo con mi suegro, agarrada de su brazo e intentando que se calmara, sí, iba más emocionado que yo, que iba hecha un flan.

Ni coches ni nada, la iglesia estaba a la vuelta de la esquina, llena de gente que nos esperaba entre aplausos. Habían venido muchos invitados de Fort, familiares de ellos y amigos.

Entré a la iglesia y Alastair sacó un pañuelo, estaba llorando a lágrima tendida, al igual que yo, que ya estaba con los nervios desatados, aquel momento era muy fuerte para mí, iba a dar el "sí quiero" al hombre de mi vida.

Cuando llegué al altar nos quedamos de piedra al escuchar de repente a capela cantar a Mara, sí, mi amiga tenía una voz digna para estar triunfando en los grandes escenarios y nos regaló un tema en inglés que nos puso a todos la piel de gallina, "All Around the World" de Lisa Stansfield.

Alastair estaba guapísimo, iba con un traje de chaqueta de lo más elegante, le quedaba perfecto, no se vistió con la ropa tradicional de los highlanders, ya le advertí que ni se le ocurriera aparecerme con falda, pero por su forma de ser sabía que no lo haría.

La ceremonia fue preciosa, llena de momentos emocionantes como la canción que cantó mi amiga y con la que dejó sin aliento a todos los invitados, además de ese momento en el que Alastair dijo las palabras más bonitas del mundo ante la presencia de todos.

“Gracias, Brenda, gracias por llegar hasta aquí junto a mí, por haberme acompañado al camino de la felicidad cuando estaba perdido, por amarme, por respetarme, por tener cada día una sonrisa que es el motor de la mía, por todo, por lo que tú y yo sabemos, por aceptar hoy ser mi mujer. Prometo cuidarte cada día, estar a tu lado en lo bueno y lo malo, pero jamás soltarte de esta mano que hoy unimos ante los ojos de Dios y del mundo. Prometo que te voy a querer como nadie podrá hacerlo”

Se derrumbó a llorar y nos abrazamos ante el aplauso de todos, salimos de allí agarrados de esa mano que prometía no soltar jamás y que estaba convencida que lo decía con el corazón en la mano.

Un coche nos esperaba en la puerta para llevarnos al lugar de la celebración y que era un castillo a las afuera de la ciudad, aunque antes paramos a hacernos varias fotos.

Estaba precioso aquel salón preparado para el evento, los invitados de lo más animados y mis amigas se las veía de lo más contentas y emocionadas, se habían sentado junto a unos primos de Alastair y se notaba que se sentían muy a gusto.

Tras la comida cortamos la tarta y después de comerla comenzó el baile y la fiesta, había muchas ganas de pasarlo bien en ese día tan importante de nuestras vidas.

Luego llegaron los canapés mientras los invitados seguían disfrutando de la velada, sus padres y tíos se fueron marchando a las habitaciones asignadas de ese castillo que estaba alquilado hasta el día siguiente y para nosotros teníamos la *suite* presidencial.

La fiesta se puso más animada con la llegada de un Dj que había contratado mi ya marido, ese que se pasó toda la noche levantando la copa a modo de brindis y bailando conmigo, sí, se pasó toda la velada bailando y abrazando a unos y otros, estaba de lo más feliz y yo, bueno, yo pensaba que no había una mujer en el mundo con tanta felicidad como la que sentía yo en esos momentos.

A las cinco de la mañana todos nos fuimos a nuestras habitaciones, Mara y Miriam nos acompañaron cantando detrás de nosotros hasta la puerta de la *suite* y esperaron a que la abriéramos. Me eché a reír al comprobar que querían ver nuestras caras al descubrir la que nos habían liado allí y es que nos llenaron todo de globos rojos en forma de corazón y nos dejaron sobre la cama un conjunto de juguetes y geles eróticos, negué riendo hasta la saciedad, me dolía hasta el lado.

Nos dijeron adiós con esa sonrisa, movimiento de manos incluida, Alastair me cogió en brazos y entró en medio de todos esos globos, cerró la puerta y me puso a un lado de la cama.

Cogió todo lo que habían puesto las niñas y lo puso sobre la mesita de noche.

—¿Un masaje? —preguntó señalando los geles que nos habían dejado las chicas ahí.

—Claro, pero con este vestido...

—Ahora mismo te lo quito —murmuró viniendo hacia mí y girándome para quitar la cremallera trasera y deshacerse de él—. Ummm, esta lencería es muy...

—¿Provocativa? —reí.

—Digamos que extremadamente sensual.

Se quitó la ropa y comenzó a echar uno de los geles por mi cuerpo, ya se había deshecho de esa lencería que sabía que le había gustado.

Me encantaba la forma que tenía a la hora de tocarme, cómo disfrutaba con ello. Me relajé por completo ante esas manos que masajearon cada parte de mi piel, aún más cuando separó mis piernas y empezó a tocar aquella zona que comenzó a encenderme por completo mientras yo permanecía relajada con mi cabeza apoyada entre mis manos y miraba hacia un lado.

Escuché cómo se echaba más gel que llevó directamente en sus dedos que me penetraban para conseguir que con ello, se me escapara un primer jadeo.

Estaba boca abajo disfrutando de un momento impresionante cuando noté que sus manos me pedían que me girase y eso hice, darle la vuelta y exponerme por completo a él, que no tardó en flexionar mis rodillas y abrirme para...

—¿En serio? —pregunté cuando lo vi con un Satisfayer en las manos.

—Hay que probarlo, ¿no?

—Bueno, yo estoy dispuesta a todo —me reí, como para no hacerlo, me había tomado esa noche lo más grande y estaba de lo más graciosa.

—¿Cómo de dispuesta? —Lo colocó en mi clítoris.

—Dale a tope y sin miedo —me eché a reír y en ese momento tuve que contener el aire al notar ese aparato succionando ahí en esa zona que se activó por completo.

Sus dedos llenos de gel me volvieron a penetrar mientras aquel aparato hacía que me pusiera de lo más excitada y agitada, mordisqueaba mis muslos y yo gemía sin cesar, el puñetero aparato era bueno de cojones, me estaba dando junto a él, la mejor bienvenida a mi vida de casada.

Luego me penetró y me levantó para ponerme encima de él, me agarré a su cuello y lo hicimos en medio de aquella cama medieval rodeados de corazones de globos, una mezcla de lo más rara, pero a la vez excitante.

Caímos rendidos y es que el día había sido de lo más largo...

Epílogo



Seis años habían pasado desde que nos dimos el “sí quiero”, los seis años más felices de mi vida, sin dudas.

Alastair ya contaba con cuarenta y nueve años, cada día estaba más atractivo e irresistible, no sabía cómo lo hacía, pero me tenía loca de amor y yo, a mis treinta y dos años, era la afortunada de tenerlo para mí solita, bueno, para mí y para las mellizas Evanna y Lorna, sí, nombres escoceses y elegidos por las petardas de mis amigas que se dedicaron a buscar en la red hasta conseguir elegir uno cada una de ellas.

Evanna y Lorna tenían cuatro años, estuve dos años sin quedar embarazada y cuando de repente me vino la sorpresa doble se convirtieron en la más bonita locura de la casa y las amigas de Mía, que siempre estaba al lado de ellas.

Los padres de Alastair venían cada fin de semana a pasar el sábado o el domingo, siempre cargados de regalos para las niñas, decían que las tenían que malcriar, ya que eran sus vidas.

Mi marido era un ser especial, lleno de amor, no solo para mí que se desvivía a cada momento, también para sus hijas ya que era un padre ejemplar que invertía mucho tiempo del día en ellas, en jugar, ducharlas, darles de comer, participaba completamente en todo lo que tenía que ver con ellas y es que no podía vivir sin su familia, nos cuidaba de la manera más pura y bonita que se puede cuidar a las personas que amas y él nos amaba con todas sus fuerzas.

Mis amigas se venían cada verano quince días con sus parejas, sí ya las tenían y les iba genial, dos grandes chicos con los que ya vivían, pero eso de pasar por la iglesia como que no iba con ellas.

Me dediqué a mi familia por completo, a los quehaceres de la casa, no permití que metiera a nadie a trabajar, me gustaba cocinar y disfrutar de mi familia y Alastair me complementaba mucho, así que vivíamos cómodamente y sin estrés, disfrutando de esta preciosa familia que habíamos formado.

Cada verano tras venir las chicas unos días en julio, nosotros íbamos durante el mes de agosto a uno de esos apartamentos turísticos a disfrutar del sol, la playa y el buen clima de verano que gozábamos en el sur de España.

Teníamos a las niñas en un colegio de la ciudad que era privado y al que cada mañana su padre las llevaba y no me dejaba moverme, luego aparecía con el pan calentito y desayunábamos juntos.

Yo solía recogerlas, pero claro, Alastair tampoco se perdía ese momento y siempre venía conmigo, parecíamos Pin y Pon, siempre íbamos juntos a todos lados.

Mi vida en las Highlands ya se había convertido en ese lugar donde sabes que vas a

permanecer siempre, ya me había hecho a ese rincón de Escocia en el que era muy feliz, eso sí, necesitaba ese mes al año en mi país, disfrutando del pescado frito, del mar y de ese sol que era el que echaba verdaderamente de menos, por lo demás, todo lo tenía aquí, en Inverness, donde había encontrado al hombre que conquistó mi corazón y por el que volvería a repetir todo lo vivido en mi vida.

Un ladridito me sacó de mis pensamientos, y al mirar hacia mis piernas ahí estaba mi pequeña Mía, la adoraba, esa peludita color canela me tenía completamente enamorada desde que me la regaló Alastair a mi vuelta de España.

—Hola, granujilla. Ya sabes tú qué estoy cocinando, ¿eh?

Sí, bien que lo sabía ella pues cada vez que hacía alguna comida con carne picada, la muy zalamera venía a pegarse a mis piernas moviendo la cola.

Y yo, ¿qué podía hacer ante esa carita que me ponía? Pues darle un poquito en un cuenco.

—¡Mami, mami! —Ahí venían mis dos soles, la alegría de la casa.

—¿Qué quieren mis dos angelitos?

—Papá dice quiere saber cuánto falta para la comida, porque nos va a llevar a Inverness a comprar unas cosas.

—Pues decidle a vuestro padre que os lleve tranquilo, que a la comida aún le falta.

Salieron las dos corriendo a sus habitaciones y poco después pasaron, de nuevo corriendo, con los abrigos en la mano.

Mis niñas tenían algo que me hacían recordar a mis padres cada vez que las veía, y es que Evanna, que nació primero, había heredado los ojos de mi padre, marrones con algunas vetas verdes, y cuando la miraba era como verlo a él.

Lorna había heredado los de mi madre, azules tan claros como el cielo.

Seguía echando de menos a mis padres, esos abrazos que me daban cuando era pequeña y me caía, mientras me calmaban intentando que dejara de llorar por un raspón de las rodillas.

Los había necesitado en muchas ocasiones en los últimos años, no solo el día de mi boda. Cuando nacieron mis niñas, me habría encantado que mi madre hubiera estado allí para verlas, cogerlas en brazos, decirme cómo calmarlas cuando lloraban en mitad de la noche, si lo hacían porque les dolía algo o simplemente porque podrían haber tenido una pesadilla y al no hablar no podían decírmelo.

Siempre recordaría a mis padres, pero el saber que después de tantos años separados al fin habrían podido volver a estar juntos, es lo que me consolaba.

—Amor, salgo con las niñas —Alastair me abrazó desde atrás y me dio un beso en el cuello.

—Está bien, tened cuidado y por Dios, no les compres otro capricho de los que te pidan, que te están desplumando sin que te des cuenta.

—¿Y qué hago si me miran con esa carita igual a la de su madre cuando quiere algo de mí?

—No, si son listas, que te están sacando la herencia en vida, como hiciste tú con tus padres en su momento...

Alastair soltó una carcajada y cuando acabó me abrazó aún más fuerte.

—Y bendita locura que hice en aquel entonces, porque eso me llevó a tener lo mejor que podría haberme dado la vida. Una esposa y dos hijas maravillosas. Te quiero, amor.

Cuando me quedé sola en la casa pensé en lo que había dicho Alastair, y tenía razón. Si no

hubiera sido por esa locura suya que me llevó a aquel rincón de Inverness a trabajar, jamás habría conocido al hombre del que me enamoré y con quien estaba destinada a compartir el resto de mi vida.

—Bendita locura, Alastair, bendita locura —murmuré sonriendo mientras seguía preparando la comida.